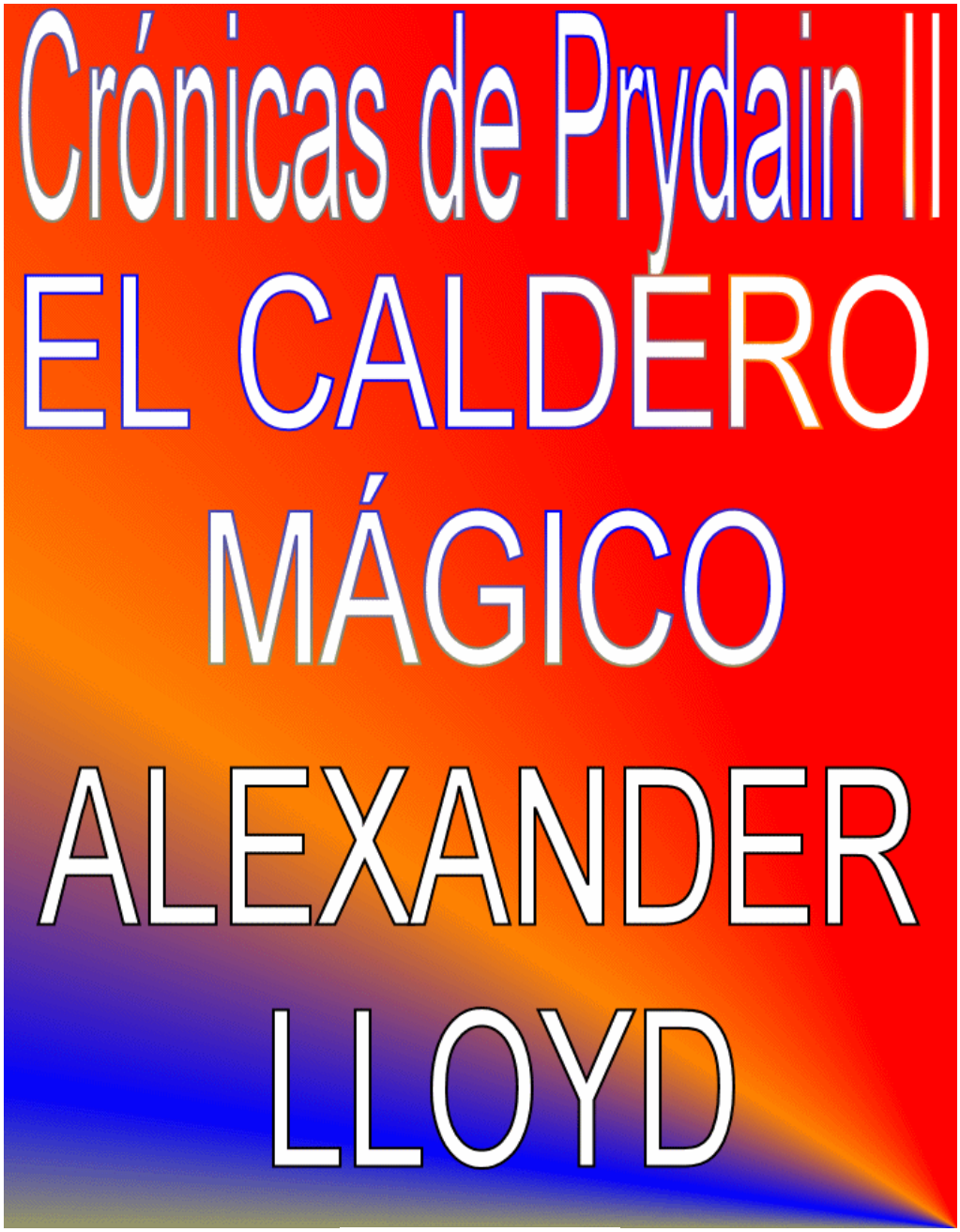
LIBRO dot.com

Crónicas de Prydain II, EL CALDERO MÁGICO
ALEXANDER LLOYD



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Nota del autor

Las páginas siguientes tienen la esperanza de ser algo más que una mera continuación a las Crónicas de Prydain. La pregunta «¿qué sucede luego» es siempre importante, y este volumen pretende contestarla aunque sea sólo en parte. Sin embargo, El caldero mágico debería ser considerado como una crónica por derecho propio. Aquí se revelan ciertas cuestiones a las que previamente sólo se había hecho alusión; al mismo tiempo que prolongaba la historia, he intentado también profundizar en ella.

Si detrás del tono alegre de este libro se encuentra una hebra más oscura, ello se debe a que lo acontecido en él es de seria importancia, no sólo para la Tierra de Prydain sino también para el propio Taran, Aprendiz de Porquerizo. Aunque se trate de un mundo imaginario, Prydain no difiere esencialmente de nuestro mundo real, en el que tanto el humor y la pena como la alegría y la tristeza guardan una estrecha relación. Las elecciones y decisiones a las que se enfrenta un a menudo perplejo Aprendiz de Porquerizo no son más sencillas que las que nosotros nos vemos obligados a tomar. Incluso en un país de fantasía, crecer no está exento de cierto precio.

Los lectores que se aventuren por primera vez en este reino deberían ser advertidos también de que el paisaje, a primera vista, puede parecer el de Gales, y que sus habitantes quizá evoquen a los héroes de las antiguas leyendas galesas. Ésas fueron sus raíces y su inspiración, pero el resto es una obra de la imaginación, similar a la tradición solamente en su espíritu, no en los detalles.

Los lectores que ya hayan viajado con Taran pueden tener la certeza (y con ello no estoy, creo yo, privándoles del placer de la sorpresa) de que Gurgi, pese a todos sus temblores, gemidos y miedos respecto a la seguridad de su pobre y tierna cabeza, insistirá en unirse a esta nueva aventura; al igual que el impetuoso Fflewddur Fflam y el mohíno Dolí, del Pueblo Rubio. En cuanto a la princesa Eilonwy, Hija de Angharad..., ¡no cabe ninguna duda al respecto!

Me he sentido feliz sabiendo que, pese a sus defectos, Taran se ha ganado algunos fieles compañeros más allá de las fronteras de Prydain. A ellos, con afecto, dedico estas páginas.

1 - El consejo en Caer Dallben

El otoño había llegado con demasiada rapidez. En las comarcas situadas al norte de Prydain había ya muchos árboles sin hojas, y entre las ramas colgaban las siluetas maltrechas de los nidos vacíos. Hacia el sur, al otro lado del Gran Avren, las colinas protegían Caer Dallben de los vientos, pero incluso allí la pequeña granja parecía recogerse sobre sí misma como buscando refugio.

Para Taran, el verano había terminado antes de empezar. Esa mañana Dallben le había encargado lavar a la cerda oráculo. Si el viejo mago le hubiera mandado capturar un gwythaint adulto, Taran habría partido alegremente en busca de una de esas feroces criaturas aladas. Sin embargo, siendo muy otra su tarea, había llenado el cubo en el pozo y se había dirigido, con paso lento y desganado, hacia el aprisco de Hen Wen. La cerda blanca, que normalmente acogía con placer la perspectiva de un baño, lanzó un chillido nervioso al verle y se dejó caer de espaldas en el barro. Taran, muy ocupado intentando hacer que Hen Wen volviera a levantarse, no se dio cuenta de que había llegado un jinete hasta que éste se detuvo junto a la valla.

-¡Eh, tú! ¡Porquerizo!

El jinete que le contemplaba desde lo alto de su montura era sólo algunos años mayor que Taran. Su cabellera era de un matiz leonado y sus negros ojos parecían hundirse en un rostro pálido y arrogante. Aunque de excelente calidad, sus ropas estaban muy desgastadas, y llevaba la capa cuidadosamente dispuesta para ocultar entre sus pliegues el mal estado de su atuendo. Taran notó que incluso la capa había sido minuciosamente remendada. El jinete iba montado en una yegua esbelta y nerviosa, con el pelaje constelado de manchas rojas y amarillas; la cabeza, larga y estrecha, tenía una expresión tan malhumorada como la de su amo.

-Tú, porquerizo -repitió -, ¿es esto Caer Dallben?

Aunque tanto el tono como las maneras del jinete molestaron a Taran, logró dominar su temperamento y le hizo una reverencia cortés, -Sí -le replicó, y añadió a continuación -, pero no soy un porquerizo. Soy Taran, Aprendiz de Porquerizo.

-Un cerdo es un cerdo -dijo el forastero-, y un porquerizo es un porquerizo. Ve corriendo y dile a tu amo que he llegado -le ordenó-. Dile que el príncipe Ellidyr, Hijo de Pen-Llarcau...

Hen Wen decidió aprovechar la ocasión para revolcarse en otro charco de fango.

-¡Hen, basta ya! -gritó Taran, apresurándose a detenerla. -Deja a esa cerda -le conminó Ellidyr-. ¿Acaso no me has oído? Haz lo que te he dicho, y procura ser rápido.

-¡Díselo tú mismo a Dallben! -le gritó Taran por encima del hombro, en tanto intentaba mantener a Hen Wen lejos del fango-. ¡De lo contrario, deberás esperar a que termine con mi trabajo!

-Vigila tus maneras -le contestó Ellidyr-, o acabarás recibiendo una buena paliza.

Taran se ruborizó. Dejando que Hen Wen hiciera lo que le viniera en gana, fue hacia la empalizada y trepó por ella con rapidez.

-Si la recibo -le replicó impetuosamente, echando hacia atrás la cabeza y clavando los ojos en el rostro de Ellidyr-, no serás tú quien me la dé.

Ellidyr lanzó una carcajada despectiva. Antes de que Taran pudiera saltar a un lado, la yegua se precipitó sobre él y Ellidyr, agachándose, cogió a Taran por el cuello. Taran agitó inútilmente los brazos y las piernas: aunque era fuerte, no logró soltarse. Sintió que le sacudían con violencia hasta hacerle castañetear los dientes. Ellidyr lanzó su yegua al galope y arrastró a Taran por todo el prado, para acabar finalmente arrojándole con rudeza al suelo delante de la casa, mientras las gallinas huían en todas direcciones.

El estruendo hizo salir a Dallben y a Coll. La princesa Eilonwy abandonó a toda prisa la cocina y apareció con el delantal alborotado y una marmita aún entre los dedos. Con un grito de alarma, corrió hasta Taran.

Ellidyr, sin molestarse en bajar de su montura, se dirigió hacia el mago de blanca barba. -¿Eres Dallben? Te he traído a tu porquerizo para que su insolencia sea castigada con unos azotes.

¡Vaya! -dijo Dallben, sin inmutarse un ápice ante la furiosa expresión de Ellidyr-. Que sea insolente es una cosa, y que deba ser azotado es otra muy distinta. De todos modos, no me hacen falta tus sugerencias al respecto.

¡Soy un príncipe de Pen-Llarcau! -gritó Ellidyr.

-Sí, sí, sí -le cortó Dallben agitando su mano frágil y huesuda-. Todo eso ya lo sé, y estoy demasiado atareado para preocuparme por ello. Anda, calma la sed de tu montura y al

mismo tiempo calma un poco tu temperamento. Cuando sea necesaria tu presencia ya se te llamará.

Ellidyr iba a contestarle, pero la firme mirada del mago le contuvo. Hizo volver grupas a su montura y se encaminó hacia el establo.

Mientras tanto la princesa Eilonwy, ayudada por el fornido y calvo Coll, había ayudado a Taran a levantarse.

-Muchacho, ya deberías saber que no es bueno andar peleándose con los forasteros -le dijo Coll con aire bonachón.

-Eso es muy cierto -añadió Eilonwy-. Especialmente si ellos van a caballo y tú a pie.

-La próxima vez que le encuentre... -empezó a decir Taran.

-La próxima vez que le encuentres -dijo Dallben-, por lo menos tú actuarás con toda la cortesía y dignidad que te sean posibles...; aunque debo admitir que seguramente no podrás disponer de ambas cosas en gran cantidad, deberás arreglártelas como puedas. Ahora, vete. La princesa Eilonwy puede contribuir a que tengas un aspecto algo más presentable que el actual.

Con el ánimo por los suelos, Taran siguió a la muchacha de dorada cabellera hasta la cocina. Aún se encontraba algo dolorido, más por las palabras de Ellidyr que por el revolcón; y no le complacía en absoluto que Eilonwy le hubiera visto derrumbado a los pies del arrogante príncipe.

-¿Cómo ocurrió todo? -le preguntó Eilonwy, mientras tomaba un trapo húmedo y lo pasaba por el rostro de Taran.

Taran no le respondió y, aunque de mala gana, se sometió a sus cuidados.

Antes de que Eilonwy hubiera terminado, una figura peluda cubierta de ramitas y hojas apareció en la ventana y saltó con gran agilidad sobre el alféizar.

-¡Tristeza y desolación! -gimió el ser, acercándose presuroso a Taran -. ¡Gurgi ve ya las palizas y los golpes del poderoso señor! ¡Mi pobre y buen amo! Gurgi siente pena por él... ¡Pero hay noticias! -añadió Gurgi a toda prisa-. ¡Buenas noticias! ¡Gurgi ve también acercarse a la carrera al más poderoso de los príncipes! Sí, sí, ya se acerca a todo galope, montado sobre un caballo blanco, con una espada negra. ¡Oh, qué alegría!

-¿Qué es eso? -preguntó Taran -. ¿Te refieres al príncipe Gwydion? No puede ser...

-Sí puede ser -dijo una voz a su espalda.

En el umbral estaba Gwydion.

Con un grito de asombro, Taran corrió hacia él y le estrechó la mano. Eilonwy rodeó con los brazos la alta figura del guerrero, en tanto que Gurgi daba alegres patadas en el suelo. Cuando Taran le vio por última vez, Gwydion iba ataviado como un príncipe de la casa real de Don; ahora, sin embargo, iba vestido con sencillez: una capa gris con capucha y un jubón de tela tosca y sin adornos constituían su atuendo. De su cinto pendía Drynwyn, la espada negra.

-Bien hallados seáis todos -dijo Gwydion -. Gurgi parece tan hambriento como siempre y Eilonwy está más bonita que nunca. En cuanto a ti, Aprendiz de Porquerizo -añadió, con su rostro curtido por la intemperie suavizado por una sonrisa-, tienes un aspecto algo peor que de costumbre. Dallben ya me ha contado cómo conseguiste esos moretones.

-No fui yo quien buscó pelea -afirmó Taran.

-Pero la encontraste, pese a todo -dijo Gwydion-. Creo que ése es un rasgo inherente a tu carácter, Taran de Caer Dallben. Pero no importa -dijo, retrocediendo un paso y examinando atentamente a Taran; en sus ojos parecían brillar destellos verdosos-. Deja que

te mire bien. Has crecido desde nuestro último encuentro. - Gwydion sacudió la cabeza en un gesto de aprobación, haciendo oscilar su abundante cabellera, que recordaba el pelaje grisáceo de un lobo-. Espero que hayas ganado en sabiduría al igual que en talla: ya lo veremos. Ahora debo prepararme para el consejo.

-¿El consejo? -exclamó Taran-. Dallben no dijo nada de ningún consejo. Ni siquiera dijo que fueras a venir aquí.

-La verdad es que Dallben no le ha estado diciendo gran cosa a nadie -aclaró Eilonwy.

-A estas alturas, ya deberías haber comprendido que Dallben cuenta siempre muy poco de lo que sabe -dijo Gwydion-. Sí, habrá un consejo, y he llamado a otros para que se reúnan con nosotros.

-Ya soy lo bastante mayor como para tomar asiento en un consejo de hombres -le interrumpió Taran, emocionado-. He aprendido mucho; he combatido junto a ti, he...

-Despacio, despacio -le dijo Gwydion-. Hemos estado de acuerdo en que tendrás un lugar en el consejo. Aunque -añadió en voz más baja y con cierta tristeza en el tono -quizá hacerse adulto no suponga todo lo que tú crees. -Gwydion puso sus manos en los hombros de Taran-. Mientras tanto, debes prepararte. Muy pronto se te confiará una tarea que llevar a cabo.

Tal como les había anunciado Gwydion, el transcurso de la mañana trajo consigo otras llegadas. Una tropa de jinetes apareció poco tiempo después y empezó a montar su campamento entre los rastrojos del campo que había más allá del huerto. Taran vio que los guerreros iban armados para combatir y sintió que el corazón le daba un vuelco. Estaba seguro de que también ellos guardaban relación con el consejo de Gwydion. La cabeza, llena de preguntas sin respuesta, le daba vueltas continuamente; se apresuró a dirigirse hacia el campo. Cuando se encontraba a medio camino se detuvo en seco, enormemente sorprendido. Dos figuras familiares se acercaban con sus monturas por el sendero. Taran echó a correr hacia ellas.

-¡Fflewddur! -gritó mientras el bardo, con su hermoso instrumento a la espalda, alzaba una mano saludándole-. ¡Y Dolí! ¿Eres realmente tú?

El enano de roja cabellera saltó con agilidad de su poni y por un instante le sonrió ampliamente, para recuperar luego su gesto malhumorado de costumbre. Pese a todo, no logró ocultar el brillo de placer que iluminaba sus ojos redondos y rojizos.

-¡Dolí! -Taran le dio una palmada en el hombro-. Pensé que no volvería a verte. Me refiero a verte de modo auténtico, ya que habías conseguido el poder de hacerte invisible.

-¡Buf! -resopló el enano, vestido con un jubón de cuero-. ¡Invisible! Ya he tenido más que suficiente. ¿Te das cuenta del esfuerzo que requiere? ¡Algo terrible! Me hacía zumbar los oídos, y eso no era lo peor. Nadie puede verte y por lo tanto no dejan de aplastarte los pies o de meterte el codo en el ojo. No, no, eso no es para mí. ¡Ya no podía aguantarlo más!

-Fflewddur, también te he echado de menos -exclamó Taran mientras el bardodesmontaba-. ¿Sabes de qué va a tratar el consejo? Ésa es la razón de que hayáis venido tú y Dolí, ¿verdad?

-No sé nada de consejos -refunfuñó Dolí-. El rey Eiddileg me ordenó que viniera, como un favor especial a Gwydion. Pero, francamente, puedo decirte que me gustaría mucho más estar en casa, en el reino del Pueblo Rubio, ocupándome de mis propios asuntos.

Librodot

-En mi caso -dijo el bardo -, dio la casualidad de que Gwydion pasó por mi reino...; bueno, pareció que era una pura casualidad, aunque ahora estoy empezando a pensar que no se trataba de eso. Sugirió que quizá me gustara visitar Caer Dallben. Dijo que el viejo Dolí estaría aquí y, naturalmente, me puse en marcha de inmediato.

»Había abandonado el oficio de bardo -prosiguió Fflewddur-, y estaba de nuevo felizmente instalado en mi puesto de rey. A decir verdad, he venido sólo para complacer a Gwydion.

De inmediato, dos cuerdas se partieron con un estruendoso chasquido. Fflewddur se quedó callado y tosió levemente.

-Sí, bueno... -añadió-, debo reconocer que me encontraba realmente fatal. Habría aprovechado cualquier excusa para abandonar ese húmedo y tétrico castillo, aunque sólo hubiera sido por unos días. ¿Así que un consejo, no? Tenía la esperanza de que se tratara de alguna fiesta de la cosecha y que mi presencia fuera necesaria para las diversiones.

-Sea lo que sea -dijo Taran-, me alegro de que estéis aquí.

-Pues yo no -gruñó el enano-. Cuando todo el mundo empieza a decir que si el viejo Dolí esto y el viejo Doli lo otro, ¡mucho cuidado! Seguro que se trata de algo desagradable.

Mientras iban hacia la casa. Fflewddur lo examinó todo con gran interés.

-Vaya, vaya... ¿No veo ahí la bandera del rey Smoit? No tengo la menor duda de que habrá venido aquí a petición de Gwydion.

En ese mismo instante, un jinete apareció al galope y gritó el nombre de Fflewddur. El bardo lanzó una exclamación de alegría.

-Ése es Adaon, el hijo de Taliesin, Jefe de los Bardos -le explicó a Taran-. ¡Ciertamente, hoy Caer Dallben puede sentirse honrada!

El jinete desmontó y Fflewddur no perdió ni un momento en presentarle a sus compañeros.

Adaon era de elevada estatura y tenía el cabello lacio y negro, tan largo que le cubría los hombros. Aunque de noble porte, iba vestido como un guerrero corriente y no llevaba adorno alguno, salvo un broche de hierro de extraña forma en el cuello. Tenía los ojos grises y claros como una llama. Poseían una hondura y penetración fuera de lo común; Taran tuvo la sensación de que poco era lo que podía ocultarse a la perspicaz y curiosa mirada de Adaon.

-Me alegra conoceros, Taran de Caer Dallben y Dolí del Pueblo Rubio -dijo Adaon, estrechándoles la mano. Vuestros nombres no son nuevos para los bardos del norte.

-Entonces, ¿tú también eres un bardo? -le preguntó Taran, haciéndole una reverencia llena de respeto.

Adaon sonrió y negó con la cabeza.

-Muchas veces me ha pedido mi padre que me presente a la iniciación, pero he preferido siempre esperar. Aún tengo la esperanza de aprender muchas cosas, y en lo más hondo de mi corazón siento que aún no estoy preparado. Puede que algún día llegue a estarlo.

Adaon se volvió hacia Fflewddur.

-Mi padre te envía sus saludos y te pregunta cómo te ha ido con el instrumento que te dio. Veo que le hace falta alguna reparación -añadió, riendo amistosamente.

-Sí -admitió Fflewddur-. Tengo problemas con él de vez en cuando. No consigo acordarme de que no debo..., bueno, darle un poco de color a los hechos, aunque en muchas ocasiones lo necesiten enormemente. Pero cada vez que lo hago -suspiró, contemplando las

dos cuerdas rotas-, aquí tienes el resultado.

-Alégrate -le dijo Adaon, riendo más fuerte aún que antes-. Tus relatos caballerescos valen lo que todas las cuerdas de Prydain. Y vosotros, Taran y Doli, debéis prometer que me contaréis más cosas sobre vuestras famosas hazañas. Pero antes de eso debo encontrar al señor Gwydion.

Adaon se despidió de sus compañeros, montó de nuevo y partió al galope.

Fflewddur le siguió con los ojos, y en su mirada había afecto y admiración.

-No puede tratarse de ninguna menudencia, si Adaon está aquí -dijo-. Es uno de los hombres más valerosos que conozco y es más que eso, pues posee el corazón de un auténtico bardo. Algún día, acordaos de mis palabras, será el más grande de todos nuestros bardos, estoy seguro de ello.

-¿Es cierto que nuestros nombres le eran conocidos? -le preguntó Taran-. ¿Y que se han hecho canciones sobre nosotros?

Fflewddur le dedicó una sonrisa radiante.

-Después de nuestra batalla contra el Rey con Cuernos..., pues sí, compuse una piececilla, una especie de modesta ofrenda por mi parte. Resulta muy satisfactorio saber que ha llegado a difundirse tanto. Apenas haya arreglado estas condenadas cuerdas, me encantará hacérosla oír.

Un poco después del mediodía, cuando todos se hubieron repuesto del cansancio del viaje, Coll les hizo acudir a la habitación de Dallben, en la que se había dispuesto una gran mesa alargada, con asientos a cada lado. Taran se dio cuenta de que el mago se había tomado incluso la molestia de intentar poner cierto orden en el confuso montón de volúmenes antiguos que llenaban la estancia. El Libro de los Tres, el grueso tomo que contenía los más recónditos secretos de Dallben, había sido cuidadosamente colocado en un estante. Taran lo contempló casi con miedo, seguro de que en él se hallaba encerrado mucho más de lo que Dallben había revelado a lo largo de su vida.

Los demás estaban empezando a entrar cuando Fflewddur cogió a Taran del brazo y le apartó del camino de un guerrero de negra barba que avanzaba casi a la carrera.

-De una cosa puedes estar bien seguro -le dijo el bardo en un susurro-, Gwydion no está planeando ninguna fiesta de la cosecha. ¿Has visto quién está aquí?

El guerrero iba más ricamente vestido que ninguno de los presentes. Su nariz afilada hacía pensar en un halcón y sus ojos, pese a los párpados gruesos y pesados, eran igualmente agudos. Sólo se inclinó ante Gwydion y luego, tomando asiento en la mesa, contempló fría y calculadoramente a los que le rodeaban.

-¿Quién es? -murmuró Taran, no osando mirar hacia esa figura regia y orgullosa.

-Es el rey Morgant de Madoc -le contestó el bardo-, el jefe guerrero más audaz de todo Prydain, superado solamente por Gwydion. Debe fidelidad a la Casa de Don. -Agitó la cabeza admirativamente-. Dicen que una vez le salvó la vida a Gwydion. Lo creo. Le he visto en la batalla..., ¡es puro hielo! ¡No siente el más mínimo temor! Si Morgant está metido en esto es que algo muy interesante debe estarse preparando. Oh, mira..., es el rey Smoit. Siempre se le puede oír antes de alcanzar a verle.

Una estruendosa carcajada resonó en el exterior de la estancia, y un instante después un gigantesco guerrero pelirrojo entró en ella acompañado por Adaon. Superaba en estatura a todos los presentes y su barba ardía como un incendio alrededor de un rostro tan repleto

de viejas cicatrices que era imposible decir dónde empezaba una y terminaba otra. Su nariz había recibido tantos golpes que llegaba casi a confundirse con los pómulos, y su prominente ceño parecía perderse en un revuelto bosque de cejas; su cuello era casi tan grueso como la cintura de Taran.

-¡Menudo oso! -dijo Fflewddur con una risita afectuosa-. Ah, pero no hay en él ni una pizca de maldad. Cuando los señores del sur se levantaron contra los Hijos de Don, Smoit fue uno de los pocos que permanecieron leales. Su reino es Cantrev Cadiffor.

Smoit se detuvo en mitad de la habitación, echó hacia atrás su capa y metió los pulgares en el enorme cinto de bronce, que luchaba para no partirse bajo la presión de su barriga.

-¡Saludos, Morgant! -rugió-. Así que te han llamado, ¿no? -Lanzó un feroz bufido-. ¡Ah! ¡Huelo sangre en el viento!

Avanzó a grandes zancadas hacia el silencioso jefe de guerreros y le propinó una potente palmada en el hombro.

-Ten cuidado de que no sea la tuya -dijo Morgant, sonriendo de tal modo que apenas si mostró los dientes.

-Jo! ¡Ojo! -aulló el rey Smoit, golpeándose con las manos sus inmensos muslos-. ¡Muy buena! ¡Que cuide de que no sea la mía! ¡No temas, carámbano, tengo mucha que gastar! -Entonces vio a Fflewddur y rugió nuevamente-: ¡Otro viejo camarada!

Corrió hacia él y le estrechó entre sus brazos, con tal entusiasmo que Taran oyó crujir las costillas de Fflewddur.

-¡Mi pulso! -gritó Smoit-. ¡Mi cuerpo y mis huesos! ¡Danos una buena canción para alegrarnos, rascatripas cabeza de manteca!

Sus ojos se posaron en Taran.

-¿Qué tenemos aquí, qué tenemos aquí? -Una mano poderosa y cubierta de vello rojizo se apoderó de él-. ¿Un conejo despellejado? ¿Una gallina sin plumas?

-Es Taran, el Aprendiz de Porquerizo de Dallben -dijo el bardo.

-¡Ojalá fuera el cocinero de Dallben! -gritó Smoit-. ¡Apenas si he podido llenar mi estómago!

Dallben golpeó la mesa para imponer silencio y Smoit fue hacia su asiento después de propinarle otro apretón a Fflewddur.

-Puede que no haya maldad en él -le dijo Taran al bardo-, pero creo más seguro tenerle por amigo.

Ahora todos se habían sentado a la mesa, con Dallben y Gwydion en un extremo y Coll en el otro. El rey Smoit, cuyo asiento resultaba estrecho, estaba a la izquierda del mago; frente a él se situaba el rey Morgant. Taran logró instalarse entre el bardo y Dolí, el cual gruñó amargamente por la excesiva altura de la mesa. A la derecha de Morgant se sentaba Adaon y, junto a éste, Ellidyr, a quien Taran no había visto desde la mañana.

Dallben se puso en pie y permaneció callado unos instantes. Todos se volvieron hacia él, y el mago se tiró brevemente de un mechón de la barba.

-Soy demasiado viejo para ser cortés -dijo Dallben -, y no tengo la intención de pronunciar un discurso de bienvenida. El asunto que nos reúne es urgente y debemos ocuparnos de él de inmediato.

«Hace poco más de un año, como algunos de los presentes tenéis buenos motivos para recordar -prosiguió Dallben, mirando hacia Taran y sus compañeros-, Arawn, Señor de Annuvin, sufrió una grave derrota al morir el Rey con Cuernos, su campeón. El poder de la

Librodot

Tierra de la Muerte fue contenido durante un tiempo; sin embargo, el mal no se halla nunca demasiado lejos de Prydain.

«Ninguno de nosotros es lo bastante tonto para creer que Arawn pudiera llegar a consentir ser derrotado sin oponerse -prosiguió Dallben-. Había tenido la esperanza de que hubiera más tiempo para considerar la nueva amenaza de Annuvin, pero ¡ay!, ese tiempo no va a sernos concedido. Los planes de Arawn se han hecho demasiado claros. Pido al señor Gwydion que os hable de ello.

Gwydion se puso en pie, con el rostro muy serio.

-¿Quién no ha oído hablar de los Nacidos del Caldero, los guerreros mudos para los que no existe la muerte, los servidores del Señor de Annuvin? Los cadáveres robados de aquellos que mueren en la batalla son sumergidos en el caldero de Arawn para darles nueva vida. Redivivos, emergen de él tan implacables cual si fueran la misma muerte, olvidada su humanidad. Ya no son hombres sino armas de muerte, eternamente sometidas a la voluntad de Arawn.

»Para llevar a cabo esta obra abominable -siguió diciendo Gwydion-, Arawn ha profanado las tumbas y los túmulos de los guerreros caídos. Y ahora, a lo largo de todo Prydain, se han dado extrañas desapariciones; muchos hombres se han esfumado para no ser vistos nunca más, y han aparecido luego los Nacidos del Caldero en sitios donde nunca habían sido vistos. Arawn no ha permanecido ocioso. He sabido recientemente que sus servidores se atreven ahora con los vivos, a los que llevan hasta Annuvin para engrosar las filas de su hueste inmortal. De tal modo la muerte engendra muerte y el mal engendra mal.

Taran se estremeció. En el exterior de la casa, el bosque ardía con un resplandor rojo y amarillo. El aire era aún cálido, como si un día de verano hubiera sobrevivido al final de su estación, pero las palabras de Gwydion le helaron como una ráfaga de aire frío surgida de la nada. Recordaba demasiado bien los ojos sin vida y los lívidos rostros de los Nacidos del Caldero, al igual que su horrible silencio y sus espadas implacables.

-¡Vayamos a la carne del asunto! -gritó Smoit-. ¿Acaso somos conejos? ¿Debemos tener miedo a esos esclavos del Caldero?

-Tendrás carne más que suficiente para masticar -le respondió Gwydion con una lúgubre sonrisa-. Os digo que ninguno de nosotros ha emprendido jamás una misión tan peligrosa. Os pido vuestra ayuda porque pretendo atacar la mismísima Annuvin, apoderarme del caldero de Arawn y destruirlo.

2 - El reparto de las tareas

Taran estuvo a punto de dar un salto. En la habitación reinaba el más absoluto silencio. El rey Smoit, a punto de decir algo, se había quedado con la boca abierta. El único que no daba señales de asombro era el rey Morgant, que seguía sin moverse, con los ojos medio cerrados y una extraña expresión en el rostro.

-No hay otro modo -dijo Gwydion-. Dado que no se puede matar a los Nacidos del Caldero, debemos evitar que su número siga creciendo: el equilibrio existente entre el poder de Annuvin y nuestras fuerzas es demasiado delicado. Cuantos más guerreros nuevos consiga Arawn, más se acercará su mano a nuestras gargantas. Y tampoco puedo olvidar a todos los hombres que han sido asesinados de un modo repugnante para verse sometidos a un yugo más repugnante todavía.

»Hasta el día de hoy -prosiguió Gwydion-, sólo el Gran Rey Math y muy pocos más

Librodot

han sabido lo que tenía en mente. Ahora que lo habéis oído, sois libres de quedaros o de marcharos, según os plazca. Si escogéis volver a vuestras tierras, no tendré por ello en menos vuestro coraje.

-¡Pero yo sí lo tendría! -gritó Smoit-. ¡Si alguien tiene la sangre como el agua y las tripas como las gachas y se niega a ir contigo, se las tendrá que ver conmigo!

-Smoit, amigo mío -replicó Gwydion con voz firme pero afectuosa-, esta elección debe hacerse sin ninguna persuasión por tu parte.

Nadie se movió. Gwydion les miró y luego asintió satisfecho.

-No me decepcionáis -dijo-. Había contado con cada uno de vosotros para desempeñar misiones que luego os explicaré.

La emoción que sentía Taran había ahogado su miedo a los Nacidos del Caldero. Apenas logró contener su impaciencia para preguntarle a Gwydion allí mismo cuál iba a ser su misión; por una vez, sin embargo, fue lo bastante sabio para hacer callar su lengua. En lugar de él, fue Fflewddur quien se incorporó de un salto.

-¡Por supuesto! -gritó el bardo -. ¡Lo vi todo claro de inmediato! Naturalmente, te harán falta guerreros para apoderarte de ese asqueroso caldero. Pero necesitarás un bardo para componer los cantos heroicos de la victoria. ¡Acepto! ¡Y estoy encantado de hacerlo!

-Te he elegido más por tu espada que por tu arpa -le dijo Gwydion amablemente.

-¿Cómo es posible eso? -le preguntó Fflewddur, frunciendo el ceño a causa de la decepción-. Oh, ya veo -añadió, mientras su expresión se despejaba-. Sí, bueno..., no pienso negar que tengo cierta reputación en esos asuntos. ¡Un Fflam siempre es valeroso! ¡A mandobles me he abierto paso a través de miles de...! -lanzó una mirada inquieta al arpa-, bueno, digamos que de numerosos enemigos.

-Espero que mostrarás el mismo anhelo por cumplir tu misión una vez que te la haya expuesto -dijo Gwydion al tiempo que sacaba una hoja de pergamino de su jubón y la extendía sobre la mesa.

»Nos hemos reunido en Caer Dallben no sólo por razones de seguridad -prosiguió-. Dallben es el mago más poderoso de Prydain y aquí nos hallamos bajo su protección. Caer Dallben es el único sitio que Arawn no osa atacar, y es también el más adecuado para iniciar nuestro viaje hasta Annuvin. -Trazó con el dedo una línea que iba hacia el noroeste, empezando en la pequeña granja-. En esta temporada del año, el Gran Avren lleva poco caudal -dijo-, y puede ser cruzado sin dificultad. Una vez lo hayamos franqueado, avanzaremos fácilmente a través de Cantrev Cadiffor, el reino de Smoit, hasta llegar al Bosque de Idris, que se encuentra al sur de Annuvin. A partir de allí podremos ir con rapidez hasta la Puerta Oscura.

Taran contuvo el aliento. Al igual que los demás, había oído hablar de la Puerta Oscura, las montañas gemelas que guardaban la entrada sur de la Tierra de la Muerte. Aunque no era tan imponente como el Monte del Dragón, al norte de Annuvin, la Puerta Oscura resultaba muy traicionera a causa de sus escarpados desfiladeros y sus abismos ocultos.

-Es un paso difícil -continuó Gwydion-, pero es el menos vigilado; Coll, Hijo de Collfrewr, os lo confirmará.

Coll se puso en pie. El viejo guerrero, con su calva reluciente y sus grandes manos, tenía el aspecto de quien prefiere el combate a los discursos de un consejo. A pesar de todo, sonrió ampliamente a los presentes y empezó a hablar.

-Podría decirse que vamos a entrar por la puerta trasera de Arawn. El caldero se

encuentra en una plataforma de la Sala de los Guerreros, la cual, como recuerdo muy bien, está justo después de la Puerta Oscura. La entrada a la Sala está vigilada, pero hay otro acceso por detrás, muy bien asegurado. Un hombre podría abrirla para que entraran los otros si, como a Dolí, le fuera posible moverse sin que le vieran.

-Ya te dije que no me iba a gustar -le murmuró Dolí a Taran-. ¡Todo ese asunto de volverse invisible! ¿Un don? ¡Una maldición, mejor! Fíjate adonde acabará por llevarme...! ¡Buf!

El enano lanzó un resoplido lleno de irritación, pero no prosiguió con las protestas.

-Se trata de un plan osado -dijo Gwydion-, pero con unos compañeros igualmente osados es posible que tenga éxito. En la Puerta Oscura nos dividiremos en tres grupos. En el primero estarán Dolí, del Pueblo Rubio; Coll, Hijo de Collfrewr; Fflewddur Fflam, Hijo de Godo, y yo mismo. Con nosotros irán seis de los guerreros más fuertes y valientes del rey Morgant. Dolí, invisible, entrará primero para abrir los cerrojos y decirnos cómo están dispuestos los centinelas de Arawn. Luego irrumpiremos en la estancia y nos apoderaremos del caldero.

Al mismo tiempo, el segundo grupo, formado por el rey Morgant y sus jinetes, atacará la Puerta Oscura siguiendo mi señal e intentará dar la impresión de ser una fuerza numerosa, para sembrar la confusión y atraer allí al mayor contingente posible de las huestes de Arawn.

El rey Morgant asintió con la cabeza y habló por primera vez. Su voz, aunque fría como el hielo, era mesurada y cortés.

-Me alegra que al fin hayamos decidido atacar directamente el poder de Arawn. Yo mismo habría comprendido dicha tarea hace tiempo, pero estaba obligado a esperar la orden del señor Gwydion. Sin embargo, una cosa sí debo decir -prosiguió Morgant-. En tanto que el plan me parece bien pensado, el camino elegido no permite una retirada veloz en el caso de que Arawn os persiga.

-No hay un camino más corto a Caer Dallben -le replicó Gwydion-, y el caldero debe ser traído aquí. Debemos aceptar el riesgo. De todos modos, si nos vemos acosados podemos refugiarnos en Caer Cadarn, la fortaleza del rey Smoit; por ello pido al rey Smoit que se encuentre dispuesto con todos sus guerreros cerca del Bosque de Idris.

-¿Qué? -rugió Smoit-. ¿Y mantenerme apartado de Annuvin? -Golpeó la mesa con el puño-. ¿Pensáis dejarme ahí para que me muerda las uñas? ¡Que sea Morgant, esa resbaladiza serpiente de negra barba y sangre helada, quien vigile la retaguardia!

Morgant no dio señal alguna de haber oído las iracundas palabras de Smoit.

Gwydion meneó la cabeza.

-Nuestro éxito depende de la sorpresa y de la rapidez de movimientos, no de la fuerza numérica. Smoit, tú debes ser nuestro firme apoyo en el caso de que nuestros planes salieran mal. Tu misión no es menos importante que las otras.

»El tercer grupo nos esperará cerca de la Puerta Oscura para vigilar a los animales que lleven nuestros arreos, asegurar la retirada y desempeñar cualquier otra tarea que pueda ser necesaria en ese momento. En él estarán Adaon, Hijo de Taliesin; Taran de Caer Dallben y Ellidyr, Hijo de Pen-Llarcau.

Inmediatamente se oyó la voz colérica de Ellidyr, que protestaba a gritos.

-¿Por qué debo mantenerme en la retaguardia? ¿No soy acaso mejor que un porquerizo? ¡No es más que una manzana verde que no ha tenido tiempo aún de madurar! ¡Nunca ha sido puesto a prueba!

-¡Prueba! -gritó Taran, levantándose de un salto-. Me he enfrentado a los Nacidos del Caldero junto a Gwydion en persona. ¿Has pasado tú por alguna prueba mejor que ésa, príncipe Capa-Remendada?

La mano de Ellidyr voló hacia su espada. -Soy un hijo de Pen-Llarcau y no debo tragarme los insultos de un...

-¡Silencio! -ordenó Gwydion-. En esta empresa, el coraje de un Aprendiz de Porquerizo pesa tanto como el de un príncipe. Ellidyr, te lo advierto: o dominas tu temperamento o deberás abandonar el consejo.

»Y tú -añadió Gwydion, volviéndose hacia Taran -, en pago de la ira has lanzado un insulto digno de un niño. Tenía mejor concepto de ti. En mi ausencia, además, ambos deberéis obedecer las órdenes de Adaon.

Taran, con el rostro enrojecido, volvió a sentarse. Ellidyr hizo lo mismo, con expresión sombría y el ceño fruncido.

-Pongamos fin a nuestra reunión -dijo Gwydion-. Hablaré con cada uno de vosotros luego de modo más extenso. Ahora debo discutir ciertos asuntos con Coll. Estad listos mañana al amanecer para iniciar el viaje hacia Annuvin.

Mientras los demás abandonaban la estancia, Taran fue hasta Ellidyr y le tendió la mano.

-En esta misión no debemos ser enemigos.

-Tú eres quien lo dice -le respondió Ellidyr-. No tengo el menor deseo de actuar como un siervo junto a un porquerizo insolente. Soy hijo de un rey. Y tú, ¿de quién eres hijo? Así que te has enfrentado a los Nacidos del Caldero -se burló -. Y junto a Gwydion, ¿eh? No pierdes ninguna oportunidad de repetirlo.

-Tú fanfarroneas de tu linaje -replicó Taran-. Yo me enorgullezco de mis compañeros.

-Tu amistad con Gwydion no te servirá de escudo contra mí -dijo Ellidyr-. Que te favorezca cuanto le venga en gana... Pero óyeme bien: cuando estés en mi grupo cumplirás con tus tareas.

-Sí, cumpliré con ellas -respondió Taran, sintiendo nacer la ira en su interior-. Ya veremos si tú cumples con las tuyas tan valerosamente como hablas.

Adaon se había acercado a ellos.

-Tened calma, amigos -dijo riendo-. Había pensado que la batalla era con Arawn, no entre nosotros.

Aunque había hablado sin levantar la voz, su tono tenía la firmeza de quien sabe mandar. Sus ojos fueron de Taran a Ellidyr.

-Las vidas de los demás reposan en las palmas de nuestras manos, no en nuestros puños apretados -prosiguió.

Taran bajó la cabeza. Ellidyr, envolviéndose en su capa remendada, abandonó la habitación sin decir palabra. Taran iba a salir, siguiendo los pasos de Adaon, cuando Dallben le llamó, haciéndole volver.

-Los dos tenéis la sangre demasiado caliente -observó el mago-. He estado intentando decidir cuál de los dos es más duro de mollera y no es asunto fácil -añadió, bostezando -. Tendré que meditarlo.

-Ellidyr dijo la verdad -le contestó sombríamente Taran-. ¿De quién soy hijo? No tengo más nombre que éste que tú me diste. Ellidyr es un príncipe...

-Puede que sea un príncipe -dijo Dallben-, pero puede también que no sea tan

Librodot

afortunado como tú. Es el hijo más joven del viejo Pen-Llarcau, que reina en el norte; sus hermanos mayores han heredado los escasos restos de la fortuna familiar, y creo que en estos momentos ya nada queda de esa fortuna. Ellidyr sólo tiene su nombre y su espada, aunque debo admitir que no muestra gran sabiduría en la utilización de ninguna de las dos cosas.

»Sin embargo -prosiguió Dallben-, estos problemas suelen acabar siempre arreglándose por sí solos. Oh, antes de que lo olvide...

Con la túnica revoloteando alrededor de sus flacas piernas, Dallben fue hasta un enorme arcón, lo abrió con una vieja llave y alzó la tapa. Se inclinó sobre él y empezó a rebuscar entre su contenido.

-Debo confesar que me invade cierto número de preocupaciones y malos presentimientos -dijo-, los cuales no es posible que te interesen. Por lo tanto, no te abrumaré con ellos. Por otra parte, hay algo que estoy seguro de que sí te interesará. Y, si a eso vamos, también constituirá para ti un peso abrumador.

Dallben se irguió de nuevo y se volvió hacia Taran. En sus manos sostenía una espada.

Taran sintió que el corazón le daba un brinco. Cogió el arma ansiosamente, con las manos tan temblorosas que estuvo a punto de caérsele. Ni la vaina ni la empuñadura tenían el menor adorno: todo el arte de la espada se hallaba en sus proporciones y su equilibrio. Aunque era muy antigua, su metal brillaba con una luz clara y sin mácula, y la misma sencillez de sus líneas encerraba la hermosura de la auténtica nobleza. Taran le hizo una profunda reverencia a Dallben y, tartamudeando, le dio las gracias.

Dallben sacudió la cabeza.

-Que debas darme las gracias o no -dijo-, eso es algo que aún está por ver. Úsala con sabiduría -añadió-. Mi única esperanza es que no tengas ninguna razón para utilizarla.

-¿Cuáles son sus poderes? -le preguntó Taran, con los ojos ardiendo de emoción-. Debo saberlo ahora, para...

-¿Sus poderes? -le replicó Dallben con una triste sonrisa-. Mi querido muchacho, se trata de un trozo de metal que ha sido golpeado con un martillo hasta darle una forma más bien poco atractiva. Mejor habría quedado como azada para el huerto o como reja de un arado. ¿Sus poderes? Como todas las armas, son únicamente los de quien la esgrime. En cuanto a cuáles puedan ser los tuyos, debo confesar mi ignorancia al respecto.

»Será mejor que nos despidamos ahora -acabó, posando su mano sobre el hombro de Taran.

Por primera vez Taran se dio cuenta de lo viejo que era el rostro del mago y de cómo las preocupaciones lo habían llenado de arrugas.

-Prefiero no volver a verte antes de la partida -prosiguió Dallben-. Ah, las partidas son algo de lo que muy alegremente prescindiría... Además, luego tu cabeza estará demasiado ocupada con otros asuntos y se te olvidaría todo lo que pudiera decirte. Ahora vete e intenta convencer a la princesa Eilonwy de que te la ciña. Ya que tienes espada -suspiró-, supongo que harás bien cumpliendo con el resto de las formalidades.

Eilonwy estaba recogiendo cuencos y platos cuando Taran entró a la carrera en la cocina.

-¡Mira! -gritó-. ¡Dallben me la ha dado! Pronto, cuélgala de mi cintura... Quiero decir..., hazlo, por favor. Di que lo harás. Quiero que seas tú quien lo haga.

Eilonwy, sorprendida, se volvió a mirarle.

-Sí, claro -dijo, ruborizándose-, si es que realmente...

¡Claro que sí! -exclamó Taran-. Después de todo, eres la única muchacha que hay en Caer Dallben -añadió.

¡Así que es eso! -gritó Eilonwy-. Ya me extrañaba que te mostraras tan educado. Muy bien, Taran de Caer Dallben, si ésa es tu única razón, ya puedes ir buscando a otra persona, y no me importa el tiempo que tardes en hallarla, pero ¡cuanto más sea, mejor!

Apartó bruscamente la cabeza y, furiosa, empezó a secar un cuenco.

-Pero, ¿qué he hecho mal? -le preguntó Taran, perplejo-. He dicho «por favor», ¿no? Cuélgala de mi cintura -le suplicó-. Prometo contarte todo lo que sucedió en el consejo.

-No quiero saberlo -le contestó Eilonwy-. No tengo el más mínimo interés en... ¿Qué sucedió? Oh, vamos, dame ese trasto.

Ató diestramente el ceñidor de cuero, rodeando con él la cintura de Taran, y le miró.

-No creas que voy a perder el tiempo con todas esas ceremonias y discursos sobre lo de ser bravo e invencible -dijo Eilonwy-. Para empezar, creo que no son aplicables a los Aprendices de Porquerizo y, además, no tengo ni idea de cómo son. Bueno -dijo, retrocediendo un paso-, debo admitir que te queda bastante bien.

Taran sacó la espada y la sostuvo en alto.

-Sí -exclamó-, ¡es el arma de un hombre y un guerrero!

-¡Basta ya! -gritó Eilonwy, dando una impaciente patada en el suelo-¿Qué hay del consejo?

-Partimos hacia Annuvin -le contó Taran, muy emocionado, hablando en un susurro-. Al amanecer. Vamos a quitarle el caldero al mismísimo Arawn, el caldero que usa para...

-¿Por qué no empezaste diciendo eso? -exclamó Eilonwy-. Oh, no tendré tiempo de recoger ni la mitad de mis cosas. ¿Cuánto tiempo estaremos fuera? Debo pedirle yo también una espada a Dallben. ¿Crees que me hará falta...?

-No, no -la interrumpió Taran-. No me entiendes. Es una misión para guerreros. No podemos vernos entorpecidos y retrasados por una chica. Al decir que partíamos, me refería a...

-¿Cómo? -aulló Eilonwy-¿Por qué no me lo has dicho en seguida? Taran de Caer Dallben, nadie es capaz de hacerme enfadar tanto como tú. ¡Un guerrero, vaya que sí! ¡Me da igual que tengas cien espadas! ¡En el fondo sigues siendo un Aprendiz de Porquerizo, nada más, y si el señor Gwydion está dispuesto a llevarte con él, entonces no hay razón alguna para que no me lleve a mí también! ¡Oh, largo de mi cocina!

Lanzando un grito, Eilonwy cogió un plato. Taran salió huyendo con todo el cuerpo encogido, mientras a su espalda resonaba el estruendo de la loza haciéndose añicos.

3 - Adaon

Al alborear el día, los guerreros se prepararon para salir. Taran ensilló presuroso a Melynlas, de pelaje gris y crines plateadas, descendiente de la mismísima Melyngar, la montura de Gwydion. Gurgi, con un aire desolado y miserable, como el de un búho mojado al verse dejado atrás, le ayudó a cargar las alforjas. Dallben había cambiado de opinión en lo tocante a no ver a nadie y permanecía, callado y pensativo, en la puerta de la casa, con Eilonwy detrás de él.

-¡No hablo contigo! -le gritó ésta a Taran-. Te portaste de un modo... como si...,

¡bueno, como si invitaras a una persona a un banquete y luego le hicieras lavar los platos! Pero... de todos modos, adiós. No creo que eso pueda considerarse hablar contigo - añadió.

Con Gwydion en cabeza, los jinetes avanzaron a través de la niebla, que giraba en torbellinos. Taran se irguió en su silla de montar y, volviéndose, agitó orgullosamente la mano. La casa blanca y las tres figuras que había ante ella se hicieron cada vez más pequeñas. Melynlas entró en la arboleda y tanto el huerto como los campos se desvanecieron. El bosque se cerró detrás de Taran, y se le hizo imposible seguir viendo a Caer Dallben.

De pronto Melynlas se encabritó y lanzó un relincho asustado. Ellidyr se había acercado a Taran por la espalda y su yegua, extendiendo el largo cuello, le había propinado al otro corcel un maligno mordisco. Taran aferró las riendas y estuvo a punto de caer.

-Mantente lejos de Islimach -dijo Ellidyr con una ronca risotada-. Muerde. Ella y yo somos muy parecidos.

Taran estaba a punto de contestarle enfadado cuando Adaon, que había visto todo lo sucedido, apareció montado en su yegua baya al lado de Ellidyr.

-Tienes razón, Hijo de Pen-Llarcau -dijo Adaon-. Tu montura lleva una carga difícil, al igual que tú.

-¿Cuál es mi carga? -exclamó Ellidyr, torciendo el gesto.

La noche pasada soñé con todos nosotros -dijo Adaon, que acariciaba pensativo el broche de hierro que llevaba al cuello-. Te vi cargando una bestia negra sobre los hombros. Ten cuidado de que no te devore, Ellidyr -añadió, con la suavidad de su tono endulzando un tanto la aspereza de sus palabras.

¡Salvadme de los porquerizos y los soñadores! -replicó Ellidyr.

Lanzando un grito, hizo que Islimach se pusiera al galope y les dejó atrás.

-¿Y yo? -preguntó Taran-. ¿Qué te dijo tu sueño sobre mí?

-Tú... -le contestó Adaon, tras vacilar un instante-, tú estabas lleno de pena.

-¿Qué causa tengo para sentir pena? -le preguntó Taran, sorprendido -. Me siento muy orgulloso sirviendo al señor Gwydion, y se me ofrece la oportunidad de ganarme un gran honor..., ¡Mucho más que lavando cerdas y cuidando del huerto!

-He marchado con muchos ejércitos -le respondió quedamente Adaon-, pero también he plantado semillas y recogido sus cosechas con mis propias manos. Y he aprendido que hay mucho más honor en un campo bien arado que en uno empapado de sangre.

La columna había empezado a moverse con mayor rapidez y los dos hicieron apretar el paso a sus monturas. Adaon cabalgaba con hábil soltura: llevaba la cabeza alta y sonreía abiertamente, pareciendo beber con alegría todos los sonidos e imágenes del amanecer. Fflewddur, Doli y Coll marchaban junto a Gwydion y Ellidyr seguía con el rostro mohíno a las tropas del rey Morgant; Taran se mantuvo al lado de Adaon, recorriendo con él el sendero sembrado de hojas.

Mientras hablaban para olvidar así los rigores del viaje, Taran no tardó en darse cuenta de que pocas cosas había que Adaon no hubiera visto o hecho. Había navegado mucho más allá de la isla de Mona, llegando incluso hasta los mares del norte; había trabajado con el torno del alfarero y había lanzado sus redes junto a los pescadores. Había hilado en las ruecas de las granjas y, como Taran, se había afanado sobre la forja incandescente. Sabía mucho del bosque; Taran, maravillado, le oyó hablar sobre las costumbres y la naturaleza de las criaturas que vivían en él, desde el atrevido tejón hasta los cautelosos ratones, sin olvidar a los gansos que desplegaban sus alas bajo la luna.

-Hay mucho que conocer -le dijo Adaon- y, por encima de todo, hay mucho que amar, ya sea la sucesión de las estaciones o la forma de un guijarro en el río. La verdad es que cuantas más cosas encontrarnos para amar, más grandes se hacen nuestros corazones.

El rostro de Adaon brillaba bajo los primeros rayos del sol, pero en su voz había surgido una nota de añoranza. Al preguntarle Taran si acaso estaba preocupado, Adaon tardó unos instantes en responderle, como si no deseara expresar sus pensamientos.

-Sentiré más ligero el corazón cuando nuestra tarea haya terminado -dijo Adaon por último -. Mi prometida Arianllyn me espera en las tierras del norte y, cuanto antes destruyamos el caldero de Arawn, antes podré volver junto a ella.

Al terminar el día ya se habían hecho amigos; cuando llegó la noche y Taran volvió con Gwydion y sus compañeros, Adaon se unió a ellos. Ya habían cruzado el Gran Avren y habían recorrido buena parte del camino que les llevaría a las fronteras donde empezaba el reino de Smoit. Gwydion estaba satisfecho de su avance, aunque ya les había advertido de que la parte más difícil y peligrosa del viaje estaba aún por llegar.

Todos se encontraban de buen humor, salvo Dolí, que odiaba montar a caballo y que con tono malhumorado afirmó ser capaz de avanzar más de prisa a pie. Mientras los demás reposaban al abrigo de un bosquecillo, Fflewddur le ofreció su arpa a Adaon y le suplicó que tocara un poco. Adaon, instalándose cómodamente con la espalda apoyada en un árbol, aceptó el instrumento. Durante unos segundos pareció meditar, con la cabeza inclinada, y luego sus dedos acariciaron suavemente las cuerdas.

La voz del arpa y la de Adaon se mezclaron para tejer armonías tales como Taran jamás había oído antes. Adaon había alzado el rostro hacia las estrellas y sus ojos grises parecían ver mucho más allá de lo que les rodeaba. El bosque se había quedado silencioso y todos los ruidos nocturnos se habían apagado.

La canción de Adaon no era un himno guerrero: hablaba de paz y de una honda alegría; mientras Taran la escuchaba, sus ecos resonaron una y otra vez en su corazón. Anheló que la música no parase nunca, pero Adaon se detuvo de pronto y con una grave sonrisa le devolvió el arpa a Fflewddur.

Los compañeros se envolvieron en sus capas y se durmieron. Ellidyr permaneció lejos de ellos, acostado en el suelo junto a las patas de su montura. Taran, con la cabeza recostada en sus arreos y la mano apoyada en su nueva espada, deseó impaciente que llegara el alba, anhelando proseguir el viaje. Y, sin embargo, mientras se adormecía, recordó el sueño de Adaon y sintió sobre él una sombra que parecía agitarse como un ala tenebrosa.

Al día siguiente, los compañeros cruzaron el río Ystrad y empezaron a dirigirse hacia el norte. Con gran profusión de protestas al verse apartado de la misión, el rey Smoit obedeció a Gwydion y abandonó la columna, cabalgando hacia Caer Cadarn para ir preparando a sus guerreros. La columna aflojó el paso y los agradables prados fueron haciéndose más abruptos, hasta convertirse en colinas. Poco después del mediodía, los jinetes entraron en el Bosque de Idris, donde la hierba marrón y reseca era tan afilada como arbustos espinosos. Los robles y los alisos que le habían sido familiares a Taran le parecieron repentinamente extraños: sus hojas muertas colgaban de las ramas retorcidas y los negros troncos emergían del suelo como huesos calcinados.

El bosque acabó abriéndose para revelar las desnudas laderas rocosas de las

Librodot

montañas. Gwydion indicó a la columna que avanzara y Taran sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Por un instante tuvo frío y se creyó incapaz de hacer que Melynlas empezara a subir por las rocas. Sabía, aunque Gwydion no hubiera dicho ni una palabra al respecto, que la Puerta Oscura de Annuvin no estaba demasiado lejos.

El angosto sendero que serpenteaba sobre los barrancos obligó a la columna a seguir avanzando en fila india. Taran, Adaon y Ellidyr iban al final de ésta, pero de pronto Ellidyr apretó los flancos de Islimach y, haciendo apartarse a Taran, pasó delante de él.

-¡Tu sitio está detrás, porquerizo! -le gritó.

-Y el tuyo está allí donde te lo ganes -le replicó Taran, que soltó las riendas para que Melynlas fuera más de prisa.

Las dos monturas se tocaban y los jinetes se encontraron luchando uno con el otro; sus cuerpos estaban casi juntos. Islimach se encabritó y relinchó salvajemente. Ellidyr agarró las riendas de Melynlas con su mano libre para obligarle a retroceder. Aunque Taran intentó desviar a su montura, Melynlas resbaló entre una lluvia de guijarros, salió del sendero y cayó por la escarpada ladera. Taran se vio arrojado de la silla y tuvo que agarrarse a las rocas para no precipitarse en el abismo.

Melynlas, más hábil que su amo, logró recobrar el equilibrio y se sostuvo en una cornisa que se abría bajo el sendero. Taran, pegado a las rocas, intentó vanamente trepar de nuevo hacia el sendero. Adaon desmontó sin perder un instante y corrió hasta el borde del abismo, tratando de coger la mano de Taran. También Ellidyr desmontó y, apartando bruscamente las manos de Adaon, agarró a Taran por debajo de los brazos. Dio un potente tirón y alzó a Taran, como si fuera un saco de grano, hasta depositarle de nuevo en la seguridad del camino. Luego, bajando cautelosamente hasta donde estaba Melynlas, Ellidyr apoyó la espalda bajo la cincha y tensó los músculos. Así, muy poco a poco y usando hasta el último gramo de sus fuerzas, le fue levantando hasta que el caballo pudo avanzar por sí solo.

-¡Loco! -gritó Taran, que corrió hasta Melynlas y examinó ansiosamente su montura-. ¿Acaso el orgullo no deja sitio en tu cabeza para el buen juicio?

Se tranquilizó al comprobar que Melynlas no había sufrido daño alguno y, aunque a pesar suyo, no pudo sino contemplar a Ellidyr con un asombro no exento de cierta admiración. -Jamás había visto una fuerza tal -admitió Taran. Por primera vez, Ellidyr pareció confuso y algo asustado. -No quería hacerte caer -dijo; luego echó hacia atrás la cabeza y, con una sonrisa burlona, añadió-: Me preocupaba tu caballo, no tu piel.

-También yo admiro tu fuerza, Ellidyr -le dijo secamente Adaon-. Pero debería avergonzarte probarla de ese modo. La bestia negra cabalga montada junto a ti. Puedo verla incluso ahora.

Uno de los guerreros de Morgant había dado la alarma al oír el estruendo. Un instante después apareció Gwydion, seguido por el rey Morgant. Detrás de ellos venían a toda prisa Fflewddur, muy nervioso, y el enano.

-Tu estúpido porquerizo tuvo la loca idea de intentar pasar a la fuerza por delante de mí -le dijo Ellidyr a Gwydion-. Si no hubiera logrado sacarles a él y a su caballo...

-¿Es cierto eso? -preguntó Gwydion, mientras examinaba el rostro de Taran y sus ropas desgarradas.

Taran iba a contestarle, pero en vez de ello apretó los labios y asintió con la cabeza. En el rostro irritado de Ellidyr apareció una fugaz expresión de sorpresa.

-No tenemos vidas que malgastar -dijo Gwydion-, y sin embargo tú has puesto dos en

peligro. No puedo permitirme el lujo de perder un hombre; de lo contrario, en este mismo instante te mandaría de regreso a Caer Dallben. Pero si ocurre otra vez algo

parecido, lo haré. Y lo mismo haré contigo, Ellidyr, o con cualquiera del grupo.

El rey Morgant hizo avanzar su montura.

-Señor Gwydion, esto prueba lo que yo había temido. Nuestro viaje es difícil incluso sin el peso del caldero. Una vez que lo tengamos, vuelvo a rogarte que no emprendas camino a Caer Dallben. Sería más sabio llevar el caldero al norte, a mi reino.

»Pienso también -prosiguió Morgant- que debería enviarse un contingente de mis guerreros para proteger nuestra retirada. A cambio, ofrezco a estos tres -dijo, señalando a Taran, Adaon y Ellidyr- un lugar entre nuestros jinetes cuando ataque. Si he leído bien en sus rostros, preferirán eso a ser mantenidos en reserva.

-¡Sí! -gritó Taran, apretando su espada-. ¡Unámonos al ataque!

Gwydion meneó la cabeza.

-El plan se realizará tal como lo había dispuesto. Montad, de prisa: ya hemos perdido mucho tiempo. En los ojos del rey Morgant ardió brevemente una chispa. -Se hará como mandéis, señor Gwydion. -¿Qué sucedió? -le preguntó en un murmullo Fflewddur a Taran-. No pensarás

decirme que la culpa no fue de Ellidyr, aunque no sé cómo. Puedo darme cuenta de que lo suyo es causar problemas, y no consigo imaginarme en qué estaba pensando Gwydion cuando lo trajo con nosotros.

-La culpa es igualmente mía -dijo Taran-. No me porté mejor que él: tendría que haber contenido mi lengua. Algo que con Ellidyr -añadió- es bastante difícil.

-Sí -suspiró el bardo, contemplando su arpa-. Yo tengo una dificultad bastante parecida a la tuya.

Durante todo el día siguiente la columna avanzó con extremada cautela, pues entre las nubes se veía volar ya a los gwythaints, los temibles pájaros mensajeros de Arawn. Cuando faltaba poco para el anochecer, el sendero empezó a bajar hacia una angosta hondonada cubierta de pinos y maleza; Gwydion se detuvo al llegar a ella. Delante se alzaban los lúgubres acantilados de la Puerta Oscura, dos montañas gemelas que ardían con un resplandor carmesí bajo el sol agonizante.

Hasta el momento el grupo no se había encontrado con ningún Nacido del Caldero. Taran lo atribuyó a la buena suerte, pero Gwydion no dejaba de fruncir el ceño, preocupado.

-Temo más a los Nacidos del Caldero cuando no puedo verles -dijo Gwydion, después de haber convocado a los guerreros junto a él-. Estuve a punto de creer que habían abandonado Annuvin, pero Doli os trae noticias que preferiría no verme obligado a revelaros.

-Me hizo volver invisible y tuve que ir a explorar, eso es lo que me hizo -le contó Doli en un furioso murmullo a Taran-. Cuando entremos en Annuvin, tendré que hacer lo mismo otra vez. ¡Buf! ¡Ya siento las orejas como si tuvieran un enjambre de avispas dentro!

-Prestadme atención todos -prosiguió Gwydion-. Los Cazadores de Annuvin andan

Librodot

por aquí.

-Me he enfrentado a los Nacidos del Caldero -exclamó osadamente Taran-. Estos guerreros no pueden ser más terribles que ellos.

-¿Eso crees? -le replicó Gwydion con una seca sonrisa-. Yo les temo en gran manera. Son tan implacables como los Nacidos del Caldero, y su fortaleza es aún mayor que la de éstos. Siempre van a pie, pese a lo cual son veloces y están dotados de enorme resistencia. La fatiga, el hambre y la sed tienen escaso significado para ellos.

-Los Nacidos del Caldero no mueren -dijo Taran-. Si esos otros son hombres mortales, será posible acabar con ellos.

-Son mortales -contestó Gwydion-, aunque me niego a llamarles hombres. Entre los guerreros que han traicionado a sus camaradas, ellos pertenecen a lo más bajo: son asesinos que han cometido sus crímenes sólo por el placer de cometerlos. Para satisfacer su propia crueldad han escogido voluntariamente el reino de Arawn y le han jurado alianza con una promesa de sangre que ni siquiera ellos pueden romper.

-Sí -añadió Gwydion-, se les puede matar. Pero Arawn les ha convertido en una hermandad de asesinos y les ha dado un terrible poder. Van siempre en pequeñas bandas, y en sus grupos la muerte de un hombre no hace sino aumentar el poder de los demás.

»Evitadles -les advirtió Gwydion-. No les presentéis batalla si es posible rehuirla, pues cuantos más logréis abatir más fuerza ganará el resto. A medida que su número disminuye, su poder se fortalece. Ahora, buscad un sitio resguardado y dormid -les ordenó-. Nuestro ataque debe llevarse a cabo esta noche.

Taran estaba inquieto y apenas si logró obligarse a cerrar los ojos. Cuando al fin los cerró fue para caer en un sueño ligero y nervioso del que despertó con un sobresalto, que le hizo buscar a tientas su espada. Adaon, que ya estaba despierto, le indicó mediante una seña que guardara silencio. La luna brillaba en lo alto con un frío resplandor. Los guerreros del rey Morgant se movían como sombras. Se oyó el débil tintineo de un arnés y el susurro de una espada al ser desenvainada.

Doli, que se había vuelto invisible, iba ya hacia la Puerta Oscura. Taran encontró al bardo asegurando la preciada arpa a su espalda.

-Realmente, dudo mucho que vaya a necesitarla -admitió Fflewddur-. Por otra parte, nunca se sabe lo que puedes acabar haciendo. ¡Un Fflam siempre está listo!

Coll, que estaba a su lado, se acababa de poner un casco puntiagudo que le quedaba un poco estrecho. Ver al viejo guerrero, de tan valeroso corazón, con ese casco que a duras penas parecía capaz de proteger su calva cabeza, hizo que a Taran le invadiera una súbita melancolía. Abrazó fuertemente a Coll y le deseó mucha suerte.

-Bueno, muchacho -dijo Coll, guiñándole el ojo-, no temas. Volveremos antes de que te hayas dado cuenta; luego partiremos hacia Caer Dallben y la misión se habrá cumplido.

El rey Morgant, cubierto con una gruesa capa negra, se detuvo junto a Taran.

-Me habría honrado contándote entre mis hombres -dijo-. Gwydion me habló un poco de ti y eso me hizo observarte. Soy un guerrero y sé reconocer el buen temple.

Era la primera ocasión en que Morgant le hablaba directamente; Taran quedó tan sorprendido y lleno de placer que ni consiguió tartamudear una respuesta antes de que el jefe de guerreros se alejara en su montura.

Taran vio a Gwydion montado en Melyngar y corrió hacia él.

-Déjame ir contigo -volvió a suplicarle-. Si fui lo bastante hombre como para sentarme junto a ti en el consejo y llegar hasta tan lejos, también lo soy para cabalgar con

tus guerreros.

-¿Tanto amas el peligro? -le preguntó Gwydion-. Antes de que llegues a ser un hombre -añadió con voz amable-, deberás aprender a odiarlo. Sí, e incluso a temerlo, como hago yo. -Tendió la mano y sus dedos apretaron los de Taran-. Mantén la bravura de tu corazón. Tu coraje será puesto a prueba muy pronto.

Decepcionado, Taran se apartó de él. Los jinetes se desvanecieron más allá de los árboles y el bosquecillo pareció quedar vacío y desolado. Melynlas, atado junto a los demás corceles, lanzó un breve relincho quejumbroso.

-Esta noche será muy larga -dijo Adaon, con los ojos clavados en las sombras que envolvían las negras estribaciones de la Puerta Oscura-. La primera guardia la harás tú, Taran; la segunda Ellidyr, hasta que se oculte la luna.

-Así tendrás más tiempo para soñar -dijo Ellidyr lanzando una carcajada burlona.

-Esta noche no tendrás ocasión de buscar pelea con el pretexto de mis sueños -le replicó Adaon sin enfadarse-, pues compartiré vuestras dos guardias. Duerme, Ellidyr -añadió-; si no piensas dormir, al menos guarda silencio.

Ellidyr, irritado, se envolvió en su capa y se acostó en el suelo junto a Islimach. La yegua resopló levemente e inclinó la cabeza, frotando con su hocico el rostro de su amo.

La noche era muy fría. La escarcha centelleaba ya sobre los resecos cañizos y una nube pasó lentamente ante la luna. Adaon desenvainó su espada y fue hasta donde terminaban los árboles. La blanca luz lunar se reflejaba en sus ojos, que brillaban como dos estrellas. Permaneció allí, silencioso, con la cabeza levantada como una criatura salvaje del bosque.

-¿Crees que ya han entrado en Annuvin? -susurró Taran. -Deberían llegar muy pronto -respondió Adaon. -Ojalá Gwydion me hubiera dejado acompañarle -dijo Taran con cierta amargura-. Si me hubiera dejado ir con Morgant, al menos...

-No desees tal cosa -se apresuró a decir Adaon, con una expresión preocupada en el rostro.

-¿Por qué no? -le preguntó Taran, perplejo-. Me habría sentido muy orgulloso de acompañar a Morgant. Después de Gwydion, es el mayor guerrero de Prydain.

-Es un hombre valiente y fuerte -accedió Adaon-, pero me preocupa. En el sueño que tuve la noche antes de marcharnos le vi rodeado por un círculo de guerreros que cabalgaban lentamente. La espada de Morgant estaba rota y lloraba sangre.

-Quizá eso no tenga ningún significado -sugirió Taran, intentando con sus palabras tanto tranquilizarse como calmar a su compañero-. ¿Acaso es siempre cierto que... que tus sueños contengan la verdad?

Adaon sonrió.

-La verdad está en todas las cosas, si eres capaz de entenderlas bien.

-Nunca me dijiste lo que habías soñado sobre los demás -prosiguió Taran-. Sobre Coll, sobre el buen Dolí... y, si a eso vamos, sobre ti mismo.

Adaon no le contestó. Se quedó callado y se volvió nuevamente hacia la Puerta Oscura.

Con la espada desenvainada, cada vez más preocupado, Taran fue hacia los confines del bosquecillo.

4 - A la sombra de la Puerta Oscura

Librodot

La noche transcurrió con pesada lentitud y ya casi había llegado el momento de que montara guardia Ellidyr cuando Taran oyó un ruido en la espesura. Alzó bruscamente la cabeza y el sonido se esfumó. Ahora ya no estaba demasiado seguro de haberlo oído realmente. Contuvo el aliento y esperó, con el cuerpo rígido y envarado.

Adaon, cuyo oído era tan agudo como su vista, lo había percibido también y no tardó ni un segundo en aparecer junto a él.

Taran creyó ver un destello luminoso. Una rama crujió cerca de ellos. Lanzando un grito, Taran blandió su espada y dio un salto en esa dirección. Un rayo de luz dorada le deslumbró y un chillido indignado resonó en sus oídos.

-¡Baja esa espada! -gritó Eilonwy-. Cada vez que tropiezo contigo estás jugando con ella o amenazando al primero que ves.

Taran retrocedió confundido; en ese mismo instante, una figura oscura apareció de repente junto a Ellidyr, que se incorporó de golpe con la espada desenvainada y cortando el aire con un silbido.

-¡Ayuda! ¡Ayuda! -aulló Gurgi-. ¡El irritado señor hará pedazos la pobre y tierna cabeza de Gurgi con sus tajos y mandobles!

Trepó rápidamente a un pino hasta media altura y, una vez a salvo en su refugio, agitó el puño hacia el atónito Ellidyr.

Taran cogió del brazo a Eilonwy y la hizo entrar en la protección del bosquecillo. Tenía la cabellera en desorden y sus ropas estaban rotas y manchadas de barro.

-¿Qué has hecho? -exclamó-. ¿Quieres que nos maten a todos? ¡Apaga esa luz!

Le quitó de las manos la esfera resplandeciente y empezó a darle vueltas, intentando sin éxito extinguir su brillo.

-Oh, nunca aprenderás a usar mi juguete -le dijo Eilonwy con impaciencia.

Recuperó la bola dorada, la posó en la palma de su mano y la luz se esfumó.

Adaon, que había reconocido a la muchacha, le puso la mano en el hombro, lleno de ansiedad.

-Princesa, princesa... no debiste seguirnos.

-Claro que no -dijo Taran enfadado-. Debe volver de inmediato. No es más que una loca, cabeza de chorlito y...

-Nadie la ha llamado y nadie la necesita aquí -dijo Ellidyr, que se había acercado mientras tanto. Se volvió hacia Adaon-. Por una vez, el porquerizo da muestras de buen sentido: que esa pequeña tonta vuelva a sus cacharros de cocina.

Taran se volvió en redondo.

-¡Contén tu lengua! He tolerado los insultos que me has dirigido en bien de nuestra misión, pero no pienso dejar que ofendas a otra persona.

La espada de Ellidyr pareció saltar hacia adelante y Taran alzó también la suya. Adaon se interpuso entre ellos y extendió las manos.

-Basta, basta -les ordenó-. ¿Tan ansiosos os encontráis de hacer brotar la sangre?

-¿Tengo que escuchar los reproches de un porquerizo? -replicó Ellidyr-. ¿Debo permitir que una criada me cueste la cabeza?

-¡Criada! -aulló Eilonwy-. Bueno, pues puedo decirte que...

Gurgi, mientras tanto, había bajado cautelosamente del árbol y, medio corriendo, medio saltando, se había colocado detrás de Taran.

Librodot

-¡Y esto! -Ellidyr rió amargamente, señalando a Gurgi-. ¡Esta... esta cosa! ¿Es quizá la bestia negra que tanto te había alarmado, soñador?

-No, Ellidyr, no lo es -murmuró Adaon, casi con tristeza.

-¡Éste es Gurgi, el guerrero! -exclamó osadamente Gurgi, asomando tras el hombro de Taran-. ¡Sí, sí! ¡El listo y valiente Gurgi, que se reúne con su amo para protegerle de dolorosas heridas y batacazos!

Cállate -le ordenó Taran-, ya nos has causado bastantes problemas.

¿Cómo lograsteis alcanzarnos? -le preguntó Adaon-. Yendo a pie...

-Bueno, no íbamos a pie... -dijo Eilonwy -, al menos, no todo el camino. Los caballos se nos escaparon hace muy poco rato.

-¿Qué? -chilló Taran-. ¿Cogisteis caballos de Caer Dallben y luego los perdisteis?

-Sabes perfectamente bien que se trataba de nuestros caballos -declaró Eilonwy-, los que Gwydion nos regaló el año pasado. Y no los perdimos. Fueron más bien ellos quienes nos perdieron a nosotros. Nos detuvimos solamente un segundo para que bebieran, y esos tontos animales huyeron al galope. Supongo que se asustaron. Creo que no les gustó encontrarse tan cerca de Annuvin, aunque puedo decirte con toda sinceridad que a mí no me molesta ni pizca.

»De todos modos -acabó diciendo-, no debes preocuparte por ellos. Cuando los vimos por última vez iban en línea recta hacia Caer Dallben.

-Y eso mismo harás tú -dijo Taran.

¡No lo haré! -exclamó Eilonwy-. Lo estuve pensando un buen rato después de que os fuerais: lo pensé durante un rato tan largo que os dio tiempo de cruzar el campo de un lado a otro. Y me decidí: no importa lo que digan los demás, lo justo es lo justo. Si tú puedes ir en esta misión, yo también; es así de sencillo.

¡Y fue el inteligente Gurgi quien encontró el camino! -afirmó Gurgi con orgullo-. ¡Sí, sí, entre bufidos y soplidos! Gurgi no permite que la buena y amable princesa vaya sola, ¡oh, no! Y el leal Gurgi nunca deja atrás a sus amigos -añadió, con una mirada de reproche dirigida a Taran.

-Ya que habéis llegado tan lejos -dijo Adaon-, bien podéis esperar a Gwydion. Aunque quizá su modo de tratar a dos bergantes como vosotros no llegue a ser de vuestro agrado. Al parecer -añadió, contemplando con una sonrisa el harapiento atuendo de la princesa-, vuestro viaje ha sido más duro que el nuestro. Descansad un poco y refrescaos con algo de bebida y comida.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Morder y mascar para el bravo y fa mélico Gurgi!

-Muy considerado y amable por tu parte -dijo Eilonwy, contemplándole con ojos llenos de admiración-. Es mucho más de lo que se puede esperar de ciertos Aprendices de Porquerizo...

Adaon fue hacia donde guardaban las provisiones mientras Ellidyr se dirigía al puesto de guardia. Taran, agotado, se derrumbó en un peñasco con la espada sobre las rodillas.

-No es que estemos muriéndonos de hambre -dijo Eilonwy-. Gurgi se acordó de traer su alforja. Sí, también eso era un regalo de Gwydion, así que estaba perfectamente en su derecho a traérsela. Se trata ciertamente de una alforja mágica -prosiguió-, ya que nunca parece vaciarse. La comida es muy nutritiva, estoy segura de ello, y resulta maravilloso tenerla a mano cuando la necesitas. Pero, a decir verdad, no sabe a nada. Ése es a menudo el problema con las cosas de la magia: nunca son del todo lo que uno esperaba que fueran.

»Estás enfadado, ¿verdad? -prosiguió Eilonwy-. Siempre noto cuándo estás enfadado.

Parece que te hubieras tragado una avispa.

-Si te hubieras parado a pensar en el peligro que corrías, en vez de lanzarte hacia adelante sin pensar en nada... -replicó Taran.

-Bueno eres tú para decir eso, Taran de Caer Dallben -le contestó Eilonwy-. Además, creo que en realidad no estás tan enfadado... No, después de ver cómo contestaste a Ellidyr. Me pareció maravilloso que estuvieras dispuesto a pelear con él por mi causa. No es que fuera necesario, claro. Yo podría haberme ocupado perfectamente de él. Y no pretendía decir que no seas bueno y considerado..., en realidad lo eres. Sólo que a veces no piensas en ello y se te olvida. Para ser un Aprendiz de Porquerizo, lo haces sorprendentemente bien...

Antes de que Eilonwy pudiera terminar, Ellidyr lanzó un grito de advertencia. Un caballo y su jinete entraron al galope en el bosquecillo. Era Fflewddur; detrás de él venía, igualmente al galope, el poni peludo de Doli.

Casi sin aliento y con su amarilla cabellera erizada como un puercoespín, el bardo desmontó de un salto y corrió hacia Adaon.

-¡Preparaos para marchar! -gritó -. Coged las armas. Disponed los animales. Nos vamos a Caer Cadarn... -Entonces vio a Eilonwy-. ¡Por el gran Belin! ¿Qué estás haciendo aquí?

-Estoy cansada de que me lo pregunten -dijo Eilonwy.

-¡El caldero! -exclamó Taran-. ¿Lo habéis cogido? ¿Dónde están los otros? ¿Dónde está Doli?

-Aquí, ¿dónde iba a estar? -le replicó secamente una voz.

Un instante después, Doli apareció a lomos de lo que hasta el momento había parecido un poni sin jinete. Desmontó sin demasiada agilidad y se llevó las manos a la cabeza.

-Ni siquiera había tenido tiempo para hacerme visible otra vez -continuó-. ¡Oh, mis oídos!

Mientras Ellidyr y Adaon se apresuraban a soltar a los animales, Taran y el bardo se dedicaron a recoger las armas.

-Quédatelos -ordenó Fflewddur, colocando a Eilonwy un arco y una aljaba de flechas entre las manos-. Y los demás, armaos bien.

-¿Qué ha ocurrido? -le preguntó Taran con temor-. ¿Acaso el plan ha fracasado?

-¿El plan? -le preguntó Fflewddur-. Fue perfecto, no habría podido ir mejor. Morgant y sus hombres cabalgaron con nosotros hasta la Puerta Oscura... ¡Ah, ese Morgant! ¡Qué guerrero! se diría que no tiene nervios, parece un pedazo de hielo. Se habría podido pensar que iba a un banquete. -El bardo meneó su erizada cabeza-. ¡Y ahí estábamos, en el mismísimo umbral de Annuvin! Oh, ya oiréis canciones al respecto, recordad mis palabras...

-Deja de parlotear -le ordenó Doli, que se acercaba a toda prisa con los nerviosos caballos-. Sí, el plan era estupendo -gritó enfadado-. Habría sido tan fácil como untar mantequilla en el pan. Sólo había un problema. ¡Perdimos el tiempo y arriesgamos nuestros cuellos para nada!

-¿Es que alguno de vosotros va a decir al fin algo coherente? -estalló de pronto Eilonwy-. ¡No me importan nada las canciones ni la mantequilla! ¡Decidlo de una vez! ¿Dónde está el caldero?

-No lo sé -dijo el bardo-. Nadie lo sabe.

-No lo habréis perdido, ¿verdad? -preguntó Eilonwy atónita, llevándose la mano a la

boca-. ¡No! ¡Oh, vaya grupo de tontos! ¡Grandes héroes! Supe desde el principio que habría debido acompañaros.

Doli puso una cara como si estuviese a punto de reventar. Empezaron a temblarle las orejas y se puso de puntillas con los puños muy apretados.

-¿No lo entiendes? ¡El caldero ha desaparecido! ¡No está ahí! ¡Se ha ido!

-¡Eso es imposible! -exclamó Taran.

-No me digas que eso es imposible -le replicó secamente Dolí-. Yo estuve ahí. Sé lo que vi y sé lo que oí. Yo entré primero, tal y como Gwydion ordenó. Encontré la Sala de los Guerreros; no hubo ningún problema: de hecho, no había centinelas. Aja, pienso yo, esto va a ser coser y cantar. Entré..., bien podría haberlo hecho de día y sin ser invisible. Y ¿por qué? ¡Porque no había nada que vigilar! ¡La plataforma estaba vacía!

-Arawn ha cambiado el caldero de sitio -le interrumpió Taran-. Debe de tener un nuevo escondite y el caldero estará ahí, en ese otro lugar.

-¿Crees acaso que nací sin ni una pizca de sesos o qué? -le replicó Doli-. Eso fue lo primero que me vino a la cabeza. Por lo tanto, me puse de nuevo en marcha: hubiera sido capaz de buscar en las habitaciones del mismísimo Arawn. Pero no había dado ni seis pasos cuando me tropecé con un par de guardias de Arawn. O, mejor dicho, fueron esos dos hombretones estúpidos los que se tropezaron conmigo -murmuró Doli, frotándose un ojo que empezaba a ponerse morado-. Les seguí durante unos instantes y no tardé en oír lo suficiente.

«Debió de suceder hace pocos días. No sé cómo ocurrió ni quién lo hizo..., y Arawn tampoco. ¡Ya os podéis imaginar su rabia! Pero, sean quienes sean, se nos han adelantado e hicieron bien su trabajo. ¡El caldero ya no está en Annuvin!

-¡Pero eso es algo maravilloso! -dijo Eilonwy-. Nuestra misión ha sido realizada, y para ello nos ha bastado con hacer el viaje.

-A nuestra misión le falta mucho para estar realizada -dijo Adaon con voz grave.

Había terminado de cargar los arreos en uno de los caballos y se había acercado a Taran. También Ellidyr había estado escuchando atentamente.

-Hemos perdido la gloria de luchar por el caldero -dijo Taran-, pero lo importante es que ahora ya no está en manos de Arawn.

-No es tan sencillo -le advirtió Adaon-. Esta derrota es una grave herida para el orgullo de Arawn, y hará todo cuanto esté en su poder para recobrar el caldero. Pero hay más. El caldero es peligroso por sí mismo, incluso fuera del alcance de Arawn. ¿Qué sucederá si ha caído en poder de otra fuerza maligna?

-Exactamente lo que dijo Gwydion -añadió Fflewddur-. Para citar sus palabras, el caldero debe ser encontrado y destruido sin tardanza, sea como sea. Una vez en Caer Cadarn, Gwydion pensará la forma de hallarlo. Parece que nuestra misión acaba de empezar.

-Montad -les ordenó Adaon-. No debemos cargar en exceso a las monturas que llevan los arreos: la princesa Eilonwy y Gurgi compartirán nuestros caballos.

-Islimach no llevará a otro que no sea yo -dijo Ellidyr-. Se la ha enseñado así desde que era una potrilla.

-No me sorprende nada, viniendo de esa yegua tuya -dijo Taran-. Eilonwy montará en mi caballo.

-Y yo llevaré conmigo a Gurgi en Lluagor -dijo Adaon-. Venga, de prisa.

Taran fue corriendo hacia Melynlas y montó de un salto; luego ayudó a Eilonwy a

subir a la grupa. Dolí y los demás se apresuraron igualmente a montar, pero en ese mismo instante un griterío salvaje resonó a ambos lados del grupo y un repentino silbido de flechas hendió el aire.

5 - Los cazadores de Annuvin

Los caballos relincharon aterrados. Melynlas se encabritó al oír las flechas que repiqueteaban entre los arbustos. Fflewddur, espada en mano, hizo volver grupas a su montura y se lanzó contra los atacantes.

La voz de Adaon se alzó, dominando el estrépito.

-¡Son los Cazadores! ¡Intentad huir!

En el primer instante, Taran tuvo la impresión de que las sombras habían cobrado vida. Figuras borrosas se lanzaron contra él e intentaron arrancarle de su montura. Taran hizo girar su espada a ciegas y Melynlas lanzó coces furiosas, queriendo liberarse de los guerreros que lo aprisionaban.

El cielo había empezado a romperse en un tapiz de hebras carmesíes. El sol, alzándose en el horizonte sobre un telón de pinos negros y árboles sin hojas, inundó el bosquecillo con un resplandor fatídico.

Los atacantes serían aproximadamente una docena. Llevaban ropas hechas con pieles de animal y en sus cintos se veían largos cuchillos: del cuello de uno de ellos colgaba un cuerno de caza. Mientras los guerreros parecían girar a su alrededor, Taran, horrorizado, contuvo el aliento. En la frente de cada uno había una raya escarlata. Al verla, Taran se sintió invadido por el terror, pues sabía que el extraño símbolo era una marca del poder de Arawn. Intentó luchar contra el miedo que le helaba el corazón y le robaba la fuerza.

Detrás de él oyó gritar a Eilonwy y, en ese mismo instante, sintió que alguien le cogía del cinto y le arrancaba de su montura. Cayó al suelo, arrastrando con él a un Cazador que le aferraba con tanta fuerza que a Taran le resultaba imposible usar su espada. De pronto, el Cazador se incorporó y golpeó con la rodilla el pecho de Taran. Los ojos del guerrero brillaban ferozmente y su boca se entreabrió en una mueca horrible mientras alzaba su cuchillo.

La voz del Cazador pareció helarse en mitad de un grito de triunfo y de pronto su cuerpo se desplomó hacia atrás. Ellidyr, al ver el apuro en que se hallaba Taran, le había golpeado con su espada con una fuerza terrible; luego apartó a un lado el cuerpo sin vida y levantó a Taran prácticamente en vilo.

Sus ojos se encontraron un instante. En el rostro de Ellidyr, bajo su cabellera leonina ahora manchada de sangre, había una expresión mezcla de burla y orgullo. Pareció a punto de hablar, pero se volvió rápidamente sin decir palabra y corrió directamente hacia la confusión del combate.

En el bosquecillo reinó por un instante el silencio; de pronto, un prolongado suspiro pareció brotar de todos los guerreros que les habían atacado, como si todos y cada uno de ellos hubieran estado conteniendo el aliento. Taran sintió que el corazón le desfallecía al recordar el aviso de Gwydion. Con un rugido, los Cazadores reanudaron su ataque con ferocidad aún mayor, y se lanzaron contra los compañeros en un repentino estallido de furia.

En pie junto a Melynlas, Eilonwy puso la flecha en el arco. Taran fue corriendo hasta ella.

-¡No los mates! -gritó -. ¡Defiéndete, pero no los mates!

En ese mismo instante, una figura velluda y cubierta de ramajes brotó de entre la maleza. Gurgi había cogido una espada casi tan grande como él. Con los ojos cerrados y dando patadas en el suelo, empezó a gritar mientras hacía girar su arma como si fuera una hoz. Luego, furioso como una avispa enloquecida, echó a correr entre los Cazadores, saltando de un lado a otro con su arma en perpetuo movimiento.

Mientras los guerreros intentaban esquivarle, Taran vio que uno de ellos manoteaba ciegamente y luego caía de bruces. Otro Cazador se dobló de repente para caer al suelo, derribado por puños invisibles. Se dejó rodar, intentando huir de los golpes que caían sobre él; cuando había logrado incorporarse, otro guerrero, gritando y debatiéndose, cayó sobre él. Los Cazadores blandieron sus espadas para ver cómo éstas les eran arrebatadas y tiradas entre la maleza. Enfrentados a este extraño ataque, los guerreros retrocedieron, alarmados.

-¡Doli! -gritó Taran-. ¡Es Dolí!

Adaon aprovechó el momento y se lanzó hacia adelante. Logró coger a Gurgi y le instaló en la grupa de Lluagor.

-¡Seguidme! -gritó Adaon, que hizo volver grupas a su montura y pasó como una exhalación entre el confuso grupo de guerreros.

Taran dio un salto y se encontró montado en Melynlas. Con Eilonwy agarrándose a su cinturón, se pegó todo lo posible a la crin plateada del caballo. Melynlas galopó hacia adelante mientras las flechas silbaban a su alrededor, y de repente el caballo salió del bosquecillo y sus cascos resonaron sobre el suelo rocoso.

Con las orejas echadas hacia atrás, Melynlas rebasó una hilera de árboles. Las hojas secas volaban en torbellinos bajo los cascos veloces mientras el corcel remontaba una colina reseca. Taran corrió el riesgo de mirar durante un segundo hacia atrás. Unos cuantos Cazadores se habían apartado del grupo principal y, a grandes zancadas, perseguían a los compañeros lanzados en veloz huida. Se movían con gran rapidez, tal como les había advertido Gwydion. Cubiertos por sus jubones de tosca piel, más parecidos a bestias que a hombres, se desplegaban en un amplio arco para cubrir la colina. Mientras corrían se gritaban entre ellos un extraño aullido que parecía llegar hasta los oscuros barrancos de la Puerta Oscura, en los que despertaban ecos fantasmales.

Taran, con el cuerpo helado por el terror, espoleó a Melynlas. Entre los troncos caídos y las ramas marchitas surgían fantasmagóricas masas de maleza. Delante de ellos corría Lluagor, cruzando al galope una hondonada.

Adaon les había llevado hasta el lecho de un río. Algunos charcos de agua oscura brillaban débilmente, aunque en su mayor parte el río estaba seco y sus orillas arcillosas tenían la altura suficiente para ocultarles. Adaon detuvo a Lluagor y miró rápidamente hacia atrás para asegurarse de que todos le habían seguido, y les indicó luego con un gesto que siguieran avanzando. Los compañeros reemprendieron la marcha, poniendo al trote sus monturas. El lecho del río se abría paso entre imponentes grupos de higueras entremezcladas con alisos de menor talla, pero unos minutos después el cauce desapareció y se encontraron con una rala arboleda como único refugio.

Aunque Melynlas no había aflojado el paso, Taran se dio cuenta de que el resto de caballos empezaba a fatigarse. También él ansiaba descansar. El poni peludo de Dolí se abría paso con dificultad entre los árboles, y la montura del bardo estaba tan cansada que Fflewddur se había visto obligado a cambiar de caballo. Ellidyr tenía el rostro pálido como un muerto y sangraba abundantemente a causa de una herida en la frente.

A Taran le parecía que se habían dirigido siempre hacia el oeste; la Puerta Oscura se hallaba a cierta distancia detrás de ellos, y sus picos ya no eran visibles. Taran había albergado la esperanza de que Adaon se dirigiría hacia el sendero que habían tomado antes, yendo con Gwydion, pero ahora se daba cuenta de que se encontraban lejos de él y de que a cada segundo se alejaban más.

Adaon les condujo hasta un espeso macizo de árboles y les indicó que desmontaran.

-No podemos quedarnos mucho tiempo -les advirtió-. Hay pocos escondites que los cazadores de Arawn no sean capaces de encontrar.

-¡Entonces quedémonos aquí y plantémosles cara! -exclamó el bardo-. ¡Un Fflam jamás escurre el bulto!

-¡Sí, sí! ¡Gurgi se enfrentará también a ellos! -afirmó Gurgi, que a duras penas si parecía capaz de sostenerse.

-Presentaremos batalla sólo si nos vemos obligados a ello -dijo Adaon-. Ahora son más fuertes que antes y no se cansarán tan de prisa como nosotros.

-Deberíamos hacerles frente ahora mismo -gritó Ellidyr-. ¿Es éste el honor que ganamos siguiendo a Gwydion? ¿Debemos permitir que se nos persiga y cace como a animales? ¿O acaso les tenéis demasiado miedo?

-No les temo -replicó Taran-, pero evitarles no supone ningún deshonor. Ésa es la orden que daría Gwydion, si estuviera aquí.

Eilonwy, pese a estar cansada y maltrecha, no había perdido el dominio de su lengua.

-¡Oh, callaos los dos! -les ordenó-. Os preocupáis demasiado del honor cuando deberíais estar pensando en un modo de volver a Caer Dallben.

Taran, que había permanecido apoyado en un árbol, alzó la cabeza. A lo lejos resonó un prolongado alarido, que fue respondido por otro y luego por otro más.

-¿Están abandonando la persecución? -preguntó-. ¿Hemos logrado dejarles atrás?

Adaon sacudió la cabeza.

-Lo dudo. No nos habrían perseguido hasta tan lejos para acabar dejándonos huir. -Montó nuevamente en Lluagor, moviéndose con rigidez a causa del cansancio-. Debemos seguir cabalgando hasta encontrar un sitio mejor en el que descansar. No tendríamos muchas esperanzas si cayeran sobre nosotros ahora.

Cuando Ellidyr se dirigía hacia Islimach, tan cansada como los demás, Taran le cogió del brazo.

-Luchaste bien, Hijo de Pen-Llarcau -le dijo en voz baja-. Creo que te debo la vida.

Ellidyr se volvió a mirarle con la misma expresión despectiva que Taran había notado en el bosquecillo.

-La deuda es pequeña -replicó-. Tú la valoras más que yo. Emprendieron nuevamente la marcha y se adentraron en el bosque con toda la rapidez que les era posible. El día se había encapotado, volviéndose húmedo y frío. El sol, envuelto en deshilachadas nubes grises, apenas brillaba. Su avance se vio entorpecido por la maleza y las hojas mojadas parecían adherirse a los animales, que se debatían para librarse de ellas. Dolí, que había estado montando con el cuerpo encogido, se irguió de repente y examinó atentamente los alrededores. Pareció distinguir algo que le animó de un modo extraño.

-Aquí hay gente del Pueblo Rubio -afirmó, al acercársele Taran.

-¿Estás seguro? -le preguntó Taran-. ¿Cómo lo sabes?

Librodot

Por mucho que mirara, no lograba ver diferencia alguna entre esta parte del bosque y la que habían dejado atrás.

-¿Que cómo lo sé? ¿Cómo lo sé? -le replicó brusca mente Dolí -. ¿Cómo sabes tú de qué modo has de comerte la cena?

Apretó con los talones los flancos de su poni y pasó como un rayo por delante de Adaon, el cual se detuvo, sorprendido. Dolí desmontó de un salto y, tras examinar varios árboles, corrió rápidamente hacia los restos de un enorme roble cuyo tronco estaba hueco. Metió la cabeza dentro de éste y empezó a gritar tan fuerte como pudo.

Taran desmontó también y, con Eilonwy pisándole los talones, corrió hacia el árbol, temeroso de que el cansancio y las emociones del día hubieran acabado finalmente por enloquecer al enano.

-¡Ridículo! -murmuró Dolí, sacando la cabeza del tronco-. ¡No puedo equivocarme de ese modo!

Se agachó hasta casi tocar el suelo, clavando los ojos en él, y empezó a hacer cálculos incomprensibles con los dedos.

-¡Eso debe ser! -gritó-. El rey Eiddileg nunca habría dejado que las cosas fueran tan mal.

Una vez dicho esto, pateó furiosamente las raíces del árbol. Taran estuvo seguro de que el enfadadísimo enano se habría metido dentro del tronco si la apertura hubiera sido lo bastante grande.

-¡Informaré de esto al mismísimo Eiddileg! -exclamó Doli-. ¡Es algo inaudito! ¡Es imposible!

-No sé qué estás haciendo -dijo Eilonwy, apartando al enano y acercándose al roble-, pero si nos dices de qué se trata quizá podamos ayudarte.

Al igual que había hecho el enano, Eilonwy miró en el interior del tronco hueco.

-No sé quién está ahí abajo -gritó-, pero nosotros estamos aquí arriba y Doli quiere hablar con vosotros. ¡Al menos podríais responder! ¿Me oís?

Eilonwy se apartó del roble y meneó la cabeza.

-Sean quienes sean, no son demasiado corteses. ¡Eso es peor que cuando alguien cierra los ojos para que no le veas!

Y entonces una voz, débil pero clara, brotó del tronco.

-Iros -dijo.

6 - Gwystyl

Doli apartó presurosamente a Eilonwy de un empujón y volvió a meter la cabeza en el tronco. Se puso a gritar nuevamente, pero la madera apagaba de tal modo el sonido que Taran no logró entender nada de la conversación, que consistió principalmente en largas parrafadas pronunciadas por el enano, a las que seguían breves respuestas.

Por último, Doli volvió a erguirse y les hizo una seña para que le siguieran. Cruzó rápidamente el bosque y, cuando hubo andado un centenar de pasos, bajó de un salto a un pequeño desnivel. Taran, que llevaba el poni del enano y también a Melynlas, se apresuró a reunirse con él. Adaon, Ellidyr y el bardo hicieron volver grupas rápidamente a sus monturas y fueron tras ellos.

El suelo estaba tan inclinado y cubierto de maleza que los caballos a duras penas lograban mantener el equilibrio, por lo que debían caminar con gran cuidado entre los

Librodot

arbustos y rocas. Islimach agitó sus crines y relinchó con nerviosismo. La montura del bardo estuvo a punto de caer e incluso Melynlas piafó brevemente, protestando ante lo difícil del camino.

Cuando Taran logró llegar por fin a suelo llano, Doli ya se había lanzado corriendo hacia la espesura y aguardaba, impaciente y mascullando maldiciones, ante un enorme grupo de arbustos espinosos. Para asombro de Taran, los arbustos empezaron a temblar como si alguien los estuviera removiendo desde el interior y luego, con abundante ruido de ramas que se partían, una grieta se abrió entre los espinos.

-¡Es un puesto avanzado del Pueblo Rubio! -exclamó Eilonwy-. ¡Sabía que hay muchos, repartidos por todos los sitios, pero sólo el bueno de Doli es capaz de encontrar uno!

Cuando Taran se reunió con el enano, la grieta era ya lo bastante ancha como para permitirle ver a una figura.

Doli metió la cabeza dentro para mirar.

-Así que eres tú, Gwystyl -dijo-. Tendría que habérmelo imaginado.

-Así que eres tú, Doli -replicó con tristeza una voz-. Ojalá me hubieras avisado.

-¡Avisado! -gritó el enano-. ¡Te daré algo más que un aviso si no abres! Eiddileg se enterará de esto. ¿De qué sirve un puesto semejante si no puedes entrar en él cuando te hace falta? Ya conoces las reglas: si cualquier miembro del Pueblo Rubio está en peligro... ¡Bueno, pues ahora ésa es exactamente nuestra situación! ¡Y, para rematarlo todo, podría haberme quedado ronco chillando! -Y lanzó una furiosa patada a los arbustos.

La otra figura emitió un largo y melancólico suspiro y la apertura se ensanchó todavía más. Taran vio entonces a una criatura que, al primer vistazo, parecía un amasijo de palos con unas telarañas flotando en la parte superior. Muy pronto se dio cuenta de que el extraño portero se parecía bastante a los otros miembros del Pueblo Rubio que había visto anteriormente en el reino de Eiddileg; aunque este individuo en concreto daba la impresión de necesitar con urgencia unas buenas reparaciones.

Al contrario que Doli, Gwystyl no era precisamente un enano. Era alto y extremadamente delgado. Su revuelta cabellera tenía un aspecto reseco y su nariz se desplomaba como agotada sobre su labio superior, el cual a su vez se abatía hacia su mentón, componiendo con ello una expresión francamente lúgubre. Tenía la frente constelada de arruguitas y sus ojos no paraban de hacer guiños nerviosos: daba la impresión de estar a punto de echarse a llorar. Sus hombros encorvados sostenían una túnica bastante sucia y medio rota, que no dejaba de estrujar con inquietud. Resopló varias veces, volvió a suspirar y, como a regañadientes, indicó a Doli con una seña que entrara.

Gurgi y Fflewddur se habían reunido con Taran; al verles, Gwystyl lanzó un gemido ahogado.

-Oh, no -dijo-, humanos no. Otro día, quizá. Lo siento, Doli, créeme, pero los humanos no.

-Vienen conmigo -le respondió secamente el enano-. Piden la protección del Pueblo Rubio y yo me encargaré de que la consigan.

El caballo de Fflewddur se agitó entre la espesura y lanzó un potente relincho; al oírlo, Gwystyl se golpeó la frente con la palma de la mano.

-¡Caballos! -dijo, casi sollozando-. ¡De eso, ni hablar! Haz entrar a tus humanos si es imprescindible, pero de caballos nada. Hoy caballos no, Dolí, sencillamente hoy no estoy de humor para caballos. Por favor, Dolí -gimió-, no me hagas esto. No me encuentro bien,

Librodot

la verdad es que no me encuentro nada bien. No puedo ni pensarlo... todos esos bufidos, el resonar de cascos, todas esas enormes cabezas huesudas... Además, no hay sitio. No queda ni un solo hueco para ellos.

-¿De qué lugar se trata? -preguntó Ellidyr con voz irritada-. ¿Adonde nos has traído, enano? Mi yegua no se apartará de mi lado. Podéis entrar vosotros en esa ratonera, si queréis. Yo me encargaré de proteger a Islimach.

-No podemos dejar las monturas arriba -le dijo Doli a Gwystyl, que ya había empezado a retroceder e intentaba escabullirse por el pasadizo -. Encuentra el espacio necesario o agranda el refugio, me da igual -le ordenó-. ¡Eso es todo!

Gimiendo y resoplando mientras movía la cabeza de un lado a otro, Gwystyl, con cara de no gustarle nada lo que hacía, acabó por abrir la puerta de par en par.

-Muy bien -suspiró-, metedlos dentro. Que entren todos. Y si conocéis a alguien más por aquí, invitadle también, no importa... Yo sólo sugería..., bueno, apelaba a tu generoso corazón, Doli. Pero ahora ya no importa, da igual.

Taran empezaba a pensar que Gwystyl tenía buenas razones para preocuparse. La entrada era apenas lo bastante alta para dejar pasar a los animales; la montura de Adaon, con su gran talla, tuvo dificultades para entrar. Islimach piafó, aterrada, al sentir que los espinos le arañaban los flancos.

Una vez rebasada la barrera, sin embargo, Taran pudo ver que se hallaban en una especie de galería, muy larga y con el techo bajo. Uno de los costados era de tierra sólida, y el otro estaba formado por una espesa pantalla de espinos y ramas a través de la que era imposible ver nada, aunque tenía las grietas y resquicios suficientes como para dejar entrar el aire.

-Supongo que podéis meter los caballos por ahí -suspiró Gwystyl, indicando vagamente con la mano hacia la galería-. Lo limpié todo hace poco, pero no esperaba verlo convertido en un establo. Adelante, da igual.

Entre toses y suspiros, Gwystyl condujo a los compañeros a través de un pasadizo que olía a moho. Taran vio que en uno de los lados se había excavado una recámara; estaba llena de raíces, líquenes y hongos que imaginó que serían la despensa del melancólico habitante de aquel lugar. El agua goteaba del techo o corría en riachuelos por la pared. Un olor a humedad y a hojas muertas flotaba en la atmósfera del pasadizo, que un poco más adelante se convertía en una estancia de forma redondeada.

En un hogar diminuto y recubierto de cenizas ardía vacilante un pequeño fuego de turba que emitía frecuentes bocanadas de un humo acre e irritante. Junto al hogar se encontraba un revuelto camastro de paja. Había una mesa rota y dos escabeles; de la pared, puestos a secar, colgaban gran cantidad de manojos de hierbas. Aunque se había hecho un intento de alisar algo los muros de la cueva, en bastantes lugares asomaban por ellos sinuosas raíces que parecían dedos. El lugar estaba tan caldeado que resultaba casi asfixiante; a pesar de ello, Gwystyl se estremeció y se envolvió más apretadamente en su túnica.

-Muy acogedor -observó Fflewddur, tosiendo violentamente.

Gurgi corrió hacia el fuego y, pese a la humareda, se acostó junto a él. Adaon, obligado a permanecer encorvado, no pareció darse cuenta del desorden y fue hacia Gwystyl, al que hizo una cortés reverencia.

-Os damos las gracias por vuestra hospitalidad -dijo-. Hemos pasado momentos bastante difíciles.

Librodot

-¡Hospitalidad! -bufó Dolí-. ¡Poca hemos visto de momento! Venga, Gwystyl, trae algo para comer y beber.

-Oh, claro, claro -murmuró Gwystyl-, si es que realmente queréis tomaros la molestia y el tiempo. ¿Cuándo dijisteis que os iríais?

Eilonwy lanzó una exclamación de placer.

-¡Mirad, tiene un cuervo domesticado! Junto al fuego, en una rama de árbol que había sido tallada hasta formar una tosca percha, se encontraba agazapado un bulto sombrío que era en realidad un cuervo de gran tamaño. Taran y Eilonwy fueron rápidamente a verlo de cerca. El cuervo tenía el aspecto de una pelota rechoncha, con las plumas de la cola en bastante mal estado y el resto del plumaje tan hirsuto y desordenado como la cabellera de su amo, que tanto recordaba a una telaraña. Pero sus ojos eran tan agudos como brillantes, y en la mirada que clavaron sobre el rostro de Taran se habría dicho que se ocultaba cierta inteligencia. Lanzando unos secos graznidos, el cuervo se afiló el pico en la rama y ladeó la cabeza.

-Es un cuervo precioso -dijo Eilonwy-, aunque jamás había visto ninguno con unas plumas parecidas. Son bastante raras, pero resultan de lo más bonito cuando te acostumbras a ellas.

Dado que el cuervo no parecía oponerse a ello, Taran le acarició suavemente las plumas del cuello y luego pasó el dedo por su pico afilado y reluciente. De pronto recordó con tristeza a la cría de gwythaint con la que había terminado por trabar amistad (algo que, le parecía ahora, sucedió hacía mucho tiempo) y se preguntó qué habría sido de ella. Mientras tanto, el cuervo gozaba al verse objeto de tantas atenciones, ya que obviamente no estaba acostumbrado a recibirlas: con la cabeza aún ladeada y guiñando los ojos con expresión de felicidad, intentó pasar su pico por el pelo de Taran.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó Eilonwy.

-¿Nombre? -le replicó Gwystyl-. Oh, su nombre es Kaw. A causa de los ruidos que hace, ¿entiendes? Se parecen bastante a eso -añadió con expresión indecisa.

-¡Kaw! -exclamó Fflewddur, que lo había estado observando con interés-. ¡Excelente! ¡Qué inteligencia! Jamás se me habría ocurrido un nombre semejante. -Y sacudió la cabeza con placer y aprobación.

Mientras Taran seguía alisando el plumaje del cuervo, cada vez más complacido, Adaon examinó la herida de Ellidyr. Sacó un puñado de hierbas secas de una bolsa que llevaba al cinto y las aplastó hasta convertirlas en polvo.

-Vaya -dijo Ellidyr-, ¿así que eres curandero además de soñador? Bueno, si ese arañazo no me molesta, ¿por qué debería molestarte a ti?

-Si prefieres no considerarlo un gesto amable -le contestó Adaon sin inmutarse, mientras aplicaba el polvo sobre la herida-, considéralo entonces una buena precaución. Tenemos por delante un viaje duro y peligroso: no deseo que caigas enfermo y que eso nos retrase.

-No seré yo el que os retrase -replicó Ellidyr-. Yo habría presentado batalla cuando había oportunidad de hacerlo. Ahora aquí estamos, metidos en la tierra como si fuéramos zorros...

Gwystyl había estado mirando la operación ansiosamente por encima del hombro de Adaon.

-¿Tienes algo que pueda ser útil para mi estado? -le preguntó con voz temblona-. No, supongo que no... Bueno, no importa. No puede hacerse nada respecto a la humedad y las

Librodot

corrientes de aire...; no, durarán ellas más que yo, de eso podéis estar bien seguros -añadió con voz abatida.

-Deja de refunfuñar sobre las corrientes de aire -le ordenó bruscamente Doli-, y piensa en algún modo para sacarnos de aquí con seguridad. Si estás a cargo del puesto, entonces se supone que debes estar preparado para las emergencias. -Le volvió la espalda, furioso-. No logro entender en qué estaba pensando Eiddileg cuando te instaló aquí.

-Me lo he preguntado a menudo -dijo Gwystyl, dándole la razón con un suspiro melancólico-. El puesto se encuentra demasiado cerca de Annuvin para que nadie decente venga a llamar a la puerta...; no me refiero a ninguno de vosotros -añadió apresuradamente-. Pero el sitio es horrible. Realmente, no hay nada interesante aquí. No, Doli, me temo que nada puedo hacer por vosotros, salvo deciros que reemprendáis el camino tan rápido como os sea posible.

-¿Y los Cazadores? -preguntó Taran-. Si andan todavía siguiéndonos...

-¿Cazadores? -Gwystyl se volvió de un feo color entre blanco y verdoso, y las manos empezaron a temblarle violentamente-. ¿Cómo habéis conseguido tropezar con ellos? Lamento oírlo. Si lo hubiera sabido antes, habría sido posible... oh, es demasiado tarde para ello. Ahora ya estarán por todas partes. Podríais haber sido un poco más considerados y...

-¡Tú crees que deseábamos tenerles detrás nuestro! -gritó Eilonwy, incapaz de contener más tiempo su impaciencia-. Eso es como invitar a una abeja para que te clave el aguijón.

Ante el enfado de la muchacha, Gwystyl pareció encogerse dentro de su túnica y su aspecto se hizo todavía más lamentable. Tragó ruidosamente saliva, se frotó la frente con una mano temblorosa y dejó que un lagrimón le resbalara por la nariz.

-No pretendía decir eso, mi querida niña, créeme. -Gwystyl resopló -. Sencillamente, no veo qué se puede hacer... si es que se puede hacer algo. Os habéis metido en un lío espantoso y no consigo imaginar el cómo ni el porqué.

-Gwydion nos condujo hasta aquí para atacar a Arawn -empezó a decir Taran.

Gwystyl levantó presuroso la mano.

-No me lo cuentes -le interrumpió, frunciendo el ceño nerviosamente-. Sea lo que sea, no quiero oírlo. Prefiero no saber nada de todo eso y no quiero verme enredado en ninguno de vuestros locos planes. ¿Gwydion? Me sorprende que ni siquiera él diera muestras de mejor sentido... Pero era algo previsible, supongo. De nada sirve quejarse.

-Nuestra misión es muy urgente -dijo Adaon, que había vendado ya la herida de Ellidyr y se había acercado a Gwystyl-. No te pedimos que hagas nada que pueda suponer peligro para ti. No deseo narrarte las circunstancias que nos han traído aquí, pero si no las conoces no puedes darte cuenta de lo desesperadamente que necesitamos tu ayuda.

-Vinimos para arrebatarle el caldero al poder de Annuvin -dijo Taran.

-¿Caldero? -murmuró Gwystyl.

-¡Sí, el caldero! -gritó el enano, furioso-. ¡Gusano paliducho!
¡Luciérnaga apagada! ¡El caldero de Arawn, el de los Nacidos del Caldero!
-Oh, ese caldero... -contestó Gwystyl con voz débil-. Perdóname, Dolí,
estaba pensando en otra cosa. ¿Cuándo dijiste que os iríais? El enano
pareció estar a punto de coger a Gwystyl por el cuello y zarandearle, pero
Adaon se interpuso entre ellos y le explicó rápidamente lo ocurrido en la
Puerta Oscura.

-Es una pena -murmuró Gwystyl, lanzando un suspiro entristecido-. Nunca habríais

Librodot

debido meteros en ese asunto. Me temo que ya es demasiado tarde para pensar en ello: deberéis intentar sacar el mejor partido posible de la situación. No os envidio, creedme. Se trata de una de esas desgracias que...

-Pero, ¿no lo entiendes? -dijo Taran-. No tenemos nada que ver con el caldero. Ya no está en Annuvin. Alguien lo había robado antes que nosotros.

-Sí -dijo Gwystyl, mirando lúgubremente a Taran-, sí, lo sé.

7 - Kaw

Taran se quedó sin habla.

-¿Que lo sabes? -le preguntó luego, sorprendido-. Entonces, ¿por qué no...?

Gwystyl tragó saliva y les miró a todos con nerviosismo.

-Oh, lo sé, pero de un modo muy vago y general, ¿entiendes? Quiero decir que en realidad no sé nada, meramente los típicos rumores infundados que son de esperar en un lugar tan salvaje y desagradable como éste. No tienen importancia, no hay que prestarles la menor atención.

-Gwystyl -dijo Dolí secamente-, tú sabes del asunto más de lo que nos has contado. Venga, suéltalo todo.

La apesadumbrada criatura se echó las manos a la cabeza y empezó a gimotear, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

-Iros, dejadme solo -dijo entre llantos-, no me encuentro bien; tengo muchísimas cosas que hacer. Nunca lograré ponerme al día...

-¡Debes contárnoslo! -exclamó Taran-. Por favor -añadió, bajando la voz al ver que el desgraciado Gwystyl había empezado a temblar violentamente, mientras los ojos le giraban en las órbitas como si estuviera a punto de tener un ataque -. No debes ocultarnos lo que sabes. Si guardas silencio, habremos arriesgado nuestras vidas para nada.

-Abandonad el asunto -dijo Gwystyl medio ahogándose, dándose aire con el faldón de la túnica-. No os molestéis en buscar el caldero. Olvidadlo. Es lo mejor que podéis hacer. Volved al sitio del que habéis venido y no penséis siquiera en él.

-¿Cómo podríamos hacer eso? -grito Taran-. Arawn no descansará hasta tener de nuevo el caldero en su poder.

-Naturalmente que no lo hará -dijo Gwystyl-. Ahora mismo no está descansando, precisamente. Y por eso mismo debéis abandonar vuestra búsqueda y marcharos sin hacer ruido. Lo único que conseguiréis será causar más problemas, y de eso ya hay bastante ahora.

-Entonces, será mejor que volvamos a Caer Cadarn y nos reunamos con Gwydion tan de prisa como podamos -dijo Eilonwy.

-Sí, sí, desde luego -le interrumpió Gwystyl, dando muestras de entusiasmo por primera vez-. Este consejo os lo doy por vuestro propio bien. Me alegraría muchísimo que lo consideraseis adecuado y me hicierais caso. Ahora, por supuesto -añadió, casi con alegría-, querréis seguir vuestro camino. Muy inteligente por vuestra parte. Yo, por desgracia, debo quedarme aquí: os envidio, de veras. Pero... así son las cosas y poco podemos hacer al respecto. Ha sido un placer conoceros a todos. Adiós.

-¿Adiós? -gritó Eilonwy-. Si asomamos la nariz a la superficie y los Cazadores nos están esperando..., ¡sí, entonces sí que será ciertamente el adiós! Dolí dice que tu deber es ayudarnos, y de momento no has hecho nada para ello. ¡Solamente suspirar y gemir! Si eso

Librodot

es todo lo que el Pueblo Rubio puede hacer... ¡bueno, prefiero ser un árbol y tener los pies plantados en el suelo!

Gwystyl inclinó nuevamente la cabeza y se la agarró con las manos.

-Por favor, por favor, no grites. Hoy no me siento con fuerzas para aguantar gritos... No, después de los caballos. Uno de vosotros puede ir a ver si los Cazadores siguen ahí. Realmente, no es que eso sirva de nada, porque quizá se hayan marchado solamente para volver dentro de un minuto o dos...

-Me pregunto quién hará eso... -murmuró el enano-. El buen Dolí, claro. Creí que se había terminado eso de hacerme invisible.

-Podría daros una cosilla... -prosiguió Gwystyl-. No es que sirva de mucho, claro: es una especie de polvo que he guardado para un caso de necesidad. Lo reservaba para una emergencia.

-¿Y cómo llamas tú a esto, idiota? -gruñó Doli.

-Sí, bueno... me refería a..., esto..., a emergencias personales -le explicó Gwystyl, palideciendo-. Pero yo no importo. Podéis cogerlo. Podéis cogerlo todo, adelante.

»Os lo ponéis en los pies o en lo que uséis para caminar..., quiero decir en los cascos y en todo eso -añadió Gwystyl-. No funciona muy bien, así que en realidad no tiene demasiado sentido tomarse la molestia... Es que se va. Naturalmente, cuando caminas sobre él es lógico, ¿no? De todos modos, tapará vuestro rastro durante un tiempo.

-Eso es lo que necesitamos -dijo Taran-. En cuanto hayamos logrado que los Cazadores pierdan nuestro rastro, creo que podremos dejarles atrás.

-Traeré un poco -dijo Gwystyl, nervioso-, no tardaré ni un segundo.

Cuando iba a salir de la estancia, Dolí le cogió del brazo.

-Gwystyl -le dijo el enano con severidad-, hay en tus ojos una expresión furtiva y huidiza. Puede que logres engañar a mis amigos; no olvides, sin embargo, que estás tratando también con un miembro del Pueblo Rubio. Tengo la sensación -añadió Doli, agarrándole el brazo con más fuerza- de que estás excesivamente anhelante por vernos marchar. Me estoy empezando a preguntar qué podría averiguar si te apretara un poquito más...

Al oír esto, Gwystyl puso los ojos en blanco y se desmayó. El enano tuvo que sostenerle en vilo mientras Taran y los demás le daban aire.

Finalmente, Gwystyl abrió un ojo.

-Lo siento -jadeó-. Hoy no me encuentro muy bien. Es una pena lo del caldero, una de esas desgracias que... El cuervo, que había estado observando todo el ajetreo, clavó sus ojillos en su propietario y batió las alas con tal vigor que Gurgi se incorporó a medias, alarmado.

-¡Orddu! -graznó Kaw.

Fflewddur se volvió hacia él, sorprendido.

¡Vaya, quién lo iba a imaginar! No dijo «kaw», ni nada parecido: al menos, no me ha sonado a eso. Juraría que ha dicho algo como «ordo».

¡Orwen! -graznó Kaw-. ¡Orgoch!

-Vaya -dijo Fflewddur, contemplando fascinado al pájaro-. Lo ha vuelto a hacer.

-Es raro, sí -dijo Taran -. ¡Parecía algo así como ordorwenorgoch! Y fijaos en él, corriendo de un lado a otro de su rama. ¿Creéis que le habremos asustado?

-Actúa como si quisiera decirnos algo -afirmó Eilonwy.

Librodot

Mientras tanto, el rostro de Gwystyl había cobrado el color del queso rancio.

-Puede que tú no quieras contárnoslo -dijo Dolí, agarrando de nuevo con rudeza al aterrado Gwystyl -, pero él sí. Gwystyl, esta vez pienso apretarte realmente mucho...

-No, no, Doli, por favor, no lo hagas -gimió Gwystyl-. No le prestes atención, hace cosas muy raras. He intentado enseñarle y mejorar sus costumbres, pero no sirve de nada.

A continuación, Gwystyl se lanzó a un prolongado torrente de súplicas y gemidos. No obstante, el enano no le hizo el menor caso y empezó a poner en práctica su amenaza.

-No -gorgoteó Gwystyl-, no aprietes, no. Hoy no. Escúchame, Doli -añadió, bizqueando frenéticamente -, si te lo digo, ¿prometes soltarme?

Doli asintió, aflojando un poco su presa.

-Kaw sólo pretendía deciros -prosiguió Gwystyl a toda prisa- que el caldero se encuentra en manos de Orddu, Orwen y Orgoch. Eso es todo. Es una pena, pero ciertamente no hay nada que hacer al respecto. No valía la pena ni hablar de ello.

-¿Quiénes son Orddu, Orwen y Orgoch? -le preguntó Taran.

También él empezaba a sentirse dominado por la impaciencia y el nerviosismo, y le costaba bastante resistir la tentación de ayudar a Doli en su tarea de apretar a Gwystyl.

-¿Quiénes son? -murmuró Gwystyl-. Harías mejor preguntando qué son...

-Muy bien -exclamó Taran-, ¿qué son?

-No lo sé -replicó Gwystyl -, es difícil decirlo. No importa; tienen el caldero y bien podéis dejar que descanse donde está. -Se estremeció violentamente-. No os metáis con ellos; no sirve absolutamente de nada.

-Sean quienes sean o lo que sean -gritó Taran, volviéndose hacia los demás-, yo digo que debemos encontrarles y coger el caldero. Partirnos para ello y no debemos retroceder ahora. ¿Dónde viven? -le preguntó a Gwystyl.

-¿Vivir? -replicó Gwystyl frunciendo el ceño-. No viven..., no exactamente. Todo es muy confuso y vago, realmente no lo sé.

Kaw batió nuevamente las alas.

-¡Morva! -graznó.

-Quiero decir -gimió Gwystyl al ver que el irritado Doli alargaba nuevamente las manos hacia él- que se encuentran en los pantanos de Morva. En cuanto a exactamentedónde, no tengo idea... ni la menor idea. Ése es el problema. Nunca les encontraréis. Y si lo hacéis, lo cual no va a suceder, entonces desearéis no haberles encontrado nunca.

Gwystyl empezó a retorcer sus manos huesudas, y en sus rasgos temblorosos apareció una expresión del más intenso pavor.

-He oído hablar de los pantanos de Morva -dijo Adaon-. Se encuentran hacia el oeste, pero no sé a qué distancia.

-¡Yo sí! -le interrumpió Fflewddur-. Diría que están por lo menos a un día largo de viaje. Estuve allí una vez durante mis andanzas y los recuerdo muy bien. Una tierra francamente desagradable y más bien aterradora. No es que eso me molestara, claro. Sin

ningún temor los atravesé y...

Una cuerda del arpa se quebró de pronto con un estruendoso chasquido.

-Los rodeé -se apresuró a corregirse el bardo-. Eran unas ciénagas feísimas, lúgubres y pestilentes. Pero -añadió- si allí se encuentra el caldero, entonces digo lo mismo que Taran: ¡Vayamos! ¡Un Fflam jamás vacila!

-Un Fflam jamás vacila cuando se trata de abrir la boca -dijo Doli -. Por una vez,

Gwystyl está diciendo la verdad, estoy seguro de ello. He oído ciertos relatos en el reino de Eiddileg sobre esos..., bueno, sobre esos como se llamen. Y no eran nada agradables. Nadie sabe gran cosa sobre ellos. Y el que sabe algo no lo dice.

-Deberíais hacerle más caso a Doli -le interrumpió Eilonwy, volviéndose impaciente hacia Taran-. No entiendo cómo podéis estar pensando en quitarle el caldero a quien lo tenga en su poder... sin saber siquiera qué es ese quién.

«Además -prosiguió Eilonwy-, Gwydion nos ordenó reunimos con él en Caer Cadarn, y si todas las tonterías que he estado oyendo no me han agujereado la memoria, no dijo ni una sola palabra acerca de ir en la dirección opuesta.

-No lo comprendes -le replicó Taran-. Cuando nos dijo que debíamos reunimos con él pensaba planear un nuevo modo de conseguir el caldero. No sabía que nosotros íbamos a encontrarlo.

-En primer lugar -dijo Eilonwy-, no hemos encontrado el caldero.

-¡Pero sabemos dónde está! -exclamó Fflewddur-. ¡Y eso es lo mismo!

-Y en segundo lugar -prosiguió Eilonwy sin hacer caso del bardo-, si ahora sabemos algo sobre él, lo más inteligente es buscar a Gwydion y decírselo.

-Eso tiene sentido -afirmó Doli-. Ya tendremos bastantes problemas para llegar a Caer Cadarn, sin que encima nos enredemos persiguiendo una quimera y chapoteando entre ciénagas. Debéis escucharle. Aparte de mí mismo, es la única persona aquí presente con cierta idea sobre lo que debemos hacer.

Taran vaciló.

-Es posible -dijo unos instantes después-. Quizá fuera más sabio volver con Gwydion. El rey Morgant y sus guerreros serían un buen refuerzo.

Pronunciar tales palabras le costó bastante; en lo más hondo de su mente sentía el anhelo de encontrar el caldero y llevárselo en triunfo a Gwydion. Sin embargo, no podía negar que Eilonwy y Doli habían propuesto el plan más seguro.

-Por lo tanto, me parece que... -empezó a decir.

Sin embargo, antes de que hubiera tenido tiempo para declararse de acuerdo con Doli, Ellidyr avanzó hacia el fuego, abriéndose paso entre ellos con brusquedad.

-Porquerizo -dijo Ellidyr-, has elegido bien. Vuelve con tus amigos y separémonos ahora mismo.

-¿Separarnos? -le preguntó Taran, perplejo.

-¿Piensas acaso que voy a volver ahora, con la recompensa casi en las manos? - dijo fríamente Ellidyr-. Sigue tu camino, porquerizo, que yo seguiré el mío..., hacia los mismísimos pantanos de Morva. Esperadme en Caer Cadarn -añadió Ellidyr con una sonrisa despectiva-. Calienta tu valor junto al fuego. Yo llevaré hasta allí el caldero.

Una llamarada de furia brilló en los ojos de Taran al oír las palabras de Ellidyr. La sola idea de que fuera él quien encontrara el caldero le resultaba intolerable.

-¡Hijo de Pen-Llarcau, calentaré mi valor en el fuego que yo elija! -exclamó-. Los demás podéis volver, si tal es vuestro deseo. Fui un estúpido al prestar oídos a las ideas de una muchacha.

Eilonwy lanzó un chillido furioso y Doli levantó la mano para protestar, pero Taran le hizo callar con un gesto. Ahora, desvanecido el primer impulso de su ira, se encontraba más calmado.

-Esto no es una competición de coraje -dijo-. Sería doblemente estúpido por mi parte y por la vuestra permitir que esa pulla ociosa nos cegara. Al menos, eso es algo que he

Librodot

aprendido de Gwydion. Pero hay otra cosa: en estos mismos instantes, Arawn está buscando el caldero. No podemos correr ningún riesgo perdiendo el tiempo necesario para buscar ayuda. Si encuentra el caldero antes de que lo hagamos nosotros...

-¿Y si no lo encuentra? -le interrumpió Dolí-. ¿Sabes acaso si él conoce su paradero? Y si no lo conoce, ¿cuánto tardará en descubrirlo? ¡Apuesto a que le costará lo suyo, por muchos Nacidos del Caldero, Cazadores, gwythaints y demás cosas que tenga! Cualquier cabeza dura puede ver que hay riesgos en cada una de las alternativas. Pero si me pides una opinión, es más arriesgado meterse de cabeza en los pantanos de Morva.

-Y tú, Taran de Caer Dallben -dijo Eilonwy-, lo único que haces es buscar excusas para poner en práctica alguna idea fruto de tu cabeza de chorlito. Has estado hablando y hablando y te has olvidado de una cosa. No eres tú quien debe decidir; y tú tampoco, Ellidyr. Si no estoy confundida, los dos estáis a las órdenes de Adaon.

Taran se ruborizó ante las palabras de Eilonwy.

-Perdóname, Adaon -dijo, inclinando la cabeza-. No pretendía desobedecer tus órdenes. La elección es tuya.

Adaon, que había estado escuchando en silencio junto al fuego, sacudió la cabeza.

-No -dijo en voz baja-, esta elección no puede ser mía. No tengo nada en favor o en contra de tu plan; la decisión es demasiado grande como para que me arriesgue a tomarla yo.

-Pero ¿por qué? -exclamó Taran-. No lo entiendo -dijo, hablando con voz preocupada-. De todos nosotros, tú eres quien mejor sabe lo que debemos hacer.

Adaon volvió sus ojos grises hacia el fuego.

-Quizá lo entiendas algún día. Por ahora, escoge tu camino, Taran de Caer Dallben -le dijo-. Te lleve adonde te lleve, yo te prometo mi ayuda.

Taran retrocedió y permaneció callado unos instantes, sintiéndose lleno de inquietud y de temores. No se trataba simplemente de miedo: notaba el mudo dolor de las hojas secas que giran desoladas en el vendaval. Adaon siguió con los ojos clavados en la danza de las llamas.

-Iré a los pantanos de Morva -dijo Taran, y Adaon asintió.

-Así sea.

Todos se quedaron callados. Ni siquiera Ellidyr le replicó: se mordió los labios y sus dedos juguetearon con el pomo de su espada.

-Bien -dijo Dolí finalmente-, supongo que también podría ir yo. Haré lo que pueda. Pero te advierto de que cometes un error.

-¿Un error? -exclamó jubiloso el bardo-. ¡En absoluto! ¡Y no pienso dejar que nada me impida acompañarte!

-Y, ciertamente, yo tampoco -afirmó Eilonwy-. Alguien debe asegurarse de que haya por lo menos un poco de sentido común en el grupo. Pantanos..., ¡uf! Si insistes en cometer locuras, al menos podrías hacerlo en un sitio más seco.

¡Y Gurgi ayudará! -gritó Gurgi, incorporándose de un salto -. ¡Sí, sí, con atisbos y husmeos!

Gwystyl -dijo Doli con expresión resignada-, bien podrías ir y traernos un poco de ese polvo que mencionaste.

Mientras Gwystyl hurgaba ansiosamente por la estancia, el enano inhaló una profunda bocanada de aire y desapareció. Regresó al cabo de un rato, totalmente visible y con aspecto furioso, las orejas temblorosas y algo azuladas.

Librodot

-Hay cinco Cazadores acampados más arriba -dijo-. Se han instalado para pasar.., oh, mis oídos.., para pasar la noche. Si ese polvo sirve de algo, podríamos estar bien lejos antes de que se enteraran.

Los compañeros recubrieron sus pies y después los cascos de sus monturas con una sustancia negra que Gwystyl les entregó, procedente de un saco mohoso. Mientras Taran desataba las riendas de Melynlas y guiaba al caballo hacia la pantalla de espinos, Gwystyl parecía casi alegre.

-Adiós, adiós -murmuró Gwystyl-. Odio ver cómo perdéis el tiempo, para no hablar de la vida. Pero supongo que así son siempre las cosas. Hoy estás aquí, mañana allá y ¿quién puede hacer nada al respecto? Adiós. Espero que volvamos a encontrarnos, pero no demasiado pronto. Adiós.

Con esas últimas palabras cerró la entrada. Taran aferró con más fuerza las riendas de Melynlas, y los compañeros se adentraron silenciosamente en el bosque.

8 - La piedra en la herradura

Cuando salieron del refugio ya había anochecido; el cielo había vuelto a despejarse, pero hacía aún más frío. Adaon y Fflewddur mantuvieron una rápida deliberación respecto al camino que debían seguir, y acabaron decidiendo que el grupo cabalgaría en dirección oeste hasta el amanecer y buscaría entonces un sitio en el que dormir; después se desviarían hacia el sur. Al igual que antes. Eilonwy compartió a Melynlas con Taran y Gurgi se agarró a los crines de Lluagor.

Fflewddur se había ofrecido a encabezar la marcha, afirmando que jamás se había extraviado y que era capaz de encontrar los pantanos con los ojos cerrados. Después de que se le rompieran dos cuerdas del arpa, reconsideró su postura y cedió el sitio a Adaon. Dolí, refunfuñando aún amargamente sobre sus oídos llenos de zumbidos, cabalgaba el último para proteger la retaguardia, aunque se negó de plano a volverse invisible, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Ellidyr no había pronunciado ni una palabra desde que abandonaron al melancólico Gwystyl, y Taran había podido ver la fría rabia que ardía en sus ojos después de que los compañeros se decidieran a ir hacia los pantanos de Morva.

-Creo que realmente habría intentado traer el caldero por sí solo -le dijo Taran a Eilonwy-. Y ya sabes las oportunidades que habría tenido de conseguirlo, sin nadie más... Ése es el tipo de locura infantil que yo habría cometido cuando era Aprendiz de Porquerizo.

-Sigues siendo un Aprendiz de Porquerizo -le replicó Eilonwy-. Vas a esos ridículos pantanos a causa de Ellidyr, y todo lo que puedas decir al respecto es simplemente una tontería. Reconocerás que habría sido más inteligente volver en busca de Gwydion... Pero no, tenías que decidirte por el otro rumbo y arrastrar contigo al resto de nosotros.

Taran no le contestó. Las palabras de Eilonwy le dolían..., y le dolían aún más porque ya había empezado a lamentar su propia decisión. Ahora que los compañeros se habían puesto en marcha, sentía que las dudas le atormentaban y su corazón estaba abrumado. Taran no lograba olvidar el extraño matiz de las últimas palabras de Adaon, y buscaba una y otra vez un modo de entender por qué había renunciado a tomar una decisión que en justicia le correspondía. Hizo que Melynlas se acercara un poco más a la montura de Adaon y le miró.

-Me siento inquieto -dijo en voz baja-, y me pregunto ahora si no deberíamos volver.

Librodot

Temo que me hayas estado ocultando algo que, de haberlo sabido, quizá me habría hecho adoptar otra decisión.

Si Adaon compartía las dudas de Taran, no dio la menor señal de ello. Montaba con el cuerpo muy erguido, como si hubiera recobrado sus fuerzas y todo el cansancio del viaje fuera incapaz de afectarle. En su rostro había una expresión que Taran no había visto nunca antes y que era incapaz de entender. En ella había orgullo y al mismo tiempo algo más, un brillo que se parecía casi al de la alegría.

Después de un largo silencio, Adaon le dijo:

-A cada uno de nosotros se nos impone el destino de actuar tal como debemos, aunque a veces no nos sea dado comprenderlo.

-Creo que eres capaz de ver muchas cosas -le replicó Taran quedamente -, muchas cosas que no le cuentas a nadie. Hace mucho tiempo que pienso -prosiguió, con gran vacilación- ahora más que nunca, en el sueño que tuviste la última noche en Caer Dallben. Viste a Ellidyr y al rey Morgant; en cuanto a mí, tu predicción fue de pena y dolor. Pero ¿qué soñaste respecto a ti?

Adaon sonrió.

-¿Eso es lo que te inquieta? Muy bien, te lo contaré. Me vi en un claro del bosque y, que pese a que alrededor mío reinaba el invierno, en el claro brillaba el sol y hacía calor. Los pájaros cantaban y las flores brotaban de entre las piedras desnudas.

-Tu sueño era muy hermoso -dijo Eilonwy-, pero no logro entender su significado.

Taran asintió.

-Sí, es hermoso. Temía que hubiera sido un sueño triste y que por esa razón hubieras decidido no hablar de él.

Adaon no dijo más y Taran volvió a sumirse en sus propios pensamientos, con el alma todavía inquieta. Melynlas avanzaba con paso seguro pese a la oscuridad. El corcel era capaz de evitar las piedras sueltas y las ramas caídas que sembraban el sinuoso sendero incluso cuando Taran no sujetaba sus riendas. Con los ojos pesados a causa de la fatiga, Taran se inclinó hacia adelante y acarició suavemente el poderoso cuello de su corcel.

-Sigue el camino, amigo mío -murmuró Taran-. Seguramente lo conoces mejor que yo.

Cuando empezaba a romper el día, Adaon levantó la mano para indicarles que se detuvieran. Taran tenía la impresión de que durante toda la noche habían estado cabalgando por una larga serie de cuestas cada vez más bajas. Se encontraban aún en el bosque de Idris, pero el terreno se había vuelto bastante más llano. Muchos árboles estaban todavía cubiertos de hojas; la maleza era más abundante y el paisaje menos árido que en las colinas alrededor de la Puerta Oscura. Doli, cuyo poni exhalaba hilillos de niebla blanca al respirar, se adelantó al galope y, luego de haber subido a una elevación, les informó de que no se distinguía rastro alguno de los Cazadores detrás suyo.

-No tengo ni la menor idea de cuánto puede durar el efecto del polvo que nos dio ese gusano amarillento -dijo el enano-. Y, de todos modos, no creo que pueda servirnos de mucho. Si Arawn está buscando el caldero, estoy seguro de que lo examinará todo atentamente. Los Cazadores deben saber que hemos venido aproximadamente en esta dirección y, si nos siguen en número suficiente, tarde o temprano acabarán por encontrarnos. Ese Gwystyl..., ¡para la ayuda que nos ha dado! ¡Buf! Y su cuervo, vaya otro. ¡Buf! Ojalá no hubiéramos encontrado a ninguno de los dos.

Ellidyr había desmontado y estaba examinando con cara preocupada la pata delantera

Librodot

izquierda de Islirnach. Taran desmontó igualmente y se le aproximó. La yegua lanzó un relincho, moviendo salvajemente los ojos al verle venir.

-Se ha hecho daño -dijo Taran-. Si no podemos curarla, me temo que será incapaz de sostener el paso.

-No me hace falta ningún porquerizo para decirme eso -le respondió Ellidyr.

Se agachó para inspeccionar el casco de la yegua, con una delicadeza en sus gestos que sorprendió a Taran.

-Si le aligeras el peso -le sugirió Taran-, puede que eso la alivie. Fflewddur puede llevarte en su montura.

Ellidyr se incorporó, con sus negros ojos llenos de amargura.

-No me des consejos en lo tocante a mi yegua. Islimach puede seguir, y eso hará.

Sin embargo, al volverse, Taran vio que su rostro estaba fruncido en una mueca de preocupación.

-Deja que la vea -le dijo Taran-. Quizá pueda encontrar la causa del problema.

Se arrodilló en el suelo y tendió la mano hacia la pata de Islimach.

-¡No la toques! -gritó Ellidyr-. No consentirá que la toque un extraño.

Islimach se encabritó y enseñó los dientes. Ellidyr se rió burlonamente.

-Eso te enseñará, porquerizo -le dijo-. Como podrás ver, sus cascos son tan afilados como cuchillos.

Taran se puso en pie y agarró las riendas de Islimach. Por un instante, mientras la yegua se debatía, temió que acabara pisoteándole. Los ojos de Islimach estaban desorbitados por el terror; relinchó agudamente e intentó darle con las patas. Uno de sus cascos le golpeó en el hombro de refilón, pero Taran no soltó su presa. Alzó la mano y la puso en su huesuda y larga cabeza. La yegua empezó a temblar, y Taran le habló en voz baja, intentando calmarla. Islimach agitó las crines y sus tensos músculos fueron aflojándose; al soltarle un poco las riendas, la yegua no intentó huir.

Sin dejar de hablar para calmarla, Taran le cogió la pata y se la levantó. Tal como había sospechado, una piedra diminuta pero afilada se había encajado en la parte trasera de la herradura. Taran sacó su cuchillo. Islimach se estremeció, pero Taran actuó con tanta rapidez como destreza. La piedra quedó suelta y cayó al suelo.

-Eso también le ocurrió a Melynlas -explicó Taran, acariciando el flanco de la yegua-. En el casco hay una zona muy honda que es fácil pasar por alto si no la conoces. Coll me enseñó cómo encontrarla.

Ellidyr se había puesto lívido.

-Has intentado robar mi honor, porquerizo -le dijo, apretando los dientes-. ¿Vas a intentar ahora robarme mi yegua?

Aunque Taran no había esperado agradecimiento, el impacto de las enfurecidas palabras de Ellidyr le pilló desprevenido. La mano de Ellidyr reposaba sobre su espada. Taran sintió nacer en su interior una oleada de ira, y un cálido torrente de sangre le tino las mejillas; no obstante, se volvió sin decir nada.

-Tu honor es propiedad tuya -le replicó fríamente-, al igual que tu yegua. ¿Qué piedra llevas tú en el zapato, Príncipe de Pen-Llarcau?

Fue hacia sus compañeros, que se habían instalado entre los arbustos. Gurgi había abierto ya la alforja y repartía orgullosamente su contenido.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi alegremente-, ¡Morder y mascar para todos! ¡Y gracias al generoso y buen corazón de Gurgi! ¡Él no dejará que las barrigas de los bravos guerreros

Librodot

sufran al estar sólo llenas de aullidos y gruñidos!

Ellidyr permaneció apartado, acariciando el cuello de Islimach y hablándole en susurros al oído. Al ver que no hacía el menor gesto de unirse a sus compañeros para comer, Taran le llamó, pero el Príncipe de Pen-Llarcau se limitó a mirarle con amargura y se quedó junto a Islimach.

-Esa jaca de malas pulgas es lo único que le importa -murmuró el bardo-, y por lo que yo puedo ver ella es la única que se preocupa de él. Son tal para cual, si quieres saber mi opinión al respecto.

Adaon, que permanecía un poco alejado de los demás, llamó a Taran para que se aproximara.

-Te pido paciencia -le dijo-. La bestia negra clava cruelmente sus espuelas en Ellidyr.

-Creo que se encontrará mejor cuando hallemos el caldero -dijo Taran-. Habrá gloria suficiente para que todos la compartamos.

Adaon le sonrió gravemente.

-¿Acaso no hay gloria suficiente en vivir los días que se nos han concedido? Deberías saber que sencillamente estando entre aquellos a los que amas y rodeado por las cosas queridas ya vives la aventura..., sí, y también la belleza.

»Pero debo hablarte de otra cuestión -prosiguió Adaon. Su apuesto rostro, normalmente tranquilo, parecía ahora nublado por la preocupación-. Tengo pocas posesiones, pues les doy escasa importancia, pero hay algunas a las que considero tesoros. Son éstas: Lluagor, mis hierbas para curar... y esto -dijo, tocando el broche que llevaba al cuello-, un preciado regalo de Arianllyn, mi prometida. Si algo malo me sucediera, son tuyas. Te he observado atentamente, Taran de Caer Dallben. En todos mis viajes no había encontrado a nadie a quien pudiera confiárselas.

-No hables de que vaya a ocurrirte nada malo -exclamó Taran-. Somos compañeros y debemos protegernos unos a otros del peligro. Además, tu amistad ya es para mí un don suficiente.

-Pese a todo -le replicó Adaon-, no podemos saber lo que nos reserva el futuro. ¿Las aceptarás?

Taran asintió.

-Bien -dijo Adaon-, ahora siento más ligero el corazón.

Después de tomar algo, se decidió que reposarían hasta el mediodía. Ellidyr no hizo comentario alguno cuando Adaon ordenó que montara el primer turno de guardia. Taran se acostó sobre su capa, protegido por un arbusto; agotado tanto por el viaje como por sus propias dudas y miedos, no tardó en dormir profundamente.

Cuando abrió los ojos, el sol ya estaba alto. Se irguió, sobresaltado, dándose cuenta de que su turno de guardia casi había transcurrido. Sus compañeros dormían todavía alrededor de él.

-Ellidyr -exclamó-, ¿por qué no me despertaste?

Se apresuró a levantarse y no vio señal alguna de Ellidyr ni de Islimach.

Taran despertó sin perder tiempo a los otros. Luego corrió hacia los árboles y, trazando un círculo, volvió al campamento.

-¡Se ha ido! -gritó Taran-. Se ha ido solo en pos del caldero. ¡Dijo que lo haría y lo ha hecho!

-Así que se ha marchado a escondidas, ¿no? -gruñó Doli-. Bueno, ya le encontraremos; si no es así..., eso es problema suyo. No sabe adonde va y, si hay que decir

Librodot

la verdad, nosotros tampoco.

-Que tenga un buen viaje -dijo Fflewddur-. A poco propicia que nos sea la suerte, quizá no le volvamos a ver.

Por primera vez, Taran vio una profunda alarma en los rasgos de Adaon.

-Debemos alcanzarle a toda prisa -dijo Adaon-. El orgullo y la ambición de Ellidyr le han devorado. Temo pensar en lo que podría ocurrir si el caldero acabara cayendo en sus manos.

Emprendieron la marcha tras Ellidyr con toda la rapidez posible, y Adaon no tardó en hallar su rastro en dirección hacia el sur.

-Tenía la esperanza de que hubiera acabado cansándose de todo esto y se hubiera marchado a su casa -dijo Fflewddur-, pero no cabe duda: se dirige hacia Morva.

Pese a su rápido avance, los compañeros no vieron de Ellidyr nada más que su rastro. Siguieron adelante, obligando a las cansadas monturas a entregar hasta sus últimas fuerzas, y finalmente no les quedó más remedio que hacer un alto para recuperar el aliento. Se había levantado un viento frío que hacía girar las hojas en grandes remolinos sobre sus cabezas.

-No sé si podremos alcanzarle -dijo Adaon-. Cabalga tan de prisa como nosotros y nos lleva casi un cuarto de día de ventaja.

Con el corazón latiéndole fuertemente, Taran desmontó y se desplomó en el suelo. Se sostuvo la cabeza entre las manos y entonces oyó a lo lejos el agudo trino de un pájaro, el primer canto de ave que oía tras abandonar Caer Dallben.

-No es un pájaro auténtico -exclamó Adaon, levantándose de un salto -. Los Cazadores nos han encontrado.

Sin esperar las órdenes de Adaon, el enano echó a correr en la dirección de la que llegaba la señal de los Cazadores. Mientras Taran le observaba, Dolí se esfumó ante sus mismos ojos. Adaon desenvainó su espada.

-Esta vez debemos enfrentarnos a ellos -dijo-, no podemos huir por más tiempo.

Rápidamente, ordenó a Taran, Eilonwy y Gurgi que prepararan sus arcos, en tanto que él y Fflewddur montaban en sus caballos.

El enano volvió unos instantes después.

-¡Cinco Cazadores! -gritó-. Seguid vosotros. Les gastaré el mismo truco de antes.

-No -dijo Adaon-, no confío en que funcione esta vez. De prisa, seguidme.

Les condujo a través de un claro y se detuvo en el extremo de éste.

-Aquí les presentaremos batalla -le dijo a Taran-. Apenas aparezcan, Fflewddur, Dolí y yo cargaremos sobre ellos por el costado. Cuando se vuelvan hacia nosotros para luchar, disparad vuestras flechas.

Adaon giró en redondo y se encaró hacia el claro; un segundo después, los Cazadores aparecieron ante ellos. Apenas habían dado un paso hacia adelante cuando Adaon, con un potente grito, se lanzó al galope contra ellos, seguido por Doli y el bardo. Taran levantaba su arco y Adaon ya estaba entre los Cazadores, golpeando a diestra y siniestra con su hoja. El enano había soltado del cinto su gruesa hacha y lanzaba furiosos tajos contra el enemigo. Sorprendidos por lo salvaje del ataque, los Cazadores se volvieron para enfrentarse a los jinetes.

Taran lanzó su flecha y oyó como las saetas de Eilonwy y Gurgi silbaban junto a él. Su curso fue desviado por el viento y los proyectiles se perdieron entre los arbustos resecos. Gritando como un loco, Gurgi puso otra flecha en su arco.

Tres cazadores atacaron a Fflewddur y al enano, obligándoles a meterse entre los

arbustos. La espada de Adaon brillaba como un rayo y resonaba contra las armas de sus enemigos.

Taran no osaba ahora disparar otra flecha, pues temía herir a uno de sus compañeros.

-Este modo de luchar no sirve de nada -exclamó, arrojando su arco al suelo.

Desenvainó su espada y corrió en ayuda de Adaon. Uno de los Cazadores se volvió hacia Taran, y éste le golpeó con toda su fuerza. A pesar de que el mandoble fue desviado por el jubón de pieles de animal, el Cazador perdió el equilibrio y cayó al suelo. Taran saltó sobre él. Había olvidado las dagas de maligno aspecto con que se armaban los Cazadores; el hombre se incorporó a medias y se llevó la mano al cinto.

Taran se quedó helado de pavor. Vio ante él un rostro retorcido por una mueca feroz, la señal escarlata y el brazo levantado para arrojar la daga. De pronto Lluagor se interpuso entre él y el Cazador. Adaon se alzó en la silla de montar y barrió el aire con su espada. El Cazador se derrumbó en el suelo y el cuchillo hendió el aire con un centelleo.

Adaon emitió un jadeo ahogado, dejó caer su arma y quedó apoyado en el cuello de Lluagor, mientras sus dedos agarraban la daga que tenía en el pecho.

Taran, con un grito de angustia, logró sostenerle antes de que se desplomara.

-¡Fflewddur! ¡Doli! -clamó Taran-. ¡Venid aquí! ¡Adaon está herido!

9 - El broche

El caballo de Fflewddur se encabritó al volverse los Cazadores contra él. La muerte de un miembro del grupo había hecho aumentar aún más la violencia y el frenesí del enemigo.

-Llévale a un sitio seguro -gritó el bardo.

Con un potente salto, su montura salvó los arbustos y se internó en el bosque. El enano le siguió en su poni; con un grito de rabia, los Cazadores corrieron tras ellos.

Taran cogió las riendas de Lluagor y, mientras Adaon se aferraba a las crines del caballo, corrió hacia el final del claro. Eilonwy se reunió con él; entre los dos lograron impedir que Adaon cayera del caballo y se abrieron paso entre la espesura. Gurgi se apresuró a seguirles con Melynlas.

Corrieron ciegamente, tropezando con los arbustos y luchando con las ásperas cortinas de vegetación muerta. Se había levantado un viento tan cortante y frío como cualquier galerna invernal, pero el bosque se aclaraba ya un poco y, a medida que el nivel del suelo descendía, lograron llegar hasta una hondonada más protegida que se encontraba entre un macizo de alisos.

Adaon levantó la cabeza y les hizo señas de que se detuvieran. Tenía el rostro grisáceo y los rasgos rígidos por el dolor; su cabello negro colgaba, empapado en sudor, tapándole la frente.

-Bajadme -murmuró-. Dejadme aquí, no puedo ir más lejos. ¿Cómo están el bardo y Dolí?

-Han logrado que los Cazadores dejaran de acosarnos -le respondió rápidamente Taran-. Aquí estaremos a salvo durante un tiempo. Sé que Dolí es capaz de hacerles perder nuestro rastro, y Fflewddur le ayudará; estoy seguro de que conseguirán reunirse de nuevo con nosotros. Ahora, descansa. Cogeré las medicinas de tus alforjas.

Con gran cuidado le bajaron del caballo y le llevaron hasta un otero. Mientras Eilonwy iba en busca de agua, Taran y Gurgi le quitaron los arreos a Lluagor y pusieron la

Librodot

silla de montar bajo la cabeza de Adaon. El viento aullaba por encima de los árboles; el lugar, más protegido, parecía en contraste casi cálido. Las nubes, impulsadas por el vendaval, fueron dispersándose y el sol convirtió las ramas en oro.

Adaon se incorporó, apoyándose en el suelo. Sus ojos grises examinaron el claro.

-Sí, es un hermoso lugar -dijo, moviendo brevemente la cabeza-. Aquí descansaré.

-Curaremos tu herida -le dijo Taran, apresurándose a coger un paquete de hierbas- . Pronto estarás mejor; si debemos moverte, podemos hacer una litera con ramas y colgarla entre dos caballos.

Ya estoy mejor -dijo Adaon-. El dolor se ha ido y este sitio es muy agradable. Es cálido, como si estuviéramos en primavera.

Al oír las palabras de Adaon, Taran sintió que el corazón se le llenaba de terror. El claro tranquilo y el sol que brillaba en los alisos le parecieron repentinamente amenazadores.

-¡Adaon! -gritó, alarmado-. ¡Esto es lo que soñaste!

-Se le parece mucho -le respondió Adaon en voz baja y tranquila.

-¡Entonces, lo sabías! -exclamó Taran-. Sabías que ibas a correr peligro. ¿Por qué no hablaste antes de ello? Jamás habría ido hacia los pantanos. Podríamos haber vuelto...

Adaon sonrió.

-Es cierto. En realidad, ésa es la razón por la que no me atreví a decirlo. Mucho he anhelado encontrarme de nuevo junto a mi amada Arianllyn, y mis pensamientos están ahora con ella. Pero si hubiera escogido volver, me habría estado preguntando siempre si mi decisión la motivó la sabiduría o simplemente el deseo de seguir los dictados de mi corazón. Así debían ser las cosas, y ahora veo que éste es el destino que se me había impuesto. Me siento feliz al morir aquí.

-¡Me salvaste la vida! -gritó Taran-. No perderás la tuya por mi culpa: encontraremos un camino para volver a Caer Cadarn y reunimos con Gwydion.

Adaon sacudió la cabeza. Se llevó la mano al cuello y abrió el cierre del broche de hierro.

-Tómalo y guárdalo bien -le dijo-. Es pequeño, pero más valioso de lo que tú crees.

-Debo rechazarlo -le contestó Taran, con una sonrisa que apenas lograba ocultar su inquietud-. Ese regalo sería propio de un hombre que va a morir..., pero tú vivirás, Adaon.

-Tómalo -le repitió Adaon-. No te doy una orden: mis palabras expresan el deseo que un amigo le dirige a otro.

Y, diciendo esto, depositó el broche entre los dedos de Taran, que no se decidía a cogerlo.

Eilonwy había vuelto con agua en la que empapar las hierbas. Taran la cogió y se arrodilló nuevamente al lado de Adaon.

Adaon había cerrado los ojos. Tenía el rostro tranquilo. Su mano, con los dedos abiertos, reposaba sobre el suelo.

Y, de este modo, Adaon murió.

Cuando su dolor se hubo calmado un poco, los compañeros cavaron una fosa cuyo interior recubrieron de piedras alargadas. Envolvieron el cuerpo de Adaon en su capa y lo depositaron en la tumba, que taparon luego con tierra mientras Lluagor lanzaba relinchos quejumbrosos y arañaba con la pata el suelo reseco. Después alzaron sobre la sepultura un túmulo de piedras. Eilonwy encontró en un rincón protegido unas flores silvestres que el

Librodot

frío había respetado y esparció puñados de ellas encima de la tumba; las flores cayeron sobre el suelo agrietado, pareciendo así brotar de las mismas rocas.

Permanecieron allí en silencio hasta el anochecer y no vieron ni a Fflewddur ni a Doli.

-Les esperaremos hasta que amanezca -dijo Taran-. No podemos correr el riesgo de quedarnos más tiempo. Temo que hayamos perdido más que a un valeroso amigo... Adaon me advirtió que sufriría -murmuró luego, hablando consigo mismo -. Y ahora sufro, por tres motivos distintos.

Demasiado abrumados por la pena y tan cansados que no podían ni siquiera montar guardia, se acurrucaron envueltos en sus capas y se durmieron. Los sueños de Taran fueron tan inquietos como su estado de ánimo en esos momentos, y estuvieron llenos de miedo y cansancio. Vio en ellos los rostros entristecidos de sus compañeros y la mirada serena de Adaon. Vio a Ellidyr apresado por una negra bestia que hundía sus garras en él, y oprimía su cuerpo hasta hacerle gritar atormentado.

Las cambiantes imágenes se esfumaron finalmente para dejar paso a una enorme extensión de hierba por la que corría Taran, con los tallos verdes llegándole hasta el hombro, en desesperada búsqueda de un camino que no lograba encontrar. En lo alto, un pájaro gris surcaba el cielo con las alas extendidas. Taran le siguió y de pronto un camino apareció ante sus pies.

Vio también un turbulento río en el centro del cual había un peñasco. Sobre él estaba el arpa de Fflewddur, que parecía tocar por sí sola al mover el viento sus cuerdas.

Taran se encontró luego corriendo por un pantano en el que no había sendero alguno. Un oso y dos lobos se lanzaron sobre él, amenazándole con sus colmillos. Aterrado, convencido de que le harían pedazos, Taran se arrojó de cabeza a un lago negro, pero de pronto el agua se esfumó y quedó sólo una superficie de tierra reseca. Las bestias, enfurecidas, saltaron sobre él con un rugido.

Despertó sobresaltado; el corazón le latía con fuerza. La noche estaba a punto de terminar y por encima del bosquecillo las primeras luces del alba teñían ya el cielo de un color rosáceo. Eilonwy se removía en el suelo y Gurgi gemía en sueños. Taran, abatido, escondió el rostro entre las manos. El sueño parecía aplastarle con su peso; aún podía ver las fauces abiertas del lobo y sus colmillos blancos y aguzados. Se estremeció. Sabía que en ese mismo instante debía decidir si volvían a Caer Cadarn o seguían buscando los pantanos de Morva.

Taran desvió la mirada hacia las figuras dormidas de Gurgi y Eilonwy. En poco menos de un día, los compañeros se habían visto dispersados como hojas ante el viento y ahora de ellos sólo quedaba este grupo, lamentablemente reducido, perdido y a la deriva. ¿Cómo podían seguir teniendo esperanzas de hallar el caldero? Taran dudaba incluso de que pudieran llegar a salvar la vida y, con todo, el viaje a Caer Cadarn sería tan peligroso como la misión que había ante ellos..., quizá más aún. Debía tomar una decisión.

Un tiempo después se puso en pie y ensilló los caballos. Eilonwy había despertado y Gurgi asomaba su hirsuta cabeza recubierta de ramitas por entre los pliegues de la capa.

-De prisa -les ordenó Taran-. Será mejor que salgamos lo antes posible para que los Cazadores no logren alcanzarnos.

-Muy pronto nos encontrarán -dijo Eilonwy-. Probablemente el camino de aquí a Caer Cadarn esté lleno de ellos.

-Vamos a los pantanos -dijo Taran-, no a Caer Cadarn.

Librodot

-¿Cómo? -gritó Eilonwy-. ¿Sigues pensando en esos desgraciados pantanos? ¿Crees en serio que podemos encontrar el caldero y, aún más, traerlo con nosotros desde dondequiera que esté?

»Por otro lado -prosiguió Eilonwy antes de que Taran pudiera contestarle-, supongo que no podemos hacer otra cosa, ahora que nos has metido en este jaleo. Y no hay modo de saber lo que piensa hacer Ellidyr. Si no le hubieras hecho ponerse tan celoso por esa tonta yegua...

-Siento pena por Ellidyr -le contestó Taran-. Adaon me dijo una vez que había visto una bestia negra sobre sus hombros. Ahora entiendo algo de lo que pretendía decir.

-Bueno -señaló Eilonwy-, me sorprende oírte decir eso. Pero fue un acto muy bondadoso por tu parte ayudar a Islimach, me alegro realmente de que lo hicieras. Estoy segura de que tus intenciones eran buenas y eso, por sí solo, ya valía la pena. Le hace pensar a una que, después de todo, quizá aún haya esperanza para ti.

Taran no le replicó, pues seguía inquieto y con el ánimo abrumado, pese a que los sueños que tanto le preocupaban estaban empezando a desvanecerse. Montó en Melynlas en tanto que Gurgi y Eilonwy compartían a Lluagor, y los compañeros abandonaron rápidamente el refugio del claro.

La intención de Taran era dirigirse hacia el sur, esperando sin saber muy bien cómo que llegarían a los pantanos de Morva en un día más. Sin embargo, en su fuero interno debía admitir que sólo tenía una vaga idea de la distancia a la que se hallaban e incluso de su posición exacta.

El día estaba despejado y hacía un poco de frío. Mientras Melynlas avanzaba por el terreno cubierto de escarcha, Taran vio en la rama de un espino una telaraña que relucía, bañada en rocío, y una araña muy ocupada reparándola. De un modo extraño e inexplicable, Taran se dio cuenta de que en el sendero del bosque se desarrollaba un sinfín de actividades. Las ardillas estaban preparando sus reservas para el invierno y las hormigas se afanaban en sus castillos de barro. Podía ver todo eso muy claramente, no tanto con sus ojos sino de un modo que antes nunca había conocido.

El mismo aire llevaba en su seno olores especiales. En él flotaba una corriente clara y aguda que se parecía al vino frío y Taran, sin necesidad de pensar en ello, supo que el viento había empezado a soplar del norte. De pronto, entremezclado con ese olor, percibió otro e hizo que Melynlas fuera hacia él.

-Ya que nos estás guiando -observó Eilonwy-, me pregunto si sería mucho esperar de ti que supieras hacia dónde.

-Hay agua cerca -dijo Taran-, nos hará falta llenar los odres... -Vaciló, perplejo-. Sí, hay un arroyo -murmuró-, estoy seguro. Debemos ir allí.

Sin embargo, no logró ocultar del todo su sorpresa cuando poco después se encontraron realmente con un rápido arroyuelo que se abría paso serpenteando a través de un macizo de serbales. Cabalgaron hasta la orilla y, con un grito, Taran tiró bruscamente de las riendas. Sobre una roca, en el centro del arroyo, estaba Fflewddur, refrescándose los pies en el agua.

El bardo se incorporó de un salto y atravesó el arroyo con ruidosos chapoteos para saludar a sus compañeros. Aunque parecía cansado y algo maltrecho, no se le veían las heridas.

-Vaya golpe de suerte haberos encontrado..., bueno, más bien que me hayáis encontrado. Odio admitirlo, pero estoy perdido. Completamente perdido... Me extravié no

Librodot

sé cómo después de que Dolí y yo saliéramos corriendo delante de los Cazadores. Intenté volver hacia donde estabais y me perdí todavía más. ¿Cómo está Adaon? Me alegro de que consiguierais...

El bardo se calló de pronto. La expresión de Taran le dijo lo que había ocurrido, y Fflewddur agitó tristemente la cabeza.

-Había pocos como él -dijo -. Su pérdida es de las que debemos lamentar amargamente, al igual que la de nuestro buen Doli.

»No estoy muy seguro de lo que ocurrió -siguió diciendo Fflewddur-. Todo cuanto sé es que galopábamos lo más de prisa posible. ¡Tendríais que haberle visto! Corría como un loco, esfumándose y haciéndose luego visible otra vez, con los Cazadores detrás de él. Si no hubiera sido por Doli, estoy seguro de que me habrían cogido: ahora son más fuertes que nunca. Entonces, mi caballo cayó. Es decir... -añadió el bardo, al ver que una cuerda de su arpa se tensaba emitiendo un agudo tañido-, yo me caí. Por fortuna, cuando eso ocurrió Doli se los había llevado bastante lejos. Por la velocidad a la que iba... -Fflewddur suspiró cansadamente -. Lo ocurrido desde entonces, lo ignoro.

El bardo flexionó las piernas. Había estado caminando todo ese trecho y le complacía enormemente montar de nuevo. Gurgi se instaló detrás de él en Lluagor y Taran y Eilonwy montaron en Melynlas. Las noticias del bardo abatieron aún más el ánimo de Taran, pues ahora se daba cuenta de que había pocas oportunidades de que Doli se reuniera con ellos. Sin embargo, siguió conduciendo a los compañeros hacia el sur.

Fflewddur estuvo de acuerdo en que ése era el único rumbo posible, al menos hasta que lograran reconocer alguna señal del terreno que atravesaban.

-El problema -les explicó- es que nos hemos internado demasiado hacia el sur y que si seguimos así acabaremos en el mar, sin conseguir llegar a los pantanos.

Taran no podía ofrecer ninguna sugerencia al respecto. Más abatido que nunca, aflojó las riendas de Melynlas y no hizo apenas ningún esfuerzo por guiar a su montura. Los árboles fueron haciéndose cada vez más escasos y los compañeros entraron en una gran pradera. Taran, que iba medio dormido en su montura, con la capa envolviéndole los hombros, se despabiló de pronto con una sensación de inquietud. La pradera y las altas hierbas que les rodeaban..., sí, eso le era familiar. Lo había visto antes, aunque no lograba recordar del todo dónde. Sus dedos acariciaron el broche de Adaon, que llevaba al cuello. De pronto, nervioso y algo asustado, lo entendió; el descubrimiento hizo que le temblaran las manos. Taran miró hacia lo alto y vio que un pájaro gris trazaba círculos en el cielo, bajando hacia ellos con las alas desplegadas y volando luego rápidamente sobre los campos hasta desaparecer.

-Era un ave de los pantanos -dijo Taran, haciendo volver grupas a Melynlas-. Si seguimos por ahí -continuó, señalando hacia donde había volado el pájaro-, estoy seguro de que llegaremos directamente a Morva.

-¡Bravo! -exclamó el bardo-. Debo decir que yo nunca me habría fijado en él.

-Al menos hoy has hecho una cosa inteligente -admitió Eilonwy.

-No es obra mía -dijo Taran, con el ceño fruncido en una mueca de perplejidad-. Adaon dijo la verdad y su regalo es realmente precioso.

A toda prisa, le contó a Eilonwy lo referente al broche y los sueños de la noche anterior.

-¿No te das cuenta? -exclamó al terminar-. Soñé con el arpa de Fflewddur... y le encontramos a él en persona. No fue idea mía buscar un arroyo; sencillamente me vino a la

Librodot

mente y supe que lo encontraríamos. Sólo ahora, al ver el pájaro..., eso estaba en mi sueño. Y había otro sueño, uno terrible, con lobos...

Eso también va a suceder, estoy seguro. Los sueños de Adaon eran siempre ciertos, él me lo contó.

Al principio, Eilonwy se resistió a creerle.

-Adaon era un hombre maravilloso -dijo-, y no puedes decirme que todo eso se debía a un trozo de hierro. No me importa lo mágico que sea.

-No quería decir eso -le contestó Taran-. Lo que yo creo -añadió pensativo- es que Adaon entendía esas cosas, pese a todo, y que yo, incluso con su broche, no entiendo gran parte de ellas. Todo cuanto sé es que ahora, de un modo insólito, siento cosas distintas. Puedo ver detalles que jamás vi antes..., puedo olerlos y sentir su sabor. No sé decir exactamente de qué se trata. Es algo extraño y en parte aterrador. Y a veces es muy hermoso. Hay cosas que sé...-Taran sacudió la cabeza-. Ni siquiera puedo decir cómo he llegado a saberlas.

Eilonwy se quedó callada un instante.

-Sí -acabó diciendo con lentitud-, ahora lo creo. Ni siquiera pareces tú al hablar. El broche de Adaon es un don que carece de precio porque te da una especie de sabiduría...; algo que, supongo -añadió-, le hace más falta a un Aprendiz de Porquerizo que a ninguna otra persona.

10 - Los pantanos de Morva

Desde el instante en que vio aparecer al pájaro del pantano, Taran condujo a sus compañeros velozmente, siguiendo sin vacilar un camino que ahora le parecía muy claro. Sentía moverse debajo de él los poderosos músculos de Melynlas, y guiaba al caballo con una habilidad desacostumbrada. El corcel respondía a su nuevo dominio de las riendas acelerando poderosamente el paso, de tal modo que Lluagor apenas si conseguía mantenerse a su altura. Fflewddur le gritó a Taran que se detuviera unos momentos y les dejara así recuperar el aliento a todos. Gurgi, que parecía un pajar revuelto por el viento, bajó agradecido del caballo e incluso Eilonwy lanzó un suspiro de alivio.

-Ya que nos hemos parado -dijo Taran-, bien podría Gurgi compartir con nosotros un poco de su comida. Pero deberíamos buscar antes un refugio, si no queremos quedar empapados.

-¿Empapados? -exclamó Fflewddur-¡Gran Belin, pero si no hay ni una nube en el cielo! Y el día es magnífico..., bueno, si tomamos en consideración todos los factores.

-Yo en tu lugar le escucharía -aconsejó Eilonwy al sorprendido bardo-. Normalmente lo más sabio es no prestarle oídos, pero ahora las circunstancias son un poco distintas.

El bardo se encogió de hombros, meneando la cabeza, pero siguió a Taran a través de los campos hasta llegar a un angosto barranco. Una vez en él encontraron en el costado de una colina lo que resultó ser una cueva bastante ancha y de gran profundidad.

-Espero que no estés herido -observó Fflewddur-. En mi tierra hay un jefe de guerreros con una vieja herida que le da punzadas cada vez que el tiempo va a cambiar. Admito que es muy útil, aunque me parece un modo bastante doloroso de predecir la lluvia. Siempre he pensado que es mucho más sencillo limitarse a esperar: tarde o temprano el tiempo acaba cambiando.

-El viento viene ahora del mar -dijo Taran-. Sopla a ráfagas, como inquieto, y sabe a

Librodot

salitre. Siento también en él cierto olor a hierba y a malezas, lo que me hace suponer que no estamos muy lejos de Morva. Si todo va bien, puede que alcancemos los pantanos mañana.

Un poco después, el cielo empezó a cubrirse de nubes y una fría lluvia azotó la colina; unos instantes más tarde caía un fuerte chubasco. El agua corría formando riachuelos a cada lado de su refugio, pero los compañeros estaban secos y a salvo.

-¡El sabio amo nos protege de resbalones y mojaduras! -exclamó Gurgi.

-Debo reconocer -observó el bardo- que tu predicción ha sido totalmente exacta. -No fue cosa mía -dijo Taran-; sin el broche de Adaon, me temo que todos nos habríamos calado hasta los huesos. -¿Cómo es posible? -preguntó el atónito Fflewddur-. No habría creído nunca que un broche tuviera nada que ver en esto.

Del mismo modo que se lo había explicado antes a Eilonwy, Taran le contó ahora al bardo lo que había aprendido gracias al broche. Fflewddur examinó cuidadosamente el adorno que llevaba Taran al cuello.

-Muy interesante -dijo-. No sé qué otras cosas hay en él, pero, desde luego, lleva el símbolo bárdico... Son esas tres líneas de ahí, que forman una especie de punta de flecha.

-Las había visto -dijo Taran-, pero ignoraba lo que eran.

-Naturalmente -dijo Fflewddur-, es parte de la sabiduría secreta de los bardos. Al menos llegué a aprender eso cuando intentaba aprobar mis exámenes. -Pero ¿qué significan? -preguntó Taran. -Si recuerdo bien -dijo Eilonwy-, la última vez que le pediste que leyera una inscripción...

-Sí -dijo Fflewddur, algo incómodo-, se trataba en realidad de algo totalmente distinto. Pero conozco bien el símbolo bárdico. Es secreto, aunque teniendo en cuenta que posees el broche supongo que no hago nada malo contándotelo. Las líneas significan el conocimiento, la verdad y el amor.

-Eso es muy bonito -dijo Eilonwy-, pero no consigo imaginar la razón de que el conocimiento, la verdad y el amor deban ser un secreto.

-Quizá debí decir extraordinario en vez de secreto -le respondió el bardo -. A veces pienso que ya es bastante difícil encontrarlos, aunque sea por separado... Si los pones a los tres juntos, entonces tendrás algo ciertamente muy poderoso.

Taran, que había estado acariciando pensativamente el broche, dejó de hacerlo y miró a su alrededor inquieto.

-De prisa -dijo-, debemos irnos de aquí en seguida.

-Taran de Caer Dallben -exclamó Eilonwy-, ¡vas demasiado lejos! Puedo entender muy bien que haya que protegerse de la lluvia, pero no veo razón de meterse deliberadamente en ella.

Sin embargo, le siguió; los compañeros, siguiendo las ansiosas órdenes de Taran, desataron los caballos y abandonaron a toda prisa su refugio en la colina. No habrían dado ni diez pasos cuando todo el costado de ésta, debilitado por el aguacero, se derrumbó con un estruendoso rugido.

Gurgi lanzó un chillido de terror y se arrojó a los pies de Taran. -¡Oh, grande, bravo y sabio amo! ¡Gurgi está agradecido! ¡Su pobre y tierna cabeza ha sido salvada de terribles aplastamientos y golpes!

Fflewddur puso los brazos en jarras y lanzó un silbido apagado, -Bueno, bueno, mirad

Librodot

eso... Un segundo más y habríamos quedado enterrados para siempre. Nunca te apartes de ese broche, amigo mío: es un auténtico tesoro.

Taran guardaba silencio. Su mano fue hasta el broche de Adaon, mientras sus ojos asombrados parecían clavados en la avalancha de tierra.

La lluvia cedió un poco antes del anochecer. Pese a que estaban empapados y temblaban de frío, los compañeros habían logrado avanzar bastante cuando Taran les permitió descansar de nuevo. Ante ellos se extendían ahora páramos grises y desolados. El viento y el agua habían excavado grandes surcos en la tierra, parecidos a las huellas que hubieran podido dejar los dedos de un gigante. Los compañeros acamparon en una estrecha garganta, alegrándose de poder dormir al fin, aunque fuera sobre el barro. Taran se quedó adormilado con una mano sobre el broche de hierro y la otra aferrando su espada. Se encontraba menos cansado de lo que había esperado después de la agotadora cabalgata y sentía en su interior una extraña emoción, muy distinta a la que había sentido cuando Dallben le entregó la espada. Sin embargo, esa noche sus sueños fueron inquietos y tristes.

Mientras los compañeros iniciaban de nuevo su viaje al clarear el alba, Taran habló de sus sueños a Eilonwy.

-No logro sacar nada coherente de ellos -le dijo lleno de dudas-. Vi a Ellidyr en peligro mortal y, al mismo tiempo, era como si tuviera atadas las manos y no pudiera hacer nada por él.

-Me temo que a Ellidyr sólo le verás en tus sueños -le replicó Eilonwy-. Ciertamente, por ahora no hemos encontrado ni rastro de él. Por lo que nosotros sabemos, puede haber llegado a Morva y desaparecido ahí..., o quizá, para empezar, ni siquiera haya conseguido alcanzar los pantanos. Es una pena que no soñaras un modo más fácil de encontrar el caldero para poner así fin a todo esto. Tengo frío, estoy mojada y en estos momentos empieza a no importarme demasiado quién tiene el caldero.

-También soñé con el caldero -se apresuró a decirle Taran-. Pero todo estaba muy confuso, como envuelto en nubes. Me parece que llegábamos a encontrarlo y... y, sin embargo -añadió-, cuando lo encontramos me eché a llorar.

Por una vez, Eilonwy se quedó callada y Taran no tuvo ánimos para hablarle nuevamente del sueño.

Un poco después del mediodía llegaron a los pantanos de Morva.

Taran los había estado sintiendo desde hacía ya rato: el suelo había empezado a volverse esponjoso y traicionero a cada paso que daba Melynlas. Había visto más aves de los pantanos y a lo lejos había oído el extraño y solitario chillido del martín pescador. Tentáculos de niebla que se retorcían como serpientes blancas habían empezado a surgir del suelo pestilente.

Los compañeros se detuvieron y permanecieron en silencio contemplando la angosta embocadura que daba al pantano. A partir de ella se extendían hacia el oeste los pantanos de Morva, que se perdían en el horizonte. El suelo estaba cubierto por frondosos macizos de aulagas espinosas y, en la distancia, Taran creyó distinguir los delgados troncos de una arboleda reseca. Charcos de agua estancada relucían bajo el cielo grisáceo, medio escondidos entre las hojas muertas y los cañizos. Le pareció que un olor a cosas largo tiempo muertas invadía el aire, casi ahogándole, mientras que por todas partes sonaba incesantemente un rumor apagado entremezclado con leves gemidos. Los ojos de Gurgi estaban llenos de pavor y el bardo se agitó inquieto a lomos de Lluagor.

-Bueno, nos has conducido hasta aquí -dijo Eilonwy-. Pero ¿cómo esperas que vayamos a buscar el caldero en semejante lugar?

Taran le indicó con un gesto que no hablara. Mientras contemplaba la espantosa extensión de los pantanos, algo se agitó en su mente.

-No os mováis -les advirtió en voz baja, y miró rápidamente hacia atrás.

Recortadas contra los arbustos que coronaban un otero aparecieron dos borrosas siluetas grises. Al principio creyó que eran lobos, pero luego distinguió a dos Cazadores que llevaban jubones hechos con piel de lobo. Otro Cazador, éste con una gruesa capa de piel de oso, estaba agazapado detrás de ellos.

-Los Cazadores nos han encontrado -prosiguió Taran hablando con premura-. Seguid todos mis pasos, pero no hagáis ni un movimiento hasta que yo dé la señal.

Ahora entendía claramente el sueño de los lobos y sabía con exactitud lo que debía hacer.

Los Cazadores, creyendo que podrían coger desprevenidas a sus presas, se acercaron un poco más.

-¡Ahora! -gritó Taran.

Haciendo que Melynlas se lanzara hacia adelante, se internó en los pantanos. El corcel, jadeando con dificultad, luchó por abrirse paso a través del suelo fangoso y, con un potente alarido, los Cazadores se precipitaron tras él. En una ocasión, Melynlas estuvo a punto de caer en una fosa escondida. Los perseguidores se acercaban cada vez más, a grandes zancadas: estaban tan cerca que cuando Taran, temeroso, miró por un segundo hacia atrás vio a uno de ellos, con los rasgos contorsionados en un feroz gruñido, extendiendo la mano para agarrar los estribos de Lluagor.

Taran hizo girar a Melynlas a la derecha. Lluagor le siguió y detrás de ellos sonó un grito de terror. Uno de los hombres vestidos con pieles de lobo había tropezado y, caído de bruces en el pantano, gritaba al ver cómo el negro fango se apoderaba de él, absorbiéndole. Sus dos camaradas se agarraron el uno al otro, luchando desesperadamente para huir de aquel suelo traicionero que parecía fundirse bajo sus pies. El cazador con la piel de oso extendió los brazos y arañó los juncos, gruñendo rabioso; el último de los guerreros pisoteó su cuerpo, ya medio hundido, en un vano intento de hallar un asidero que le permitiera escapar a la ciénaga mortífera.

Melynlas galopó hacia adelante. Sus cascos hacían brotar surtidores de agua sucia; Taran guió al poderoso corcel en línea recta hacia lo que parecía ser una cadena de islas sumergidas, sin detenerse ni siquiera cuando llegó al otro extremo del pantano. Allí el terreno se hacía más sólido y Taran condujo a Melynlas, aún al galope, a través de la aulaga y más allá de los árboles. Con Lluagor detrás, Taran siguió una larga garganta hasta la protección de un montículo.

Al llegar a él, tiró bruscamente de las riendas. A un lado del montículo, como si formara parte de la misma tierra, se alzaba una cabaña. Estaba tan hábilmente disimulada con barro y ramas que Taran necesitó mirar dos veces para distinguir la puerta. Junto al montículo había lo que parecían unos establos medio derrumbados y un gallinero en ruinas.

Taran hizo que Melynlas retrocediera, apartándose un poco del extraño grupo de construcciones e indicó a los demás que permanecieran callados.

-Yo no me preocuparía por eso -dijo Eilonwy-. Quien viva aquí nos habrá oído llegar, seguramente; si no han salido ya a pelear con nosotros o a darnos la bienvenida, entonces

pienso que no debe de haber nadie.

Bajó de un salto de Melynlas y se dirigió hacia la cabaña.

-¡Vuelve! -gritó Taran.

Blandiendo su espada, fue tras ella. El bardo y Gurgi desmontaron también, con sus armas preparadas. Con mucha cautela, Taran se acercó a la puertecilla. Eilonwy había descubierto una ventana medio escondida entre la hierba y la tierra, y estaba mirando al interior.

-No veo a nadie -dijo, al reunirse los demás con ella-. Mirad vosotros mismos.

-Si a eso vamos -dijo el bardo, agachando la cabeza y atisbando por la abertura-, creo que nadie ha estado aquí en mucho tiempo. ¡Tanto mejor! Sea como sea, tendremos un lugar seco para descansar.

La cabaña parecía en verdad abandonada, dado que la habitación a la que daba la ventana estaba aún más caóticamente revuelta que la de Dallben. En una esquina había un gran telar del que todavía pendían enmarañados haces de hilo. El tapiz estaba sin acabar, y el resto se encontraba tan enredado y lleno de nudos que no parecía posible terminarlo. Había también una mesita cubierta de cacharros rotos, y por toda la habitación yacían confusos montones de armas oxidadas y medio destrozadas.

-¿Te gustaría ser convertido en un sapo? -dijo alegremente una voz detrás de Taran-. ¿Y que luego te pisaran?

11 - La cabaña

Taran giró en redondo levantando su espada y de pronto tuvo en la mano una fría serpiente que se retorcía siseando, con el cuerpo preparado para atacar. Lanzó un grito de horror y la arrojó lo más lejos que pudo. La serpiente cayó al suelo y allí donde había caído estuvo, de pronto, la espada de Taran. Eilonwy emitió un grito ahogado y Taran retrocedió, lleno de pavor.

Ante él se encontraba una mujer de baja estatura y más bien regordeta: su rostro redondo y lleno de verrugas albergaba dos ojos negrísimos y muy agudos. Su cabellera parecía un revuelto amasijo de cañaverales del pantano, recogido mediante fibras vegetales y adornado con agujas de colores chillones que se dirían a punto de perderse para siempre en la confusa extensión de hierbas y cabello. Vestía una túnica oscura e informe, llena de manchas y remiendos. Sus pies, descalzos, eran excepcionalmente grandes.

Los compañeros se apretaron unos contra otros y Gurgi, estremeciéndose violentamente, se arrojó a los pies de Taran. El bardo, aunque pálido e inquieto, se preparó a plantarle cara al peligro.

-Venga, venga, gansitos míos -dijo con voz alegre la bruja-, prometo que no os haré ni pizca de daño. Puedes coger tu espada si quieres -le dijo a Taran con una sonrisa indulgente-, aunque no la necesitarás. Jamás he visto un sapo con espada. Por otra parte, jamás he visto una espada con un sapo, así que puedes hacer lo que más te plazca.

-Nos place más seguir tal y como somos -exclamó Eilonwy-. No creas que vamos a dejarte...

-¿Quién eres? -gritó Taran-. No te hemos hecho ningún mal y no tienes razón alguna para amenazarnos.

-¿Cuántas ramitas hay en el nido de un pájaro? -preguntó de repente la bruja-. Responded, rápido. ¿Veis? -añadió -. Pobres gansitos, ni siquiera lo sabéis. Entonces,

¿cómo puedo esperar que sepáis realmente lo que pretendéis de la vida?

-Una cosa que no quiero de la vida -le replicó Eilonwy- es acabar siendo un sapo.

-Eres una gansita muy linda -dijo la bruja con voz amable y zalamera-. ¿Me darás tu pelo cuando ya no lo necesites? Estos días tengo tales problemas con el mío... ¿Has tenido alguna vez la sensación de que las cosas se meten en él para desaparecer y no volver a verlas nunca más?

»No importa -continuó diciendo-. Os lo pasaréis muy bien siendo sapos, saltando de un lado a otro, sentados en vuestras setas..., bueno, puede que eso no. La verdad, los sapos no se sientan en las setas. Pero siempre podéis bailar en los charcos de rocío, esa me parece una idea encantadora... No te asustes -añadió, acercándose a Taran y hablándole al oído-, ¿No habrás imaginado ni por un momento que haría todo eso que he dicho, verdad? Caramba, no, ni se me ocurriría la idea de pisarte... Sería incapaz de aguantar tanta viscosidad pegada a mi pie.

Sintiendo crecer el pánico en su interior, Taran buscó desesperadamente un modo de salvar a sus compañeros. De no haber recordado a la serpiente en su mano, con sus fríos ojos y amenazadores colmillos, las intenciones de esa estrafalaria criatura le habrían parecido por completo imposibles...

-Puede que al principio no os guste ser sapos -dijo la bruja en tono razonable-, hace falta tiempo para acostumbrarse. Pero -añadió como para tranquilizarles- una vez que haya ocurrido, estoy segura de que no lo cambiaríais por nada.

-¿Por qué haces esto? -gritó Taran, aún más enfadado al sentirse indefenso en sus manos.

La bruja le palmeó amablemente en la mejilla, y Taran apartó la cabeza, lleno de miedo y repugnancia.

-No soporto a la gente que anda por aquí husmeando y metiendo las narices en todo -dijo ella-. Eso podrás entenderlo, ¿no? Si hago una excepción con alguien, luego vienen dos y luego tres más, y antes de que puedas darte cuenta de ello tienes a cientos y cientos dando vueltas por aquí y rompiendo las cosas. Créeme, esto es lo mejor para todos.

En ese instante aparecieron dos nuevas figuras por el otro lado de la colina. Se parecían bastante a la mujer baja y rechoncha, pero una de ellas llevaba una capa negra cuyo capuchón le ocultaba casi por completo la cara y la otra lucía un collar con piedras de un blanco lechoso.

La bruja corrió hacia ellas y las llamó.

-¡Orwen! ¡Orgoch! ¡Aprisa! -les dijo llena de felicidad-. ¡Vamos a hacer sapos!

Taran jadeó asustado y miró de soslayo al bardo y a Eilonwy.

-¿Habéis oído esos nombres? -dijo en un susurro presuroso-. ¡Las hemos encontrado!

El bardo parecía francamente alarmado.

-No creo que nos sirva de gran cosa -dijo-. Cuando hayan terminado con nosotros, creo que no va a importarnos ya demasiado el caldero, ni ninguna otra cosa. Nunca he bailado en el rocío -prosiguió en un murmullo -; creo que si las circunstancias fueran distintas podría llegar a pasármelo bien. Pero no ahora -añadió estremeciéndose.

-Nunca he conocido a nadie que fuera capaz de hablar sobre cosas tan espantosas y sonreír al mismo tiempo -susurró a su vez Eilonwy, mientras que Gurgi, aterrado, husmeaba el aire a toda velocidad-. Es como tener hormigas andando por tu espalda, arriba y abajo...

-Debemos intentar tomarlas por sorpresa -dijo Taran-. No sé qué podrían hacer contra

todos nosotros si les atacáramos a la vez... Tampoco sé qué podríamos hacerles nosotros, claro. Pero debemos correr el riesgo. Puede que uno o dos lográramos sobrevivir.

-Supongo que no podemos hacer otra cosa -dijo el bardo. Tragó saliva con dificultad y miró a Taran con expresión preocupada-. Si resultara que yo... quiero decir que si me..., sí, bueno, lo que quiero decir es que si me ocurriera algo..., en fin, os suplico que tengáis mucho cuidado al andar.

Mientras tanto, las tres brujas habían llegado a la cabaña.

-Oh, Orddu -estaba diciendo la del collar-, ¿por qué deben ser siempre sapos? ¿No puedes pensar en otra cosa?

-Pero son preciosos... -replicó Orddu-. Son tan sólidos y quedan tan bien...

-¿Qué hay de malo en los sapos? -dijo la figura encapuchada-. Ése es el problema contigo, Orwen, siempre intentas hacer las cosas del modo más complicado.

-Sólo hacía una sugerencia, Orgoch -respondió la bruja llamada Orwen-, para variar un poquito.

-Adoro los sapos -murmuró Orgoch, chasqueando los labios.

Pese a la sombra del capuchón, Taran pudo ver como los rasgos de la bruja se movían, retorciéndose en una mueca de lo que temió que fuera impaciencia.

-Mírales -dijo Orddu-, pobres gansitos, todos mojados y cubiertos de fango. He estado hablando con ellos y tengo la impresión de que finalmente han comprendido que esto será lo mejor.

-Vaya, pero si son los que vi galopando a través del pantano -dijo Orwen, jugueteando con sus piedras-. Fuiste muy inteligente -añadió, mirando a Taran con una sonrisa-. Realmente, eso de hacer que los Cazadores acabaran tragados por el fango estuvo muy bien.

-Ah, Cazadores, qué criaturas más molestas -murmuró Orgoch-. Esas cosas peludas, repugnantes y malignas... Me revuelven el estómago.

-Debo reconocer que son muy tozudos cuando se trata de cumplir con su misión -se arriesgó el bardo-. Hay que decirlo en su favor.

-El otro día tuvimos por aquí a toda una banda de esos Cazadores -dijo Orddu-. Andaban husmeando y metiendo las narices por todos lados, igual que vosotros. Ahora entenderéis la razón de que no podamos hacer excepciones, ¿no?

-No hicimos ninguna excepción con ellos, ¿verdad, Orddu? -dijo Orwen-. Aunque no fueron sapos, si te acuerdas bien...

-Lo recuerdo con toda claridad, querida mía -dijo la primera bruja-, pero entonces Orddu eras tú. Y cuando te toca ser Orddu puedes hacer lo que te venga en gana. Pero ahora Orddu soy yo y lo que yo digo es...

-Eso no es justo -interrumpió Orgoch-. Siempre quieres ser Orddu y yo he tenido que ser Orgoch tres veces seguidas, mientras que tú sólo has sido Orgoch una vez.

-Cariñito, no es culpa nuestra que nos disguste ser Orgoch.

Ya sabes que no es nada cómodo -dijo Orddu-. Tienes unas indigestiones tan horribles... Deberías tener más cuidado con lo que comes.

Taran había estado intentando seguir la conversación de las brujas, pero acabó más confundido que antes. Ahora no tenía ya idea de quién era realmente Orddu, quién Orwen y quién Orgoch, o de si las tres eran la misma. Sin embargo, sus observaciones sobre los Cazadores le hicieron sentir esperanzas por primera vez.

Librodot

-Si los Cazadores de Annuvin son vuestros enemigos -dijo Taran-, entonces tenemos una causa común. También nosotros hemos luchado contra ellos.

-Amigos, enemigos..., al final todo es lo mismo -refunfuñó Orgoch-. Orddu, date prisa y llévales a otro sitio que no sea aquí. La mañana me ha resultado espantosamente larga.

-Ah, qué codiciosa eres -dijo Orddu, sonriendo con aire de tolerancia a la bruja encapuchada-. Ésa es otra de las razones por las que ninguna de nosotras quiere ser Orgoch si es posible evitarlo. Quizá si hubieras aprendido a controlarte mejor... Bueno, ahora escuchemos lo que estos queridos ratoncitos tienen que contarnos. Debería ser interesante: dicen cosas encantadoras, a veces... -Orddu se volvió hacia Taran-. Y ahora, gansito -le dijo amablemente-, ¿cómo habéis llegado a estar en tan malas relaciones con los Cazadores?

Taran vaciló, temiendo revelar el plan de Gwydion.

-Nos atacaron y... -empezó a decir.

-Claro que lo hicieron, mis pobres gansitos -le dijo Orddu con simpatía-. Siempre están atacando a todo el mundo. Ésa es una de las ventajas que tendréis al ser sapos: ya no hará falta que os preocupéis por ese tipo de cosas. Toda vuestra vida estará llena de cabriolas por el bosque y preciosas mañanas de lluvia. Los Cazadores no tendrán nunca más ocasión de molestaros... Naturalmente, tendréis que vigilar un poco a las garzas, las serpientes y los martín pescadores, pero, aparte de eso, no habrá ningún problema en vuestro mundo.

-Pero, ¿quiénes son estos «vosotros»? -le interrumpió Orwen, volviéndose hacia Orddu-. ¿Acaso no piensas enterarte de sus nombres?

-Claro que sí, claro que sí -murmuró Orgoch, chasqueando los labios-. Adoro los nombres.

Taran vaciló nuevamente.

-Ésta..., ésta... -dijo, señalando a Eilonwy-, ésta es Indeg. Y el príncipe Glessig...

Orwen lanzó una risita y le propinó a Orddu un afectuoso codazo.

-Escúchales -dijo-, son encantadores cuando mienten. -Si no piensan darnos sus auténticos nombres -dijo Orgoch-, entonces llévatelos y punto.

Taran se quedó callado y Orddu clavó los ojos en él, observándole con atención. Repentinamente abatido, se dio cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles.

-Ésta es Eilonwy, Hija de Angharad -dijo-, y éste es Fflewddur Fflam.

-Un bardo del arpa -añadió Fflewddur.

-Y éste es Gurgi -prosiguió Taran.

-Así que eso es un gurgi -dijo Orwen, muy interesada-. Me parece que he oído hablar de ellos, pero nunca supe exactamente qué eran. -No es un gurgi -replicó Eilonwy-, es Gurgi. Y sólo hay uno. -¡Sí, sí! -gritó Gurgi, arriesgándose y asomando la cabeza por detrás de Taran-. ¡Y

es osado e inteligente! ¡No dejará que sus valerosos compañeros se conviertan en sapos

con bultos y saltos!

Orgoch le contempló con curiosidad.

-¿Qué hacéis con el gurgi? -preguntó -. ¿Es para comer o para sentarse en él?

-Tengo la impresión -sugirió Orddu- de que, hagas lo que hagas con él, lo mejor sería limpiarlo antes. Y tú, patito mío -le dijo a Taran-, ¿quién eres tú?

Taran se irguió, echando la cabeza hacia atrás.

-Soy Taran -dijo-, el Aprendiz de Porquerizo de Caer Dallben.

-¡Dallben! -gritó Orddu -. Pobre gallinita perdida, ¿por qué no dijiste eso en primer lugar? Dime, dime, ¿cómo está el pequeño Dallben?

12 - El pequeño Dallben

Taran sintió que se le aflojaba la mandíbula por la sorpresa, y antes de que pudiera decir nada las tres brujas estaban conduciendo a los compañeros hacia la cabaña. Lleno de asombro se volvió hacia Fflewddur, el cual no parecía tan pálido ahora que Orddu no seguía hablando de sapos.

-¿El pequeño Dallben? -murmuró Taran-. En mi vida había oído a nadie hablar así de él. ¿Pueden estarse refiriendo al mismo Dallben que conocemos?

-No lo sé -murmuró a su vez el bardo -. Pero si ellas creen que sí..., ¡por el Gran Belin, no se te ocurra decirles otra cosa!

Una vez dentro, las brujas se apresuraron a ordenar la habitación con un ruidoso despliegue de alegre actividad que, de hecho, no fue demasiado efectiva. Orwen, obviamente nerviosa y contentísima, trajo a toda prisa sillas de mimbre y escabeles. Orgoch despejó la mesa tirando todos los cacharros rotos al suelo, y Orddu se limitó a dar palmadas de contento mientras contemplaba radiante a los compañeros.

-Nunca lo habría imaginado -empezó a decir-. ¡Oh, no, no, patito mío! -exclamó de repente dirigiéndose a Eilonwy, que se había acercado al telar y se inclinaba sobre él para examinar el tapiz-. No debes tocarlo o te pincharías de un modo muy desagradable: está lleno de alfileres. Anda, sé buena y ven a sentarte con nosotros.

Pese al súbito calor de la acogida, Taran examinó a las brujas con cierta inquietud. La misma atmósfera del cuarto despertaba en él extraños presentimientos que no era capaz de comprender por entero y que se le escapaban como sombras huidizas. Sin embargo, Gurgi y el bardo parecían encantados ante la sorprendente evolución de los acontecimientos y no tardaron en sentarse alegremente ante la comida que, sin más dilación, empezó a llenar la mesa. Taran miró a Eilonwy con expresión interrogativa. La muchacha adivinó sus pensamientos.

-No temas comer -le dijo, ocultando el rostro tras la mano -. La comida está en perfecto estado: no hay en ella ni pizca de veneno o brujería. Estoy segura, aprendí todo eso cuando estaba con la reina Achren, preparándome para ser hechicera. Lo que se hace en tales casos es...

-Venga, venga, gorrioncito -les interrumpió Orddu -, ahora debes contarnos todo lo que sepas sobre nuestro pequeño y querido Dallben. ¿Qué hace? ¿Conserva todavía El Libro de los Tres?

-Bueno..., sí, aún lo tiene -dijo Taran, bastante confundido y empezando a preguntarse si en realidad las brujas no sabrían más cosas sobre Dallben que él.

-Pobrecito petirrojo -observó Orddu -, con un libro tan gordo y pesado... Me sorprende que sea capaz de pasar las páginas, fíjate en lo que digo.

-Bueno, veréis... -dijo Taran, aún perplejo-, el Dallben que nosotros conocemos no es pequeño..., quiero decir que, de hecho, es bastante mayor.

-¡Mayor! -explotó Fflewddur-. ¡Tiene nada menos que trescientos ochenta años de edad! El mismo Coll me lo dijo.

Librodot

-Oh, era una criaturita tan dulce y encantadora -dijo Orwen suspirando-, todo mejillitas sonrosadas y dedos regordetes...

-Adoro a los niños -dijo Orgoch, chasqueando los labios.

-Ahora tiene el cabello gris -dijo Taran.

No lograba convencerse de que esas extrañas criaturas estuvieran hablando realmente de su viejo maestro. La idea de que el sabio Dallben hubiera tenido alguna vez mejillitas sonrosadas y dedos regordetes resultaba francamente excesiva para su imaginación.

-Y también tiene barba -añadió.

-¿Barba? -chilló Orddu -. ¿Qué hace el pequeño Dallben con una barba? ¿Para qué iba a desear semejante cosa? ¡Oh, era un renacuajo tan adorable!

-Le encontramos una mañana en el pantano -dijo Orwen-. Estaba sólito, el pobre, en una cesta de mimbre. Era demasiado bonito para describirlo con palabras. Orgoch, naturalmente...

Al oír esto, Orgoch emitió un bufido de irritación y sus ojos parecieron arder en las profundidades del capuchón.

-Venga, venga, querida Orgoch, no pongas esa cara tan desagradable -dijo Orddu -. Estamos entre amigos y podemos hablar de esas cosas. Bueno, lo diré de otro modo para no herir los sentimientos de Orgoch: ella no quería que lo conserváramos. Bueno, al menos no en el sentido corriente de la palabra... Pero lo hicimos, y nos llevamos a la pobre criaturita abandonada a la cabaña.

-Creció muy de prisa -añadió Orwen-. Vaya, pero si no tardó prácticamente nada en andar por todos lados, hablando y haciendo pequeñas tareas... Era tan amable y educado, tan bueno. Un gozo de criatura... ¿Y ahora dices que tiene barba? -Meneó la cabeza-. Qué idea tan curiosa... ¿Dónde la habrá encontrado?

-Sí, era un gorrioncito encantador -dijo Orddu -. Pero luego -prosiguió con una sonrisa entristecida- se produjo un lamentable accidente. Estábamos cociendo hierbas cierta mañana para hacer una poción bastante especial, y...

-Y Dallben -suspiró Orwen-, el pequeño Dallben estaba removiendo el agua. Era una de esas delicadas bondades que siempre tenía con nosotros, ¿entiendes? Pero cuando el agua empezó a hervir se hicieron burbujas, y una de ellas le salpicó al reventar.

-Sus pobres deditos se quemaron -añadió Orddu-. Pero no lloró, nada de eso. Nuestro pequeño y valeroso estornino se limitó a meterse los deditos en la boca; naturalmente, en ellos había un poquito de poción y se la tragó.

-Apenas lo hizo -les explicó Orwen-, supo casi tanto como nosotras. Se trataba de una poción mágica, ¿entendéis?, una poción de sabiduría.

-Después de eso -prosiguió Orddu -, ya era imposible tenerlo con nosotras. Las cosas nunca habrían sido iguales; oh, no, nada habría funcionado. No hay forma de tener a tanta gente sabiendo tantas cosas bajo el mismo techo, y menos aún cuando podía adivinar algunas de las ideas que Orgoch tenía en la cabeza. Y, por lo tanto, tuvimos que dejarle ir...; realmente hubo que dejarle ir a toda prisa, ya que, para entonces, era Orgoch la que no pensaba dejarle marchar. Quería conservarle a su manera y dudo que a él le hubiera gustado.

-Como golosina habría resultado delicioso -murmuró Orgoch.

-Debo decir que nos portamos estupendamente con él -continuó diciendo Orddu-. Le dejamos escoger entre un arpa, una espada o El Libro de los Tres. Si hubiera elegido el arpa, habría sido el bardo más grande del mundo; de haber tomado la espada, nuestro

querido patito habría gobernado todo Prydain. Pero -dijo Orddu- eligió El Libro de los Tres. Y si debo deciros la verdad, nos alegró mucho que lo hiciera, porque era un trasto pesado y lleno de moho que siempre estaba recogiendo polvo. Y de ese modo se marchó, dispuesto a hacerse un lugar en el mundo, y no volvimos a verle nunca más.

-Es bueno que el dulce y pequeño Dallben no esté aquí -le dijo Fflewddur con una risita a Taran-. Su descripción no encaja demasiado bien con la realidad actual: me temo que se llevarían una considerable sorpresa.

Taran había permanecido en silencio durante todo el relato de Orddu, preguntándose de qué modo podía atreverse a sacar el tema del caldero.

-Dallben ha sido mi señor durante todo el tiempo que alcanza mi memoria -les dijo por último, decidiendo que la franqueza era el mejor modo de encarar el problema..., especialmente dado que las brujas parecían capaces de adivinar cuándo mentía-. Si le estimáis tanto como yo...

-Oh, puedes estar seguro de que amamos muchísimo a la dulce criaturita -dijo Orddu.

-Entonces, os suplico que nos ayudéis a cumplir sus deseos y los de Gwydion, Príncipe de Don -continuó diciendo Taran.

Les explicó lo que había ocurrido en el consejo, lo que habían descubierto después en la Puerta Oscura y lo que les dijo Gwystyl. Les habló de cuan apremiante era llevar el caldero a Caer Dallben y finalmente les preguntó también si habían visto a Ellidyr.

Orddu sacudió la cabeza.

-¿Un hijo de Pen-Llarcau? No, patito mío; no hemos visto a tal persona en este lugar. Si hubiera cruzado los pantanos le habríamos visto, sin duda alguna.

-Oh, desde lo alto de la colina tenemos una vista preciosa de las ciénagas -le interrumpió Orwen, con tal entusiasmo y agitación que su collar tintineó ruidosamente-. Tenéis que subir para disfrutar de ella. Naturalmente, podéis quedaros aquí el tiempo que os plazca -añadió a toda prisa-. Ahora que el pequeño Dallben se ha ido y ha logrado encontrar una barba, este lugar no es ni la mitad de alegre que antes. No os convertiremos en sapos, a menos que insistáis.

-Quedaos, claro que sí -graznó Orgoch con una mueca espantosa.

-Nuestra misión es recobrar el caldero -insistió Taran, prefiriendo fingir que no había oído las palabras de Orgoch-.. Por lo que nos dijo Gwystyl...

-Corderito, antes nos dijiste que había sido su cuervo -le interrumpió Orddu -. No debes creer todo lo que te cuente un cuervo.

-Doli del Pueblo Rubio le creyó -dijo Taran-¿Afirmáis ahora que el caldero no está en vuestras manos? Os pido que contestéis a mi pregunta como si la hubiera hecho el mismísimo Dallben.

-¿Un caldero? -exclamó Orddu-. ¡Pero si tenemos docenas! Calderos, marmitas, ollas..., a veces es difícil saber dónde se encuentran, de tantos como hay.

-Hablo del caldero de Annuvin -dijo con firmeza Taran-, el caldero de Arawn y sus guerreros que no mueren.

-Oh -dijo Orddu, riendo alegremente-, debes referirte al Crochan Negro.

-No conozco su nombre -dijo Taran-, pero quizá sea el que buscamos.

-¿Estás seguro de no preferir alguno de los otros? -le preguntó Orwen-. Son mucho más atractivos que ese viejo trasto, y bastante más prácticos. ¿Qué utilidad se le puede encontrar a un Nacido del Caldero? Son un estorbo y nada más. Podemos darte una

marmita con la que harás unas pociones narcóticas maravillosas, y hay otra con la que puedes rociar los narcisos y quitarles ese feo color amarillo que tienen.

-El que nos preocupa es el Crochan Negro -insistió Taran, decidiendo que ése debía ser realmente el nombre del caldero de Arawn-. ¿Por qué no me decís la verdad? ¿Está aquí el caldero?

-Por supuesto que está aquí -dijo Orddu-. ¿Por qué no iba a estar, si era nuestro desde el principio? ¡Y siempre lo ha sido!

-¿Vuestro? -exclamó Taran-. Entonces, ¿Arawn os lo robó?

-¿Robar? -le contestó Orddu-. No, al menos no exactamente. No podría decirse que nos lo robara...

-Pero es imposible que se lo dierais -chilló Eilonwy-. ¡No, sabiendo para qué iba a usarlo!

-Incluso Arawn tiene derecho a que se le dé una oportunidad -dijo Orddu con ademán tolerante-. Algún día entenderéis la razón. Hay un destino para todo, tanto para los enormes y feos Crochans como para los pobres patitos...; incluso para nosotras hay un destino fijado de antemano. Por otra parte, Arawn pagó muy caro poder usarlo... Sí, muy caro lo pagó, de eso podéis estar bien seguros. Los detalles, patita mía, son de naturaleza privada y no deben preocuparos. En cualquier caso, el Crochan no iba a ser suyo para siempre, claro que no...

-Arawn juró devolverlo pasado un tiempo -dijo Orwen-. Pero cuando llegó el momento de hacerlo, rompió el juramento, como era de esperar.

-Lo cual fue una estupidez -murmuró Orgoch.

-Y dado que no pensaba devolverlo -dijo Orddu-, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Fuimos y lo cogimos.

-¡Gran Belin! -gritó el bardo-. Señoras, ¿pretendéis decir me que las tres os aventurasteis en el corazón de Annuvin y os llevasteis el caldero? ¿Cómo fue posible?

Orddu sonrió.

-Oh, hay muchos modos de hacer las cosas, mi curioso gorrión. Podríamos haber inundado Annuvin de tinieblas y el caldero habría salido flotando de ahí. Podríamos haber hecho que todos los centinelas se durmieran. O podríamos habernos convertido en..., bueno, no importa..., digamos que podíamos usar una amplia variedad de métodos. En cualquier caso, el caldero está nuevamente aquí.

»Y -añadió la bruja- aquí va a quedarse. No, no -dijo, alzando la mano al ver que Taran pretendía decir algo-, ya veo que te gustaría tenerlo, pero eso está fuera de discusión. Es demasiado peligroso para estar en manos de unos polluelos vagabundos como vosotros. Caramba, pero si ni podríamos dormir de lo preocupadas que estaríamos... No, no, ni siquiera en nombre del pequeño Dallben.

»De hecho -siguió diciendo Orddu -, estaríais mucho más seguros siendo sapos si os enredáis con el Crochan Negro. -Sacudió la cabeza-. Mejor aún, podríamos convertiros en pájaros y así volveríais volando a Caer Dallben en seguida.

»No, no -dijo, levantándose de la mesa y poniendo la mano en el hombro de Taran-. Patitos, debéis marcharos en seguida y no pensar nunca más en el Crochan. Decid al querido Dallben y al príncipe Gwydion que lo sentimos enormemente, y que si hay alguna otra cosa que esté en nuestras manos hacer... Pero eso no. Oh, no, ni hablar.

Taran se dispuso a protestar, pero Orddu le silenció con un gesto y le condujo a toda velocidad hacia la puerta, mientras las otras dos brujas empujaban presurosas a sus compañeros para que le siguieran.

Librodot

-Podéis dormir esta noche en el establo, gallinitas mías -les dijo Orddu -. Y por la mañana, lo primero que debéis hacer es partir en busca del pequeño Dallben. Mientras tanto, será mejor que decidáis cómo preferís el viaje: con vuestras piernas, o... -añadió, esta vez sin sonreír- con un bonito par de alas.

-O dando saltos -murmuró Orgoch.

13 - El plan

La puerta se cerró ruidosamente detrás de ellos, y una vez más los compañeros se encontraron fuera de la cabaña.

-¡Bueno, eso sí que me ha gustado! -exclamó Eilonwy, in dignada-. Después de tanto hablar sobre nuestro querido Dallben y de lo encantador que era nuestro pequeño Dallben..., ¡nos han echado!

-Si quieres saber mi opinión, prefiero que nos hayan echado a que nos hayan transformado -dijo el bardo-. A un Fflam siempre le gustan los animales, ¡pero no consigo convencerme de que pudiera acabar gustándome ser convertido en uno de ellos!

-¡No, oh, no! -gritó fervorosamente Gurgi-. También Gurgi quiere seguir siendo como es ahora..., ¡osado e inteligente!

Taran se volvió hacia la cabaña y empezó a golpear la puerta.

-¡Debéis escucharnos! -pidió-. Ni siquiera os habéis tomado el tiempo suficiente para pensarlo.

Pero la puerta no se abrió, y aunque luego fue hasta la ventana y estuvo largo tiempo llamando a ella, las tres brujas no volvieron a dar señales de vida.

-Me temo que ahí tienes tu respuesta -dijo Fflewddur-. Han dicho ya todo lo que pensaban..., y quizá sea mejor así. Además, tengo la incómoda e inquietante sensación de que todos esos gritos y golpes en la puerta..., bueno, nunca se sabe lo sensibles que pueden ser esas..., esto, esas damas a los ruidos.

-No podemos irnos así como así -replicó Taran-. El caldero está en sus manos y, sean amigas de Dallben o no, es imposible saber lo que harán con él. Me dan miedo y no les tengo confianza. Ya habéis oído lo que hablaba ésa que se llama Orgoch. Sí, puedo imaginarme muy bien lo que habría hecho con Dallben. -Agitó la cabeza con expresión grave-. Gwydion ya nos lo advirtió. Quien tenga el caldero puede acabar convirtiéndose en una amenaza mortal para Prydain cuando lo desee...

-Al menos no lo ha encontrado Ellidyr -dijo Eilonwy-, podemos dar gracias de ello.

-Si queréis el consejo de quien, después de todo, es el más viejo de los aquí presentes -dijo el bardo-, creo que deberíamos marcharnos a toda prisa y dejar que Dallben y Gwydion se cuidaran del asunto. Después de todo, Dallben debe saber mejor cómo tratar a esas tres...

-No -contestó Taran-, eso no servirá: perderíamos varios días preciosos en el viaje. Los Cazadores no consiguieron recuperar el caldero; sin embargo, ¿quién sabe en qué consistirá la próxima intentona de Arawn? No, correr el riesgo de que se quede aquí es imposible.

-Por una vez estoy de acuerdo -declaró Eilonwy-. Hemos llegado ya muy lejos y debernos continuar hasta el final. Tampoco yo me fío de esas brujas. ¿Así que ellas no podrían dormir si tuviéramos el caldero? ¡Pues yo ciertamente tendré pesadillas, sabiendo que está en sus manos! ¡Y eso sin hablar de Arawn! Creo que nadie, sea humano o no,

Librodot

debería tener tal poder. -Se estremeció-. ¡Uf! ¡Ya vuelvo a sentir las hormigas por mi espalda!

-Sí, bueno, eso es cierto -empezó a decir Fflewddur-. Pero los hechos siguen siendo que ellas tienen esa maldita olla y nosotros no. Ellas están ahí dentro y nosotros aquí fuera y, al parecer, así es como van a seguir las cosas.

Taran se quedó callado y pensativo durante unos momentos.

-Cuando Arawn no quiso devolverles el caldero -dijo por fin-, fueron y lo cogieron. Ahora, dado que no piensan entregárnoslo, sólo veo un camino: ¡tendremos que cogerlo nosotros!

-¿Robarlo? -chilló el bardo.

Su expresión preocupada se desvaneció en un segundo, y en sus ojos empezó a brillar una chispa.

-Quiero decir -añadió, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo-, ¿robarlo? Vaya, eso es una idea -prosiguió lleno de entusiasmo-, jamás se me habría ocurrido. Sí, sí, ése es el camino. ¡Pero debemos hacerlo de un modo elegante y hábil!

-Hay una dificultad -dijo Eilonwy-. No sabemos dónde han escondido el caldero y, evidentemente, no piensan dejarnos entrar para que lo descubramos.

Taran frunció el ceño.

-Ojalá Doli estuviera aquí; entonces no tendríamos ningún problema. No lo sé..., debe existir algún modo. Nos dijeron que podíamos pasar aquí la noche -prosiguió-, y eso nos da tiempo desde ahora hasta el amanecer. Venga, no podemos quedarnos aquí delante de su cabaña, o acabarán sabiendo que planeamos algo. Orddu mencionó el establo.

Los compañeros llevaron sus caballos al otro lado de la colina, donde se levantaba un pequeño cobertizo en bastante mal estado que parecía a punto de hacerse pedazos en el barro. Su aspecto era lúgubre y poco acogedor; el viento otoñal silbaba por entre las grietas de las paredes. El bardo golpeó el suelo con los pies y empezó a frotarse los brazos.

-Un sitio bastante gélido para hacer planes -señaló-. Puede que esas brujas tengan una vista excelente de los pantanos, pero al parecer es bastante fría.

-Ojalá tuviéramos algo de paja -dijo Eilonwy-, o cualquier otra cosa para mantenernos calientes. Nos quedaremos helados antes de que podamos pensar en nada.

-Gurgi encontrará paja -sugirió Gurgi, y salió disparado hacia el gallinero.

Taran empezó a caminar de un lado a otro.

-Tendremos que entrar en la cabaña apenas se hayan dormido. -Sacudió la cabeza y acarició el broche que llevaba al cuello-. Pero, ¿cómo? El broche de Adaon no me ha dado ninguna idea al respecto. Los sueños que tuve sobre el caldero carecen de significado para mí. Si al menos pudiera entenderlos...

-Supón que te fueras a dormir ahora mismo -dijo Fflewddur para ayudarle-, y que intentaras dormir lo más de prisa posible... Bueno, quiero decir lo más profundamente posible. Podrías encontrar la respuesta.

-No estoy seguro -replicó Taran-, no funciona exactamente de ese modo.

-Comparado con hacer un agujero a través de la colina -dijo el bardo -, eso debería ser mucho más fácil. Es lo que pensaba sugerirte a continuación, pero...

-Podríamos tapar su chimenea y hacerlas salir con el humo -dijo Eilonwy-. Entonces uno de nosotros podría entrar en la cabaña sin ser visto. No -añadió-, pensándolo mejor, temo que fuera lo que fuese lo que pudiéramos meter en su chimenea, se les ocurriría algo peor para sacarlo de ahí. Por otra parte, no tienen chimenea, así que deberemos olvidar esa

Librodot

idea.

Mientras tanto, Gurgi había vuelto con un enorme montón de paja que había cogido del gallinero y sus compañeros, agradecidos, empezaron a cubrir con ella el suelo arcilloso. Mientras Gurgi iba a buscar más paja, Taran contempló con aire dubitativo la que habían puesto en el suelo.

-Supongo que podría intentar soñar algo -dijo, sin demasiadas esperanzas-. La verdad es que no tengo ninguna idea mejor.

-Podemos hacerte una cama lo más cómoda posible -dijo Fflewddur-, y mientras tú sueñas podemos ir pensando también. Así, cada uno de nosotros estará trabajando a su modo. No me importa decirte que me encantaría tener el broche de Adaon -añadió-. ¿Dormir? No haría falta que me lo pidieran dos veces, porque me caigo de cansancio.

Taran, aún no muy seguro, se estaba preparando para acostarse en la paja cuando apareció otra vez Gurgi, con los ojos desorbitados y temblando. El pobre ser se encontraba tan trastornado que sólo lograba hacer muecas y emitir jadeos. Taran se incorporó de un salto.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

Gurgi les hizo gestos para que le acompañaran hasta el gallinero, y todos se apresuraron a seguirle. El inquieto Gurgi les llevó hasta la pequeña construcción de ramajes cubiertos con lechada y luego retrocedió, aterrado, señalando hacia una esquina. Allí, entre la paja, se encontraba el caldero.

Era rechoncho y negro y tendría la altura de un niño. Su fea boca era lo bastante ancha como para engullir un cuerpo humano; los bordes estaban sucios y medio agrietados. El fondo del caldero estaba manchado de hollín y había en él estrías de un color marrón oscuro que Taran sabía muy bien que no se debían a la herrumbre. Su mango, largo y grueso, estaba asegurado con una pesada barra de metal, y a cada lado del caldero había una gruesa anilla que parecía el eslabón de una enorme cadena. Aunque estaba hecho de hierro inanimado, el caldero parecía vivo, como retorciendo su forma en un frenesí de maldad más vieja que el hombre. En su boca abierta la gélida brisa gemía, aprisionada, haciendo nacer de sus silenciosas profundidades un murmullo como el de las voces perdidas de las almas muertas que sufren tormento.

-Es el Caldero Negro -dijo Taran.

Su voz se había convertido en un murmullo por el miedo y la sorpresa. Comprendía muy bien el terror de Gurgi, pues le bastaba con ver el caldero para sentir que una mano helada le aferraba el corazón. Se apartó de él, sin atreverse a contemplarlo por más tiempo.

El rostro de Fflewddur había palidecido y Eilonwy se tapó la boca con la mano. Acurrucado en el rincón, Gurgi temblaba de un modo lamentable. Pese a que había sido él quien lo había encontrado, no lanzaba alegres chillidos de triunfo y, en vez de fanfarronear, se encogía sobre la paja como intentando fundirse en ella.

-Sí, bueno..., supongo que realmente se trata del caldero -replicó Fflewddur, tragando saliva con dificultad-. Por otra parte -añadió con voz esperanzada-, quizá no sea el caldero. Ellas dijeron que tenían un montón de ollas y marmitas por aquí. Quiero decir..., bien, deberíamos asegurarnos antes de cometer un error.

-Es el Crochan -dijo Taran-, he soñado con él. Y aunque no hubiera soñado con él lo reconocería, pues puedo sentir el mal que esconde.

-Yo también -musitó Eilonwy-. Está lleno de muerte y sufrimiento. Comprendo muy bien que Gwydion quiera destruirlo. -Se volvió hacia Taran-. Tenías mucha razón al querer

Librodot

buscarlo sin pérdida de tiempo -añadió Eilonwy estremeciéndose-. Retiro todo lo que he dicho. El Crochan debe ser destruido lo más pronto posible.

-Sí -suspiró Fflewddur-, me temo que se trata del mismísimo Crochan. Oh, ¿por qué no una linda teterita en vez de este feo y enorme trasto? Sin embargo -prosiguió, aspirando una honda bocanada de aire-, ¡robémoslo! ¡Un Fflam jamás vacila!

¡No! -gritó Taran, extendiendo la mano para detener al bardo-. No podemos robarlo y llevarlo con nosotros en pleno día..., y tampoco debemos quedarnos aquí, pues de lo contrario sabrían que lo hemos encontrado. Volveremos con los caballos cuando haya anochecido y nos lo llevaremos. Por el momento, será mejor que volvamos al establo y actuemos como si nada hubiera ocurrido.

Los compañeros se apresuraron a volver al establo; una vez lejos del Crochan, Gurgi recobró un poco el ánimo.

-¡El hábil Gurgi lo encontró! -dijo-. ¡Oh, sí, él siempre encuentra lo perdido! ¡Ha encontrado antes cerditas y ahora encuentra el gran caldero en el que se cuecen maldades y brebajes! ¡El buen amo honrará al humilde Gurgi!

Pese a todos sus gritos, su rostro seguía lleno de miedo. Taran le propinó unas palmadas en el hombro, intentando tranquilizarle.

-Sí, viejo amigo -le dijo-, más de una vez nos has ayudado. Pero nunca hubiera imaginado que esconderían el Crochan en un gallinero vacío bajo un montón de paja sucia. -Agitó la cabeza-. Pensaba que lo guardarían mucho mejor...

-Al contrario -dijo el bardo-, son muy listas. Lo ocultaron en el primer sitio donde todos hubieran mirado, sabiendo que era tan fácil encontrarlo que a nadie se le hubiera ocurrido buscar en él.

-Quizá -dijo Taran, frunciendo el ceño-. O quizá... -añadió, incapaz de dominar el miedo que se agitaba en su interior -quizá pretendían que lo encontráramos.

Una vez en el establo, los compañeros intentaron dormir: la noche, cada vez más próxima, les traería una labor dura y peligrosa. Fflewddur y Gurgi cayeron en un sopor intranquilo; Eilonwy se acurrucó envuelta en su capa y se tapó con un poco de paja. Taran estaba demasiado nervioso e inquieto para que le resultara posible cerrar los ojos. Se quedó sentado en silencio; en las manos tenía un gran rollo de cuerda que había encontrado entre sus ya parcos arreos. Habían decidido colgar el caldero entre los dos caballos y partir de los pantanos con rumbo al seguro refugio del bosque, donde podrían destruir el Crochan.

En la cabaña no se veía ninguna señal de vida; al anochecer, no obstante, se encendió de pronto una vela en la ventana. Taran se puso en pie silenciosamente y, con gran cautela, salió del establo. Moviéndose entre las sombras, se abrió paso hasta la pequeña vivienda y atisbo por la ventana. Permaneció ante ella durante un instante, atónito e incapaz de moverse. Luego se volvió y echó a correr para reunirse con los otros, tan de prisa como podían llevarle sus pies.

-¡Las he visto ahí dentro! -murmuró, despertando al bardo y
a Gurgi-. ¡No son en absoluto como antes! -¿Qué? -exclamó
Eilonwy-. ¿Estás seguro de no haber dado con otra cabaña
distinta?

-Claro que no -le replicó Taran-. Si no me crees, ve y echa una mirada. No son iguales que antes. Hay tres, sí, pero son distintas. Una cardaba lana; otra estaba hilando y la tercera tejía.

Librodot

-Bueno... -dijo el bardo-, supongo que es un buen modo de distraerse. No hay gran cosa que hacer, en medio de estos horribles pantanos. -Tendré que verlo con mis propios ojos -afirmó Eilonwy-. No hay nada extraño en tejer, pero, aparte de eso, no entiendo nada de lo que has dicho.

Con Taran guiándoles, los compañeros fueron cautelosamente hasta la ventana. Todo era tal y como les había dicho. En el interior de la cabaña había tres figuras muy ocupadas, pero ninguna de ellas se parecía a Orddu, a Orwen ni a Orgoch.

-¡Son preciosas! -murmuró Eilonwy.

-Había oído historias sobre viejas arpías que intentaban hacerse pasar por hermosas doncellas -susurró el bardo-, pero jamás había oído hablar de hermosas doncellas intentando hacerse pasar por viejas arpías. No lo encuentro natural y no me importa confesar que me pone bastante nervioso. Creo que haríamos mejor cogiendo el caldero y largándonos.

-Ignoro quiénes son -dijo Taran-, pero me temo que su poder es mucho más grande del que podemos imaginar. No entiendo cómo, pero nos hemos encontrado con algo..., no sé de qué se trata. Me da miedo y me inquieta. Sí, debemos apoderarnos del caldero tan pronto como podamos, pero deberíamos esperar hasta que se durmieran.

-Si duermen -dijo el bardo-. Después de lo que he visto, no me sorprendería nada..., ni siquiera que durmieran colgadas de los pies durante toda la noche, como los murciélagos.

Durante largo tiempo, Taran temió que el bardo estuviera en lo cierto: quizá las brujas no precisaran dormir. Los compañeros montaron turnos de guardia para vigilar la cabaña, y la luz no se apagó hasta casi despuntar el alba. Taran, con el ánimo torturado, decidió esperar un poco más; muy pronto oyeron sonoros ronquidos dentro de la cabaña.

-Ahora deben de ser como antes -observó el bardo-, no puedo imaginar a unas bellas damas roncando de tal modo. No, ésa es Orgoch. Reconocería ese ronquido en cualquier sitio.

Bajo las sombras tranquilas de esa falsa luz que precede a la aurora, los compañeros volvieron rápidamente al gallinero; una vez en él, Eilonwy corrió el riesgo de encender su juguete.

El Crochan seguía en su rincón, oscuro y lleno de fatídicos presagios.

-Aprisa -les ordenó Taran, cogiéndolo por el mango-. Fflewddur y Eilonwy, agarrad las asas; Gurgi, levántalo por el otro lado. Lo sacaremos de aquí y lo llevaremos hasta los caballos para atarlo. ¿Listos? Ahora, haced fuerza todos a la vez.

Los compañeros se esforzaron al máximo y a punto estuvieron de caer al suelo. El caldero no se había movido.

-Es más pesado de lo que pensaba -dijo Taran-. Probad de nuevo.

Se dispuso a mover las manos para agarrar con más fuerza el mango, y descubrió que no podía soltarlas del caldero. Espoleado por el miedo, intentó apartarlas del metal, pero todo era en vano.

-Yo diría... -murmuró el bardo-, yo diría que me he enganchado con algo.

¡Yo también! -exclamó Eilonwy, luchando para liberar sus manos.

¡Y Gurgi está atrapado! -aulló el aterrado Gurgi-. ¡Oh, pena, oh, dolor! ¡No puede moverse!

Los compañeros se agitaron desesperadamente, luchando contra su mudo enemigo de hierro. Taran se debatió y tiré del caldero hasta acabar sollozando y falto de fuerzas. Eilonwy se había derrumbado, agotada, con las manos aún pegadas a la gruesa anilla de

Librodot

hierro. Taran intentó nuevamente liberarse, pero el Caldero le tenía bien agarrado.

Una figura ataviada con un camisón apareció en el umbral.

-¡Es Orddu! -exclamó el bardo-¡Acabaremos siendo sapos, estoy seguro!

14 - El precio

Orddu, parpadeando a causa del sueño y con un aspecto aún menos aseado que de costumbre, entró en el gallinero. Detrás de ella venían las otras dos brujas, también ataviadas con largos camisones de dormir y con la cabellera enmarañada cubriéndoles la espalda en una masa de hirsutos mechones. Habían adoptado nuevamente su forma de viejas y ahora en nada se parecían a las doncellas que Taran había visto al espiar por la ventana.

Orddu levantó por encima de su cabeza un candil chisporroteante y contempló a los compañeros.

-¡Oh, los pobres corderitos! -exclamó-. ¿Qué han hecho, qué han hecho? ¡Intentamos advertirles sobre el feo Crochan, pero los gansitos testarudos no quisieron escucharnos! Oh, vaya, vaya -cloqueó apenada-, ¡ahora se han pillado los deditos en él!

-¿No crees que deberíamos prender ya el fuego? -dijo Orgoch con un graznido apagado. Orddu se volvió hacia ella.

-Cállate, Orgoch -le riñó-, qué idea tan horrible... Es demasiado pronto para desayunar.

-Nunca es demasiado pronto -musitó Orgoch.

-Mírales -prosiguió Orddu con voz cariñosa-. Son tan encantadores cuando están asustados... Parecen pajarillos desplumados.

-¡Orddu, nos has engañado! -gritó Taran-. ¡Sabías que encontraríamos el caldero y lo que sucedería entonces!

-Pues claro que sí, polluelo mío -le replicó Orddu con voz melosa-. Pero sentíamos mucha curiosidad por ver lo que haríais cuando lo encontraseis. ¡Y ahora que lo habéis encontrado, ya lo sabemos!

Taran luchó desesperadamente por liberarse. Pese al terror que sentía, echó la cabeza hacia atrás para mirar a Orddu con aire desafiante.

-¡Matadnos si queréis, arpías malvadas! -gritó-. ¡Sí, habríamos robado el caldero y luego lo habríamos destruido! ¡Y volveré a intentarlo mientras me quede vida!

Taran se lanzó furiosamente contra el inamovible Crochan e intentó de nuevo con todas sus fuerzas levantarlo del suelo. Todo fue en vano.

-Me encanta ver como se enfadan. ¿A ti no te ocurre igual? -murmuró Orwen con expresión feliz a Orgoch.

-Ten cuidado -le aconsejó Orddu a Taran-, o acabarás haciéndote daño con tanto tirar y empujar. Te perdonamos que nos hayas llamado arpías -añadió con indulgencia- . Ahora estás inquieto, pobre polluelo, y eres capaz de soltar lo primero que se te ocurra.

-¡Sois unas criaturas malvadas! -exclamó Taran-. Haced de nosotros lo que os plazca, pero tarde o temprano seréis vencidas. Gwydion sabrá cuál fue nuestro destino. Y Dallben...

¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Lo descubrirán, oh, sí! ¡Y entonces habrá grandes combates y mandobles!

-Queridos pollitos míos -le replicó Orddu -, seguís sin entender nada, ¿verdad? ¿Malvadas? Vaya, benditos sean vuestros pequeños corazoncitos desbocados, no somos

Librodot

malvadas.

-Me costaría bastante calificar todo esto como «bueno» -murmuró el bardo-. Al menos, desde mi punto de vista personal.

-Naturalmente que no -le dijo Orddu-. No somos ni buenas ni malas: sencillamente, nos interesan las cosas tal y como son. Y en este momento la cosa es, aparentemente, que el Crochan os ha pillado.

-¡Y no os preocupa! -chilló Eilonwy-. ¡Eso es mucho peor que ser malvadas!

-Claro que nos preocupa, querida mía -le dijo Orwen intentando calmarla-. Lo que ocurre es que no nos importa del mismo modo que a vosotros o, más bien, que la preocupación no es un sentimiento que realmente pueda tener cabida en nuestra naturaleza.

-Vamos, vamos -dijo Orddu-, no os torturéis con tales asuntos. Hemos estado hablando sin parar y tenemos algunas noticias agradables para vosotros. Sacad el Crochan de aquí, hace mucho calor y estamos demasiado apretados: luego os las contaremos. Adelante -añadió-, ahora ya podréis levantarlo.

Taran miró a Orddu con desconfianza, pero pese a todo se arriesgó a empujar el caldero. Éste se movió, y entonces Taran descubrió que sus manos habían quedado libres. Con bastante trabajo, los compañeros consiguieron alzar el pesado Crochan y sacarlo del gallinero.

El sol estaba sobre el horizonte. Depositaron el caldero en el suelo y se apartaron a toda prisa de él. Los rayos luminosos del amanecer tiñeron el negro hierro de un color rojo sangre.

-Sí, como decía -prosiguió Orddu mientras Taran y sus camaradas se frotaban doloridos los brazos y las manos-, hemos estado hablando de ello y hemos llegado a un acuerdo al que incluso Orgoch ha dado su conformidad..., bueno, si realmente queréis el Crochan, os lo podéis llevar.

-¿Vais a permitir que lo cojamos? -exclamó Taran-. Después de todo lo que habéis hecho, ¿vais a...? -Así es -le contestó Orddu -. El Crochan es inútil..., salvo para crear Nacidos del Caldero. Arawn ha hecho que no sirva para nada más, como ya podréis imaginar. Es una pena, pero así son las cosas... Y puedo aseguraros que los Nacidos del Caldero son la última especie de criaturas que desearíamos ver paseando por aquí. Hemos decidido que para nosotras el Crochan no es más que un estorbo. Y, dado que sois amigos de Dallben...

-¿Nos entregáis el Crochan? -preguntó Taran, asombrado.

-Será un placer aceptarlo, señoras mías -dijo el bardo.

-Calma, calma, patitos -les interrumpió Orddu -. ¿Daros el Crochan? ¡Oh, caramba, no! Nosotras nunca damos nada. Para conseguir una cosa hay que ganársela. Pero os ofrecemos la oportunidad de comprarlo.

-Ay, me temo que no tenemos ningún tesoro que entregaros a cambio -dijo Taran, abatido.

-Oh, sería imposible esperar que pagarais tanto como Arawn -le replicó Orddu -, pero estoy segura de que podréis hallar algo con que retribuirnos. Oh, digamos que..., ¿quizá el viento del norte encerrado en una bolsa?

-¿El viento del norte? -exclamó Taran-. ¡Eso es imposible! ¿Cómo podéis ni soñar que...?

-Muy bien -dijo Orddu-, no queremos poneros demasiadas dificultades. Entonces, que sea el viento del sur: es mucho más pacífico.

Librodot

-¡Os burláis de nosotros! -exclamó Taran, enfadado-. El precio que pedís está más allá de lo que cualquiera de nosotros puede pagar.

Al oírle, Orddu pareció vacilar.

-Quizá tengas razón -acabó admitiendo-. Bueno, entonces algo más personal. ¡Ya lo tengo! -dijo con expresión radiante-. Danos... ¡el día de verano más hermoso que puedas recordar! ¡No me dirás que eso también es difícil, pues ese día es tuyo y de nadie más!

-Sí -dijo Orwen, excitada-, una hermosa tarde veraniega, llena de luz y olores que inviten a echar la siesta...

-No hay nada tan dulce como la tarde veraniega de un corderito joven y tierno -murmuró Orgoch relamiéndose.

-¿Cómo os lo podría dar? -protestó Taran-. O, si a eso vamos..., ¿cómo podría daros el día que fuera, cuando están..., bueno, están dentro de mí y no sé dónde? ¡No podéis sacarlos de mi interior! Quiero decir que...

-Oh, podríamos intentarlo -musitó Orgoch. Orddu lanzó un suspiro lleno de paciencia.

-Muy bien, gansitos míos. Hemos hecho nuestras sugerencias y ahora estamos dispuestas a escuchar las vuestras. Pero tened bien en cuenta que el intercambio debe ser justo y ha de consistir en algo que valoréis tanto como el Crochan.

-Yo tengo en gran aprecio mi espada -dijo Taran-. Es la primera que he tenido y, además, es un regalo de Dallben. La perdería gustosamente si fuera a cambio del Crochan.

Empezó a quitársela del cinto, pero Orddu le detuvo con un gesto; por su expresión, parecía claro que no les interesaba nada la oferta de Taran.

-¿Una espada? -dijo, meneando la cabeza-. No, patito mío, caramba que no... Tenemos ya tantas..., de hecho, tenemos demasiadas. Y algunas de ellas son armas famosas que pertenecieron a grandes guerreros.

-Entonces -dijo Taran sin vacilar-, os ofrezco a Lluagor. Es una montura de gran nobleza -vio como Orddu fruncía el ceño y se calló, sin saber qué decir-. O... -añadió de mala gana-, también está mi caballo, Melynlas, hijo de Melyngar, la montura del mismísimo príncipe Gwydion. No hay corcel más seguro ni veloz. Le aprecio más que a cualquier otro...

-¿Caballos? -dijo Orddu-. No, eso no sirve. Es una molestia darles de comer y tener que estar siempre cuidándolos. Además, teniendo aquí a Orgoch es muy difícil conservar ninguna mascota.

Taran se quedó callado unos instantes. Su rostro palideció al pensar de pronto en el broche de Adaon, y se llevó la mano al cuello con un ademán protector.

-Todo lo que me resta es... -empezó a decir lentamente.

-¡No, no! -gritó Gurgi abriéndose paso hacia la bruja con la alforja en la mano-. ¡Coged el gran tesoro de Gurgi! ¡Coged la bolsa del morder y el mascar!

Nada de comida -dijo Orddu -, eso tampoco sirve. La única de las tres que siente algún interés por la comida es Orgoch, y estoy segura de que en vuestra alforja no hay nada capaz de tentarla.

Gurgi se quedó mirando a Orddu con aire alicaído.

-Pero es todo lo que el pobre Gurgi tiene para dar -dijo, extendiendo nuevamente la alforja.

La bruja sonrió, meneando la cabeza. Gurgi dejó caer las manos a los costados, con los hombros repentinamente encorvados, y se apartó de ella abatido.

Librodot

-Deben gustaros las joyas -dijo rápidamente Eilonwy. Se sacó el anillo del dedo y se lo ofreció a Orddu -. Es muy bonito -dijo Eilonwy-, me lo dio el príncipe Gwydion. ¿Veis la piedra? Fue tallada por el Pueblo Rubio.

Orddu cogió el anillo y se lo acercó a los ojos, bizqueando terriblemente.

-Bonito, bonito -dijo-. Muy lindo. Casi tan lindo como tú, corderita mía. Pero es mucho más antiguo. No, me temo que no. Tenemos también montones de anillos, y la verdad es que ya no deseamos tener más: guárdalo, pollita. Puede que algún día lo encuentres útil, pero estoy segura de que nosotras no sabríamos qué hacer con él.

Le devolvió el anillo a Eilonwy y ésta, tristemente, se lo puso de nuevo en el dedo.

-Tengo otra cosa que aprecio como un tesoro -prosiguió Eilonwy. Metió la mano entre los pliegues de su capa y sacó de ella la esfera dorada-. Mirad -dijo, haciéndola girar entre sus dedos para que despidiera su brillante luz -. Es mucho mejor que una simple luz - les dijo-. Con ella se ven las cosas distintas, más claras..., es muy útil.

-Oh, qué detalle tan dulce ofrecérnosla -dijo Orddu -. Pero ¿ves?, es otra cosa que realmente no necesitamos.

-¡Señoras, señoras! -exclamó Fflewddur-. Habéis dejado que se os escapara la posibilidad de hacer un excelente negocio. -Dio un paso adelante y cogió el arpa que llevaba al hombro-. Puedo entender perfectamente que las alforjas de comida y todo lo demás no os interese, claro, pero os pido que consideréis un poco este arpa. Vivís muy solas en este lúgubre pantano -prosiguió -, y un poco de música debería sentaros a las mil maravillas.

»El arpa prácticamente toca sola -continuó diciendo.

Apoyó el instrumento bellamente esculpido en su hombro y, rozando apenas las cuerdas, hizo que el aire se llenara de un prolongado y hermoso acorde.

-¿Habéis visto? -exclamó el bardo-. ¡No hay nada que se le pueda comparar!

-¡Oh, es muy linda! -murmuró Orwen con aire pensativo-. Y, claro, hay que pensar en las canciones que podríamos interpretar para distraernos...

Orddu examinó de cerca el arpa.

-Veo que hay unas cuantas cuerdas que han sido anudadas hace poco. ¿Quizá la humedad las ha afectado?

-No, no se trata exactamente de la humedad -dijo el bardo-. Conmigo tienen tendencia a romperse frecuentemente. Pero sólo cuando..., bueno, cuando exagero un poco los hechos para darles color. Estoy seguro, señoras mías, de que vosotras no tendréis tal problema.

-Puedo entender muy bien que la aprecies -dijo Orddu-. Pero si queremos música, siempre podemos hacer venir a unos cuantos pájaros. No, pensándolo bien, sería bastante molesto tener que mantenerla afinada y todas esas cosas...

-¿Estáis seguros de no tener nada más? -les preguntó Orwen esperanzada.

-Eso es todo -le respondió el bardo, decepcionado-, absolutamente todo. A menos que deseéis quitarnos las capas que llevamos sobre los hombros...

-¡Oh, por supuesto que no! -dijo Orddu-. No estaría bien que unos patitos como vosotros fueran por ahí sin nada para taparse. Os moriríais de frío y entonces, ¿de qué iba a serviros el Crochan?

»Lo siento terriblemente, gallinitas mías -prosiguió Orddu-. A decir verdad, parece que no tenéis nada capaz de interesarnos. Muy bien, entonces nos quedaremos el Crochan y vosotros seguiréis vuestro camino.

15 - El Crochan Negro

-Adiós, lechucitas -dijo Orddu, volviéndose hacia la cabaña-. Es una pena que no hayáis podido hacer ningún trato con nosotras. Pero eso..., bueno, así son las cosas. Iros volando a vuestro nidito y dadle muchos recuerdos cariñosos de nuestra parte al pequeño Dallben.

-¡Esperad! -gritó Taran, lanzándose tras ella.

Eilonwy, que se dio cuenta de lo que pensaba hacer, le cogió del brazo e intentó protestar. Taran la apartó suavemente. Orddu se detuvo y se volvió a mirarle.

-Hay... hay otra cosa más -dijo Taran en voz muy baja. Irguió el cuerpo y tragó aire-. El broche que llevo, el regalo de Adaon, Hijo de Taliesin.

-¿Un broche? -dijo Orddu, contemplándole con curiosidad-. ¿Un broche, de veras? Sí, eso podría ser más interesante. Quizá fuera lo apropiado... Tendrías que haberlo mencionado antes.

Taran alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Orddu. En ese momento tuvo la sensación de que no había nadie más con ellos. Se llevó la mano lentamente a la garganta y sintió que el poder del broche se agitaba en su interior.

-Habéis estado jugando con nosotros, Orddu -murmuró-. Visteis que llevaba el broche de Adaon cuando llegamos aquí y reconocisteis muy bien lo que era.

-¿Importa eso? -le replicó Orddu -. Sigue siendo cosa tuya decidir si quieres usarlo para hacer el trato o no. Sí, conocemos bien el broche. Menwy, Hijo de Teirgwaedd, el primer bardo, lo creó hace mucho tiempo.

-Podríais habernos matado -murmuró Taran-, y tomar luego el broche.

Orddu le sonrió con tristeza.

-¿No lo entiendes aún, pobre gallinita? Al igual que ocurre con el conocimiento, la verdad y el amor, el broche debe ser entregado voluntariamente o su poder desaparece. Ah, y realmente está lleno de poder... También debes entender eso, ya que Menwy el bardo puso en él un potente hechizo y lo llenó de sueños, sabiduría y visiones. Con ese broche, un patito como tú podría ganar muchas glorias y honores. ¿Quién podría decir hasta dónde llegaría? Sería capaz de rivalizar con los héroes de Prydain..., con todos, incluso con Gwydion, príncipe de Don.

«Piénsalo bien, patito -dijo Orddu-. Una vez que lo hayas entregado, ya no volverá nunca más a ti. ¿Quieres realmente cambiarlo por un caldero maligno que pretendes destruir?

Mientras sostenía el broche, Taran recordó con amarga claridad todas las alegrías que había tenido viendo y oliendo por medio de él: las gotas de rocío sobre la telaraña, cómo había logrado salvar a sus compañeros de la avalancha, el modo en que Gurgi había alabado su sabiduría, los ojos admirados de Eilonwy y cómo Adaon le había confiado el broche... Una vez más sintió que en su interior se agitaba el orgullo nacido de la fuerza y la sabiduría. Inmóvil a sus pies, el horrible caldero parecía burlarse de él.

Taran asintió, casi incapaz de hablar.

-Sí -dijo agotado-, haré ese trato.

Se quitó lentamente el broche del cuello y, cuando dejó caer el trozo de hierro en la mano extendida de Orddu, fue como si en su corazón chispeara una luz para morir en seguida, casi arrancándole un grito de angustia.

-¡Hecho, gallinita mía! -gritó Orddu -. ¡El broche por el Crochan!

Librodot

Sus compañeros permanecían a su alrededor, silenciosos y con el rostro abatido. Taran apretó los puños.

-El Crochan es nuestro -dijo, clavando los ojos en el rostro de Orddu -. ¿No es así? ¿Es nuestro y podemos hacer con él lo que nos plazca?

-Pues claro que sí, querido pajarillo mío -dijo Orddu -. Nosotras nunca rompemos un trato. Es vuestro por completo y de ello no cabe duda alguna.

-En vuestro establo vi martillos y barras de hierro -dijo Taran-. ¿Nos dejaréis usarlas? O... -añadió con amargura-¿debemos pagar aún otro precio por ellas?

-Usadlas, usadlas, no faltaría más -le replicó Orddu -. Digamos que eso forma parte del trato, y debemos admitir que eres un polluelo muy osado al hablar así.

Taran llevó a sus compañeros hasta el establo y una vez allí se detuvo.

-Comprendo muy bien lo que pensabais hacer -les dijo en voz baja y calmada, estrechándoles las manos uno a uno-. Todos habríais entregado vuestro mayor tesoro por mí. Me alegro de que Orddu no cogiera tu arpa, Fflewddur -añadió-. Sé que sin tu música serías mucho más desgraciado que yo sin mi broche. Y tú, Gurgi, jamás debiste intentar sacrificar tu comida por mí. Eilonwy, tu anillo y tu juguete son demasiado hermosos y útiles como para cambiarlos por un feo Crochan.

»Ahora -dijo Taran-, todas esas cosas son doblemente preciosas. Y vosotros también lo sois, pues habéis demostrado ser los mejores camaradas que se puede tener. -Cogió un pesado martillo que había apoyado en la pared-. Venid ahora, amigos, pues debemos terminar una tarea.

Armados con cuñas y barras de hierro, los compañeros regresaron presurosos y, mientras las tres brujas les contemplaban, Taran levantó su martillo y lo dejó caer luego con todas sus fuerzas sobre el Crochan.

El martillo rebotó y el caldero resonó como una lúgubre campana que anuncia el desastre, sin que se hubiera formado en él ni una grieta. Lanzando un grito de ira, Taran golpeó de nuevo; también el bardo y Eilonwy descargaban sobre el caldero una lluvia de golpes y Gurgi lo atacaba con su barra de hierro.

Pese a todos sus esfuerzos, en el caldero no apareció ni la más leve señal. Empapado en sudor, Taran, agotado, se apoyó sobre el martillo y se limpió el rostro con la mano.

-Oh, gansitos, debisteis decirnos antes lo que pretendíais hacer -exclamó Orddu -. Ya sabréis que al Crochan no se le puede hacer eso...

-El caldero nos pertenece -le replicó Eilonwy-. Taran ha pagado más que suficiente por él. ¡Si queremos hacerlo pedazos, es cosa nuestra!

-Naturalmente -dijo Orddu -, y tenéis toda la libertad del mundo para darle martillazos y patadas desde ahora hasta que los pájaros vuelvan a sus nidos. Pero, mis tontos gansitos, nunca lograréis destruir el Crochan de ese modo. ¡No, caramba, lo estáis haciendo muy mal!

Gurgi, que iba a meterse en el Crochan para atacar el metal desde dentro, se detuvo a escuchar.

-Dado que el Crochan es vuestro -prosiguió Orddu-, tenéis derecho a saber cómo es posible destruirlo. Sólo hay una forma, aunque es muy cómoda, limpia y sencilla...

-Entonces, ¡dinos cuál es! -gritó Taran-. ¡Así podremos acabar con este objeto maligno!

-Alguien debe meterse dentro de él -dijo Orddu -, y cuando lo haga el Crochan se quebrará en mil pedazos. Pero -añadió- debo deciros que ese modo de acabar con el caldero

Librodot

tiene una faceta muy desagradable...: el pobre patito que entre en él jamás volverá a salir vivo de su interior.

Con un chillido de pánico, Gurgi dio un salto para apartarse del caldero y echó a correr hasta hallarse a buena distancia. Una vez se consideró a salvo, blandió furioso su barra de hierro y amenazó al Crochan con el puño.

-Sí -dijo Orddu, sonriendo-, ése es el modo. El Crochan sólo os costó un broche, pero destruirlo costará una vida. Y no sólo eso: quien entregue su vida al Crochan debe hacerlo voluntariamente y sabiendo muy bien el precio que paga.

»Y ahora, gallinitas mías -prosiguió-, debemos despedirnos. Orgoch tiene un sueño terrible. Nos habéis hecho levantar muy temprano, ¿comprendéis? Adiós, adiós.

Agitó su mano y, seguida por las otras dos brujas, entró en la cabaña.

-¡Alto! -gritó Taran-. Dime..., ¿no hay otro modo? -le suplicó, corriendo hasta la puerta.

Orddu asomó la cabeza un momento.

-No hay otro modo, gallinita mía -le dijo, y por primera vez había una sombra de compasión en sus palabras.

La puerta se cerró con un fuerte golpe delante de Taran. En vano la golpeó con los puños: las brujas no le contestaron y hasta la ventana se oscureció de repente con una niebla negra e impenetrable.

-Cuando Orddu y sus amigas se despiden lo hacen a conciencia -señaló el bardo-. Dudo que volvamos a verlas -añadió, con el rostro mucho más alegre-, Y ésa es la mejor noticia que me han dado en lo que llevamos de mañana.

Taran, agotado, dejó caer su martillo al suelo.

-Tiene que haber alguna otra posibilidad a nuestro alcance -dijo-. No podemos destruir el Crochan y no podemos correr el riesgo de perderlo...

-Escondámoslo -sugirió Fflewddur-. Enterrémoslo...; y yo diría que lo hagamos tan pronto como podamos. Puedes estar bien seguro de que no encontraremos a nadie con ganas de saltar ahí dentro y destruir el caldero para hacernos un favor.

Taran sacudió la cabeza.

-No podemos esconderlo. Tarde o temprano Arawn lo encontraría, y todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano. Dallben sabrá qué hacer -prosiguió -. Sólo él posee la sabiduría necesaria para ocuparse del caldero. Gwydion había planeado llevar el Crochan a Caer Dallben y ahora ésa debe ser nuestra misión.

Fflewddur asintió.

-Supongo que eso será lo más seguro. Pero este armatoste es enorme e incómodo: no logro imaginarme a nosotros cuatro llevándolo por los senderos de la montaña...

Los compañeros condujeron a Lluagor y Melynlas ante la silenciosa cabaña y sostuvieron el caldero con cuerdas entre los dos corceles. Gurgi y Eilonwy guiaban a las monturas con su pesada carga, mientras Taran y el bardo caminaban, uno delante y otro detrás, impidiendo que el Crochan se moviera demasiado.

Aunque anhelaba abandonar la cabaña de Orddu, Taran no se atrevió a cruzar nuevamente los pantanos de Morva y acabó decidiendo que los compañeros rodearían durante un trecho la ciénaga, manteniéndose en terreno firme y siguiendo un sendero que bordeaba las zonas fangosas hasta llegar a los páramos.

-Es más largo -dijo Taran-, pero los pantanos son demasiado traicioneros. La vez anterior me guió el broche de Adaon. Ahora -añadió con un suspiro- me temo que os

Librodot

conduciría al mismo destino que tuvieron los Cazadores.

-¡Ésa es una idea bastante buena! -exclamó el bardo-. No para nosotros, quiero decir -añadió a toda prisa-, sino para el Crochan. ¡Hundamos esa espantosa olla en las arenas movedizas!

-¡No, gracias! -contestó Eilonwy-. Cuando lográramos encontrar arenas movedizas ya nos estaríamos hundiendo con el Crochan. Si estás cansado podemos cambiar de sitio y tú guiarás a Melynlas.

-En absoluto, en absoluto -gruñó Fflewddur-. No pesa tanto. De hecho encuentro el ejercicio de lo más tonificante. ¡Un Fflam jamás flaquea!

Apenas lo hubo dicho se rompió una cuerda del arpa, pero el bardo no se enteró: estaba demasiado ocupado sosteniendo el caldero para que no se balanceara.

Taran avanzaba en silencio, abriendo la boca sólo para indicarles el camino a Eilonwy y Gurgi. Siguieron así durante todo el día, descansando brevemente de vez en cuando; no obstante, al llegar el ocaso Taran se dio cuenta de que habían cubierto muy poca distancia y de que aún les faltaba un trecho para llegar a los páramos. También percibía lo cansado que estaba: una fatiga pesada como el Crochan abrumaba su alma, algo que no había sentido mientras llevaba el broche de Adaon.

Acamparon en un brezal frío y desolado sobre el que colgaba como un sudario la neblina que se alzaba desde los pantanos de Morva. Una vez allí libraron del peso del Crochan a los cansados corceles mientras Gurgi sacaba comida de su alforja. Después de la cena, Fflewddur se animó un poco y, aunque temblaba a causa del frío y la humedad, se llevó el arpa al hombro e intentó alegrar a sus compañeros con una canción.

Taran, que normalmente acogía con placer cada ocasión de oír la música del bardo, se quedó sentado a cierta distancia, vigilando con expresión abatida el caldero. Unos instantes después, Eilonwy se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

-Me doy cuenta de que no te consolará mucho -le dijo-, pero si lo miras bien..., en cierto modo, realmente no les diste nada a las brujas. Les entregaste el broche y todos los poderes que iban con él, pero debes darte cuenta de que todos procedían del broche. No estaban dentro de ti.

»Pienso que habría sido mucho peor darles un día de verano -añadió-, porque eso es parte de ti. Yo sé muy bien que no habría querido darles ni uno solo de mis días veraniegos..., ni siquiera uno de invierno, si a eso vamos. Por lo tanto, si lo piensas bien, Orddu no te quitó nada..., ¡después de todo, sigues siendo tú mismo, y eso no podrás negármelo!

-Sí -respondió Taran-, sigo siendo solamente un Aprendiz de Porquerizo. Debí saber muy bien que aquello era demasiado bello para que durase.

-Quizá estés en lo cierto -dijo Eilonwy-; sin embargo, en lo que respecta a ser Aprendiz de Porquerizo, pienso que como tal eres magnífico. Créeme, no tengo ni la menor duda de que eres el mejor Aprendiz de Porquerizo de toda Prydain. No tengo ni idea de cuántos habrá, pero eso no importa..., y dudo que ni uno solo de ellos hubiera hecho lo que tú.

-No podía obrar de otro modo -dijo Taran-, si queríamos conseguir el caldero. Orddu dijo que sólo les interesaban las cosas tal y como son -prosiguió-. Ahora creo que en realidad les preocupan las cosas tal y como deberían ser... Adaon sabía que su destino estaba ya decidido -prosiguió Taran, volviéndose hacia Eilonwy, con la voz más firme ahora-, y no intentó huir de él, aunque le iba a costar la vida. Pues bien -afirmó-, si hay un

destino aguardándome, me enfrentaré a él. Mi única esperanza es que pueda hacerlo con tanta dignidad como Adaon.

-Pero no debes olvidar -dijo Eilonwy-, ocurra lo que ocurra, que conseguiste el caldero que deseaban Gwydion, Dallben y todos nosotros también. Eso es algo que nadie podrá quitarte y sólo por eso ya tienes una razón para estar orgulloso.

Taran asintió.

-Sí, al menos eso lo conseguí.

No dijo nada más, y Eilonwy se retiró en silencio, dejándole allí.

Cuando los otros llevaban ya largo rato dormidos, Taran seguía sentado contemplando el Crochan. Pensó cuidadosamente en todo lo que le había dicho Eilonwy y su desesperación se hizo algo menos intensa: en lo más hondo de su ánimo sintió nacer una débil llamita de orgullo. Muy pronto el caldero estaría en manos de Gwydion y aquella larga misión habría terminado.

-Al menos he conseguido eso -se repitió Taran, hablando consigo mismo, y en su corazón floreció nuevamente el coraje.

Pero al oír el viento que gemía sobre el brezal, con el Crochan alzándose ante él como una férrea sombra, pensó otra vez en el broche, y con el rostro enterrado en las manos, lloró.

16 - El río

El sueño de aquella noche no refrescó demasiado a Taran y su cansancio al despertar era casi tan agudo como al dormirse. Pese a ello, avisó a sus compañeros apenas despuntaba el alba; con gran esfuerzo empezaron a disponer de nuevo las sogas que ataban el Crochan a Lluagor y Melynlas. Cuando hubieron terminado, Taran miró a su alrededor con inquietud.

-En estos páramos no hallaremos ningún escondite -di jo-. Había tenido la esperanza de ir por terreno llano, con lo que nuestro viaje habría resultado más fácil, pero temo que Arawn tenga a todos sus gwythaints buscando el Crochan. Más pronto o más tarde nos encontrarían, y en esos lugares podrían lanzarse sobre nosotros como gavilanes sobre indefensas gallinas.

-Por favor, no hables de gallinas -dijo el bardo torciendo el gesto-, ya tuve bastantes con Orddu.

¡Gurgi protegerá a su buen amo! -gritó Gurgi.

Sé que harás cuanto esté a tu alcance -le dijo -, pero ni todos nosotros juntos podemos enfrentarnos a un solo gwythaint -Taran sacudió la cabeza-. No -dijo de mala gana-, creo que lo mejor será desviarse hacia el bosque de Idris. El camino es más largo, pero al menos nos dará cierta protección.

Eilonwy estuvo de acuerdo.

-Normalmente no es muy sabio ir en dirección opuesta a la de tu meta -dijo-, pero puedes estar bien seguro de que no deseo combatir con ningún gwythaint.

-Entonces, adelante -dijo Fflewddur-. ¡Un Fflam jamás desfallece! ¡Aunque no sé muy bien cómo acabarán mis doloridos huesos!

Mientras estuvieron en los páramos, los compañeros no hallaron grandes dificultades, pero al adentrarse en el bosque de Idris el Crochan se hizo cada vez más incómodo de llevar. Pese a que los árboles y la maleza les ofrecían un escondite protector, los senderos eran muy angostos. Lluagor y Melynlas tropezaban con bastante frecuencia y, aunque se

Librodot

esforzaban valerosamente, en más de una ocasión estuvo el caldero a punto de quedar atascado entre la espesura.

Taran les indicó que se detuvieran.

-Nuestros corceles han hecho todo lo posible -dijo, acariciando con suavidad el cuello de Melynlas-. Ahora nos toca a nosotros ayudarles. Ojalá Doli estuviera aquí - dijo con un suspiro-. Estoy seguro de que hallaría un modo más sencillo y cómodo de llevar el Crochan. Pensaría un poco y se le ocurriría alguna idea inteligente, como hacer algún tipo de armazón con ramas y lianas...

-¡Eso es! -exclamó Eilonwy-. ¡Tú mismo acabas de encontrarlo! ¡Lo haces sorprendentemente bien para no tener el broche de Adaon!

Con sus espadas, Taran y el bardo cortaron ramas bien resistentes mientras Eilonwy y Gurgi recogían lianas de los árboles. Taran sintió que se le alegraba un poco el ánimo al ver como la armazón iba tomando forma según su plan: los compañeros colocaron el Crochan en ella y emprendieron de nuevo la marcha; no obstante, incluso con su ayuda y por mucho que se esforzaran, el avance era lento y penoso.

-¡Oh, pobres brazos cansados! -gimió Gurgi -. ¡Oh, labores y dolores! ¡Esta olla malvada resulta un amo cruel y duro para todos nosotros! ¡Oh, dolor y pena! ¡El desfallecido Gurgi jamás volverá a marcharse de Caer Dallben sin permiso!

Taran sintió que las ásperas ramas le herían los hombros y apretó los dientes hasta casi hacerlos rechinar. También él empezaba a tener la impresión de que el gigantesco y horrible caldero había cobrado una extraña vida propia. El Crochan, achaparrado y oscurecido por la sangre, parecía acechar a su espalda mientras Taran avanzaba tambaleándose por entre la maleza. Se quedaba aprisionado en las ramas una y otra vez, como si extendiera hacia ellas anhelantes miembros invisibles, y los compañeros debían esforzarse entonces al máximo para soltarlo y avanzar de nuevo.

Aunque hacía tanto frío que su aliento se convertía en nubéculas blancas, tenían las ropas empapadas en sudor y los zarzales las habían convertido prácticamente en harapos.

Los árboles eran cada vez más abundantes y tupidos, y el suelo iba subiendo de nivel hasta formar una colina. A Taran le parecía que el Crochan se hacía más pesado a cada paso que daban. Sus fauces abiertas le contemplaban con burla; el caldero iba minando sus fuerzas mientras él luchaba y se esforzaba para hacerlo subir por la cuesta.

Los compañeros habían llegado casi a la cima cuando de repente una de las ramas que sostenían el Crochan se partió: el caldero cayó al suelo, arrastrando con él a Taran. Se puso en pie, dolorido, se frotó el hombro y contempló el caldero, que parecía devolverle la mirada con desprecio.

-Es inútil -jadeó Taran agitando la cabeza-, jamás conseguiremos cruzar el bosque con él. Es inútil intentarlo...

-Me recuerdas a Gwystyl -observó Eilonwy-. Si no fuera porque tengo los ojos abiertos, no encontraría ninguna diferencia entre los dos.

-¡Gwystyl! -exclamó el bardo, contemplando con pena sus manos llenas de ampollas y cortes -. ¡Cómo envidio su madriguera de conejo ahora! A veces pienso que acertó de pleno...

-Somos demasiado pocos para transportar semejante peso -dijo Taran desesperado-. Con otro caballo o con dos manos más quizá tuviéramos una oportunidad, pero así no hacemos sino engañarnos a nosotros mismos pensando que podemos llevar el Crochan a Caer Dallben.

-Puede que eso sea cierto -dijo Eilonwy con un suspiro de cansancio-, pero no se me ocurre qué otra cosa podemos hacer, salvo seguir engañándonos. Puede que si lo hacemos el tiempo suficiente acabemos llegando a casa...

Taran cortó otra rama, pero el corazón le pesaba tanto como el mismísimo Crochan. Una vez que los compañeros hubieron conseguido transportar su carga hasta la cima, y después de descender a un profundo valle, Taran estuvo a punto de caer al suelo desesperado. Ante ellos se extendía un río turbulento que parecía una amenazadora serpiente marrón.

Taran contempló con expresión abatida las espumeantes aguas durante un instante y luego les dio la espalda.

-Nuestro destino es que el Crochan no llegue jamás a Caer Dallben.

-¡Tonterías! -gritó Eilonwy-. ¡Si te detienes ahora, habrás entregado el broche de Adaon a cambio de nada! ¡Eso es peor que ponerle un collar a un búho para dejar luego que salga volando!

-Si no me equivoco -dijo Fflewddur, intentando animar a Taran-, ése debe ser el río Tewyn. Lo he cruzado algo más al norte, allí donde nace. Es sorprendente la cantidad de información que llegas a recoger siendo un bardo vagabundo...

-Ay, amigo mío, eso no nos sirve de nada -dijo Taran-, a no ser que volvamos hacia el norte y crucemos el río por donde no es tan caudaloso.

-Me temo que eso tampoco iría demasiado bien -dijo Fflewddur-. Para seguir ese camino deberíamos subir por las montañas. Si vamos a cruzar el río, tendremos que hacerlo por aquí.

-Ahí abajo parece algo más angosto -dijo Eilonwy, señalando hacia un punto en que el río trazaba una curva-. Muy bien, Taran de Caer Dallben -dijo -, ¿qué hacemos? No podemos quedarnos aquí sentados hasta que los gwythaints o algo aún más desagradable acabe encontrándonos y, ciertamente, no podemos volver con Orddu para ofrecerle nuevamente el Crochan.

Taran tragó una honda bocanada de aire.

-Si todos estáis dispuestos -dijo-, intentaremos cruzar.

Los compañeros llevaron lentamente el Crochan hasta la orilla, luchando con su aplastante peso. Mientras Gurgi, guiando los caballos, se iba adentrando cautelosamente en la corriente, poniendo primero un pie y luego el otro, Taran y el bardo avanzaron sosteniendo el caldero; Eilonwy iba detrás para impedir que se agitara. El agua helada hirió las piernas de Taran como si fuera un cuchillo. Hundió los talones en el lecho del río, intentando sostenerse mejor, y sintió que se hundía: Fflewddur, a su lado, se esforzaba para que la corriente no se llevara la armazón. Taran sintió que el frío del agua le impedía respirar, y la cabeza empezó a darle vueltas mientras las ramas se deslizaban entre sus dedos ateridos.

Durante un breve instante de terror notó que caía; entonces su pie encontró una roca y logró apoyarse en ella. Las lianas crujieron al tensarse bajo el peso del caldero, sacudido por la corriente. Ahora los compañeros se encontraban en el centro del río y el agua les llegaba sólo hasta la cintura. Taran levantó el rostro, del que chorreaba agua fangosa, y vio que la orilla no estaba muy lejos. El terreno parecía menos abrupto y el bosque no era tan denso.

-¡Pronto estaremos ahí! -gritó, recobrando el ánimo. Gurgi ya había sacado los caballos del agua y volvía hacia el río para ayudar a sus compañeros.

Librodot

Un poco más cerca de la orilla, el fondo del río se volvía rocoso. Taran avanzó casi a ciegas por entre las piedras resbaladizas y traicioneras. Ante él se alzaba una masa de grandes peñascos que le obligaron a tener mucho cuidado con el Crochan. Gurgi tendía ya las manos hacia él cuando de pronto Taran oyó que el bardo lanzaba un agudo grito. El caldero estuvo a punto de volcar y Taran empujó hacia adelante con todas sus fuerzas. Eilonwy cogió el caldero por el mango y tiró desesperadamente de él al tiempo que Taran se derrumbaba en la orilla.

El Crochan rodó sobre sí mismo y quedó medio hundido en el barro.

Taran se volvió para ayudar a Fflewddur. El bardo había tropezado con las rocas y, tras haber caído entre ellas, se esforzaba ahora por llegar a la orilla. Tenía el rostro lívido a causa del dolor y el brazo derecho le colgaba inútil del costado.

-¿Se ha roto? ¿Se ha roto? -gimió Fflewddur mientras Taran y Eilonwy le arrastraban hacia la orilla.

-Podré responderte dentro de un momento -dijo Taran.

Le ayudó a sentarse y apoyó la espalda del bardo, que estaba a punto de desfallecer, en el tronco de un aliso. Abrió la capa de Fflewddur y, tras cortarle la manga del jubón, examinó cuidadosamente el brazo herido. Taran se dio cuenta en seguida de que, además del considerable golpe de la caída, una de las patas del Crochan había herido profundamente a Fflewddur en el costado.

-Sí -dijo Taran con voz grave-, me temo que se ha roto.

Al oír sus palabras, el bardo emitió un prolongado quejido y agachó la cabeza.

-Terrible, terrible -gimió-. Un Fflam siempre está alegre, pero esto es muy difícil de soportar...

-Fue un accidente bastante grave -dijo Eilonwy, intentando ocultar su preocupación-, pero no debes tomártelo así. Puede arreglarse, encontraremos el modo de...

-¡Es inútil! -gritó Fflewddur desesperado -. ¡Nunca será igual que antes! ¡Y todo es culpa de ese maldito Crochan! ¡Oh, estoy seguro de que esa cosa horrible me atacó deliberadamente!

-Te prometo que acabarás poniéndote bien -dijo Taran.

Mientras intentaba tranquilizar al preocupado Fflewddur, arrancó unas cuantas tiras bien anchas de su capa.

-Dentro de nada estará tan bien como antes -añadió-. Naturalmente, no podrás mover el brazo hasta que se haya curado.

-¿El brazo? -dijo Fflewddur-. ¡No es el brazo lo que me preocupa! ¡Es mi arpa!

-Tu arpa se halla en mejor estado que tú -dijo Eilonwy, que descolgó del hombro de Fflewddur su instrumento y se lo puso en el regazo.

-¡Gran Belin, qué susto me habías dado! -dijo Fflewddur, acariciando el arpa con la mano sana-. ¿Brazos? Claro que sí, siempre se curan sin ningún problema. Al menos una docena de veces me he..., sí, bueno, quiero decir que una vez me torcí la muñeca mientras practicaba un poco de esgrima...; en cualquier caso, tengo dos brazos..., ¡pero sólo un arpa! -El bardo lanzó un inmenso suspiro de alivio-. Ciertamente, ya estoy mejor.

Pese a que sonreía con valentía, Taran pudo percibir que el bardo sufría bastante más de lo que revelaban sus palabras. Con gestos tan diestros como cuidadosos, Taran escogió una rama del tamaño adecuado y la colocó a lo largo del miembro herido, que luego envolvió apretadamente con las tiras de tela, entablillando así el brazo de Fflewddur. Después cogió unas hierbas de la alforja que llevaba Lluagor.

Librodot

-Mastícalas -le dijo al bardo-, te aliviarán el dolor. Y será mejor que permanezcas sin moverte ni lo más mínimo durante un buen rato.

-¿Quedarme aquí tendido? -exclamó el bardo-, ¡No, ahora menos que nunca! ¡Debemos sacar esa repugnante marmita del fango!

Taran meneó la cabeza.

-Nosotros tres lo intentaremos. Con un brazo roto, ni siquiera un Fflam puede sernos de gran ayuda.

-¡Imposible! -gritó Fflewddur-. ¡Un Fflam siempre ayuda! Intentó levantarse del suelo, pero volvió a desplomarse con un quejido de dolor. Jadeando a causa del esfuerzo, se quedó callado, y contempló con aire abatido su brazo.

Taran cogió las cuerdas y, con Gurgi y Eilonwy siguiéndole, se metió en el agua. El Crochan estaba medio sumergido: la corriente formaba remolinos alrededor de la abertura y el caldero parecía hablar con un murmullo desafiante. Taran vio que, aunque la armazón de ramas no se había roto, el caldero había quedado atrapado entre dos rocas. Hizo un nudo corredizo con la soga, lo pasó por una de las patas e indicó a Gurgi y Eilonwy que tirasen al avisarles él.

Taran se adentró un poco más en el río y, agachándose, intentó meter el hombro bajo el caldero mientras Gurgi y Eilonwy tiraban con todas sus fuerzas. El Crochan no se movió.

Calado hasta los huesos y con las manos entumecidas, Taran luchó en vano con el caldero. Finalmente volvió sin aliento y tambaleándose a la orilla y, una vez allí, ató las sogas a Lluagor y Melynlas.

De nuevo se metió Taran en la gélida corriente e indicó con un grito a Eilonwy que obligara a los caballos a alejarse del río. Las sogas se tensaron y los corceles se esforzaron al máximo, en tanto que Taran empujaba con toda su alma el inamovible caldero. El bardo había logrado ponerse en pie y les ayudaba en la medida de sus fuerzas. Gurgi y Eilonwy se metieron en el agua y se reunieron con Taran; el Crochan, no obstante, resistió incluso al esfuerzo combinado de los tres.

Desesperado, Taran les hizo una señal para que se detuvieran. Con el ánimo abatido, los compañeros volvieron a la orilla.

-Acamparemos aquí el resto del día -dijo Taran-. Mañana, cuando hayamos recobrado las fuerzas, lo intentaremos otra vez. No sé cómo, pero debe existir algún modo de sacarlo. Está aprisionado entre las rocas y las algas y cuanto más nos esforzamos más atascado parece quedar.

Miró hacia el río. El caldero, medio hundido en el agua, parecía observarles como un maligno animal de presa.

-El caldero está lleno de mal y sólo males nos ha traído -dijo Taran-. Me temo que ahora ha conseguido derrotarnos por fin.

Se apartó del río y detrás de él los arbustos se agitaron. Taran giró en redondo con la espada desenvainada. Y entre los árboles apareció una figura.

17 - El dilema

Era Ellidyr. Con Islimach tras él, fue hasta la orilla: su cabellera leonada estaba cubierta de barro reseco y tenía el rostro manchado de tierra. En sus mejillas y sus manos se

Librodot

veían huellas de crueles heridas; su jubón, lleno de sangre, le colgaba hecho harapos de los hombros y ya no llevaba capa. En sus ojos rodeados por anillos oscuros ardía una luz febril. Ellidyr se detuvo ante los compañeros, enmudecidos de sorpresa, y, echando la cabeza hacia atrás, les contempló con expresión burlona.

-Me alegra encontraros -dijo con voz ronca-, valerosa tropa de espantapájaros. - Sus labios se retorcieron en una tensa sonrisa cargada de amargura-. El porquerizo, la criada..., no veo al soñador.

-¿Qué haces aquí? -le gritó Taran, encarándose con él-. ¿Osas pronunciar el nombre de Adaon? Está muerto y yace enterrado bajo su túmulo. ¡Nos has traicionado, Hijo de Pen-Llarcau! ¿Dónde estabas cuando los Cazadores cayeron sobre nosotros? ¿Dónde estabas cuando otra espada podría haber inclinado la batalla a nuestro favor? ¡El precio fue la vida de Adaon, un hombre mucho mejor de lo que nunca llegarás a ser tú!

Ellidyr, sin contestarle, pasó junto a Taran y, moviéndose con cansad.) rigidez, tomó asiento al lado de las alforjas.

Dadme algo de comer -dijo en tono brusco-. Sólo he tenido raíces y agua de lluvia como provisiones.

¡Traidor malvado! -gritó Gurgi, levantándose de un salto-. ¡No hay morder y mascar para el perverso villano, no, no!

-Contén la lengua -dijo Ellidyr-, o no tendrás cabeza con que moverla.

-Dadle comida como ha pedido -ordenó Taran.

Murmurando furioso, Gurgi obedeció y abrió su bolsa mágica.

-¡Y no creas que eres bienvenido aquí sólo porque te damos de comer! -le gritó Eilonwy.

-La criada no parece muy alegre de verme -dijo Ellidyr-. Tiene mal genio.

-No puedo culparla por ello, realmente -dijo Fflewddur-, y no veo que debieras esperar otra cosa. Nos jugaste una mala pasada. ¿Esperabas acaso que te recibiéramos con una fiesta?

-Veo que al menos el rascador de arpas está con vosotros -dijo Ellidyr, cogiendo la comida que le tendía Gurgi-. Pero veo también que ahora el pájaro tiene un ala rota.

-Otra vez pájaros -murmuró el bardo estremeciéndose-. ¿No me dejarán nunca olvidar a Orddu?

-¿Por qué nos has buscado? -le preguntó secamente Taran-. Antes no tuviste ningún escrúpulo en abandonarnos. ¿Qué te trae aquí ahora?

-¿Buscaros yo? -Ellidyr lanzó una áspera carcajada-. Busco los pantanos de Morva.

-Bueno, pues estás muy lejos de ahí -exclamó Eilonwy-. Pero si tienes mucha prisa por llegar, como yo espero, me encantará orientarte. Y cuando llegues, te sugiero que busques a Orddu, Orwen y Orgoch. Ellas se alegrarán mucho más que nosotros cuando te vean.

Ellidyr engulló a toda prisa su comida y se apoyó en las alforjas.

-Eso está mejor -dijo-, ya siento algo de vida en mi cuerpo.

-Espero que te sientas lo bastante vivo para marchar en seguida adonde vayas, sea cual sea tu destino -le replicó enfadada Eilonwy.

-Y sea cual sea el vuestro -contestó Ellidyr-, os deseo que disfrutéis mucho con el viaje. Encontraréis Cazadores más que suficientes para divertiros...

-¿Cómo? -gritó Taran-. ¿Siguen por aquí los Cazadores?

-Sí, porquerizo -le contestó Ellidyr-. Toda Annuvin anda revuelta. He logrado correr

Librodot

más que los Cazadores, practicando el noble deporte de la liebre que huye ante los sabuesos. También los gwythaints se divirtieron conmigo -añadió con una risa despectiva-, aunque hacerlo les costó perder a dos miembros de su bandada. Pero quedan los suficientes para ofreceros una buena caza, si eso es lo que buscáis.

-Espero que no los hayas atraído hacia nosotros -empezó a decir Eilonwy.

Ellidyr la interrumpió.

-No les llevaría a ningún sitio y menos aún hasta vuestro paradero, ya que lo ignoraba. Cuando los gwythaints y yo nos despedimos, puedo aseguraros que no me fijé demasiado en el camino que tomaba.

-Ahora puedes escoger con tiempo tu camino -dijo Eilonwy-, siempre que te lleve lejos de nosotros. Y espero que lo recorras tan aprisa como hiciste al abandonarnos sin aviso.

-¿Sin aviso? -rió Ellidyr-. Un Hijo de Pen-Llarcau no huye sigilosamente en la noche como un ladrón. Erais demasiado lentos para mí y tenía asuntos muy urgentes de los que ocuparme.

-¡Tu propia gloria! -le replicó secamente Taran-. No pensabas en nada más: di al menos la verdad, Ellidyr.

-Es cierto que pretendía ir a los pantanos de Morva -dijo Ellidyr, sonriendo con amargura-. Y es tamben cierto que no pude encontrarlos. Aunque lo habría conseguido si los Cazadores no se hubieran interpuesto en mi camino...

»Por lo que ha dicho la criada -prosiguió Ellidyr-, deduzco que habéis estado en Morva.

Taran asintió.

-Sí, hemos estado ahí. Ahora volvemos a Caer Dallben.

Ellidyr se rió de nuevo.

-Y también vosotros habéis fracasado. Pero dado que vuestro viaje fue el más largo, os pregunto, ¿quién ha malgastado mayor cantidad de esfuerzo y sufrimiento?

-¿Fracasado? -exclamó Taran-. ¡No hemos fracasado! ¡El caldero es nuestro! Ahí está -añadió, señalando la oscura forma del Crochan medio hundida en el barro.

Ellidyr se incorporó de un salto y miró hacia el río.

-¡Cómo es posible! -gritó con ira-¿Me habéis engañado una vez más? -Su rostro se oscureció a causa de la rabia-. ¿He arriesgado de nuevo mi vida para que un porquerizo me robara mi trofeo?

En sus ojos ardía la locura y su mano saltó hacia el cuello de Taran, pero éste la desvió de un golpe.

-Jamás te he engañado, Hijo de Pen-Llarcau! -gritó-. ¿Tu trofeo? ¿Arriesgar tu vida? Hemos perdido una vida y hemos derramado sangre por el caldero. Sí, príncipe de Pen-Llarcau, hemos pagado por él un precio muy caro..., mucho más caro de lo que tú puedas llegar a imaginar.

Ellidyr pareció estar a punto de ahogarse, tal era su rabia. Permaneció en pie sin moverse, con el rostro contorsionado por la ira, y tardó unos instantes en lograr que de nuevo su rostro adoptara la expresión fría y altanera de costumbre, aunque seguían temblándole las manos.

-Así pues, porquerizo -dijo con voz ronca y sibilante-, has logrado encontrar el caldero después de todo... Aunque, la verdad, me parece que ahora es más propiedad del río que tuya. Ah, ¿quién podría haberlo dejado en semejante sitio sino un porquerizo? ¿No

Librodot

tenías el seso suficiente como para hacerlo trizas, en vez de llevarlo con vosotros?

-El Crochan no puede ser destruido a menos que alguien dé su vida entrando en él - le respondió Taran-. Tenemos el seso suficiente para saber que sólo estará seguro en manos de Dallben.

-¿Quieres ser un héroe, porquerizo? -le preguntó Ellidyr-. ¿Por qué no entras en él? Estoy seguro de que tienes el valor suficiente para ello..., o quizá en el fondo de tu ánimo seas un cobarde, y lo demuestras al tener la prueba ante ti.

Taran no hizo el menor caso a las burlas de Ellidyr.

-Necesitamos tu ayuda -le apremió-. No somos lo bastante fuertes: ayúdanos a llevar el Crochan a Caer Dallben. Ayúdanos por lo menos a sacarlo del barro.

-¿Ayudaros? -Ellidyr lanzó una feroz carcajada-. ¿Ayudaros? ¿Para que así un porquerizo pueda luego pavonearse ante Gwydion y alardear de sus hazañas? ¿Para que un príncipe de Pen-Llarcau deba reírle las gracias? ¡No, de mí no recibiréis ninguna ayuda! ¡Te advertí que debías cumplir con tus obligaciones! ¡Cumple ahora con ellas, porquerizo!

-¡Gwythaints! -gritó Eilonwy de pronto señalando hacia el cielo.

Sobre los árboles se divisaban tres gwythaints que, cual compitiendo en velocidad con las nubes impulsadas por el viento, se lanzaron sobre ellos. Taran y Eilonwy ayudaron a Fflewddur y se metieron tambaleándose entre la maleza. Gurgi, medio enloquecido por el miedo, se encargó de los caballos, a los que llevó al refugio ofrecido por los árboles. Mientras Ellidyr les seguía, los gwythaints cayeron en picado con el viento silbando entre sus plumas brillantes.

Los gwythaints volaron en círculos sobre el caldero en medio de roncos graznidos, tapando el sol con sus negras alas. Uno de los feroces pájaros se posó por un instante en el Crochan y aleteó estruendosamente. Los gwythaints no hicieron el menor intento de atacar a los compañeros: trazaron otro círculo sobre el caldero y luego remontaron el vuelo hacia lo alto, dirigiéndose al norte. Las montañas no tardaron en tragárselos.

Pálido y tembloroso, Taran salió de los arbustos.

-Han encontrado al fin lo que estaban buscando -dijo -. Muy pronto Arawn sabrá que el Crochan está esperando a que nos lo quite de entre las manos. -Se volvió hacia Ellidyr-. Ayúdanos -le pidió de nuevo-, te lo ruego. No podemos perder ni un momento.

Ellidyr se encogió de hombros y fue hasta la orilla, observando desde allí con atención el Crochan medio hundido en el fango.

-Puede moverse -dijo al volver junto a ellos-, pero no serás tú quien lo consiga, porquerizo. Necesitarás la fuerza de Islimach para unirla a la de tus corceles..., y también necesitarás la mía.

-Entonces, préstanos tu ayuda -le suplicó Taran-. Saquemos el Crochan del fango y marchémonos antes de que más esbirros de Arawn lleguen hasta aquí.

-Puede que lo haga y puede que no -le respondió Ellidyr con una extraña expresión en la mirada-. Así que pagaste un precio por conseguir el caldero, ¿no? Muy bien, entonces tendrás que pagar otro ahora.

«Escúchame, porquerizo -prosiguió-, si te ayudo a llevar el caldero a Caer Dallben, tendrá que ser según mis condiciones.

-No es momento para condiciones -gritó Eilonwy-, y no queremos oír las tuyas, Ellidyr. Encontraremos un modo de sacar el Crochan o nos quedaremos aquí junto a él mientras que uno de nosotros regresa en busca de Gwydion.

-Permaneced aquí y dejad que os maten -replicó Ellidyr-. No, debe hacerse ahora y se

Librodot

hará como yo diga o no se hará. -Se volvió hacia Taran y le dijo-: Éstas son mis condiciones: el Crochan es mío y se hará con él lo que yo ordene. Yo lo encontré, porquerizo, no tú. Fui yo quien luchó por él y quien lo conquistó, y eso es lo que dirás a Gwydion y a los demás. Y todos deberéis prestar el más sagrado de los juramentos.

-¡No lo haremos! -gritó Eilonwy-. ¡Nos pides que mintamos para poder robar así el Crochan y robar también con él todo nuestro esfuerzo! ¡Estás loco, Elllidyr!

-No estoy loco, criada -dijo Ellidyr con los ojos llameando-, estoy agotado..., estoy harto. ¿Me oyes? Toda mi vida he sido obligado a ocupar el segundo puesto y a ver cómo se me hacía a un lado y se me despreciaba. ¿El honor? Siempre se me ha negado, pero esta vez no dejaré que el trofeo se me escurra entre los dedos.

-Adaon vio una bestia negra sobre tus hombros -dijo Taran en voz baja-, y yo también la he visto. Ahora la estoy viendo, Ellidyr.

-¡No me importa nada tu bestia negra! -gritó Ellidyr-. Sólo me importa mi honor.

-¿Piensas acaso que el mío no me importa? -le dijo Taran.

-¿Qué es el honor de un porquerizo comparado al de un príncipe? -le replicó Ellidyr con una carcajada.

-He pagado por mi honor -dijo Taran, alzando ahora la voz- mucho más de lo que pagarías tú por el tuyo. ¿Me pides ahora que lo arroje al fango?

-Porquerizo, osaste reprocharme que buscara la gloria -dijo Ellidyr-, pero ahora te aferras a ella con tus sucias manos. No pienso discutir más. O aceptáis mis términos o no tendréis mi ayuda. Escoged.

Taran se quedó callado y Eilonwy agarró a Ellidyr por el jubón.

-¿Cómo osas pedir tal precio?

Ellidyr se apartó, haciendo que Eilonwy le soltara.

-Que decida el porquerizo. Es cosa suya pagarlo o no.

-Si presto el juramento -dijo Taran, volviéndose hacia sus compañeros-, vosotros deberéis jurar también conmigo. Nunca he roto un juramento, y hacerlo sería ahora una deshonra aún peor que en cualquier otro caso. Antes de tomar mi decisión debo saber si estáis dispuestos a comprometeros también vosotros, pues en esto debemos estar todos de acuerdo.

Nadie respondió a sus palabras hasta que, por último, Fflewddur habló en un murmullo:

-Pongo la decisión en tus manos y me someto a lo que hagas.

Gurgi inclinó la cabeza con solemnidad.

-¡No mentiré por un desertor traicionero como él! -gritó Eilonwy.

-No es por él -le dijo Taran con voz tranquila-, sino por nuestra misión.

-No es justo..., -empezó a decir Eilonwy, con el llanto asomando en sus ojos.

-No estamos hablando de lo que es justo -le replicó Taran-, sino de una misión que debe ser llevada a término.

Eilonwy desvió la mirada.

-Fflewddur ha dicho que la elección es tuya -murmuró por último -. Yo debo decir lo mismo.

Taran guardó silencio durante un momento que pareció eterno y otra vez le invadió la inmensa angustia que había sentido al perder el broche de Adaon. Entonces recordó las palabras de Eilonwy en aquel instante de su más negra desesperación, y oyó de nuevo la voz de la muchacha diciéndole que nada podría quitarle lo que había hecho. Y, sin

Librodot

embargo, eso era exactamente lo que Ellidyr le pedía ahora.

Taran inclinó la cabeza.

-El caldero es tuyo, Ellidyr -dijo con lentitud-. Estamos a tus órdenes y todo se hará como tú digas. Así lo juramos.

En silencio, con el ánimo abatido, los compañeros siguieron las órdenes de Ellidyr y una vez más ataron las sogas a la masa medio hundida del Crochan. Ellidyr puso los tres corceles uno junto a otro y ató luego las sogas a sus sillas de montar. Mientras Fflewddur sostenía las riendas con su mano sana, los compañeros se metieron en el río.

Ellidyr, con el agua espumeante hasta las rodillas, ordenó a Taran, Eilonwy y Gurgi que se colocaran a los dos lados del Crochan y no lo dejaran resbalar de nuevo hacia las rocas. Después le hizo una seña al bardo, que esperaba en la orilla, y se dispuso a empezar su parte de la tarea.

Tal como había hecho anteriormente con Melynlas, Ellidyr metió el cuerpo debajo del caldero hasta donde se lo permitieron las rocas. Tensó los músculos y las venas parecieron a punto de estallar en su frente chorreante de sudor. Pese a todo, tanto Eilonwy como Taran tiraron en vano: el caldero no cedía.

Con la respiración trabajosa, Ellidyr se apoyó nuevamente en el Crochan. Las ramas crujieron entre las rocas y las sogas se tensaron. Ellidyr tenía los hombros cubiertos de sangre y su rostro estaba blanco como el de un muerto. Con voz ahogada dio una nueva orden a los compañeros, y sus músculos se estremecieron en un último esfuerzo.

De pronto se desplomó de bruces en el agua con un grito, intentando sin éxito recobrar el equilibrio. Después, al incorporarse, lanzó un grito más fuerte, esta vez de triunfo: el caldero había quedado libre.

Los compañeros se afanaron desesperadamente para llevar el Crochan a tierra firme. Ellidyr cogió un extremo del armazón y avanzó tirando de él: con un crujido, el caldero descansó por fin en la orilla.

Los compañeros ataron luego a toda prisa las sogas entre Melynlas y Lluagor. Ellidyr puso delante a Islimach para que guiara a los otros dos corceles y les ayudara un poco a llevar el peso.

Hasta ese momento había ardido en los ojos de Ellidyr la luz de la victoria, pero entonces su expresión cambió.

-Mi caldero ha sido recobrado del río -dijo, mirando de un modo extraño a Taran-. Pero ahora pienso que quizá obre demasiado aprisa y que tú accediste con excesiva rapidez a mis condiciones. Dime, porquerizo, ¿qué estás tramando? -Nuevamente le dominaba la ira-. ¡Lo sé muy bien! ¡Piensas engañarme otra vez!

-Tienes mi juramento de que... -empezó a decir Taran.

-¿De qué sirve el juramento de un porquerizo? -dijo Ellidyr-. ¡Puedes romperlo con la misma facilidad con que lo has pronunciado!

-Eso es lo que tú dices -le replicó airada Eilonwy-, y eso es lo que tú harías, príncipe de Pen-Llarcau. Pero nosotros no somos como tú.

-Todos éramos necesarios para sacarlo del río -prosiguió Ellidyr, bajando la voz-, pero ahora..., ¿es necesario que lo llevemos entre todos? Bastaría con unos pocos - añadió-. Sí, sí, sólo unos pocos. Quizá una sola persona, si ésta fuera lo bastante fuerte...

»¿Acaso puse un precio demasiado bajo? -siguió diciendo, dándose la vuelta y encarándose a Taran.

-¡Ellidyr, estás realmente loco! -gritó Taran.

-Sí -rió Ellidyr-. ¡Loco por haber creído en tu palabra! ¡El precio debe ser el silencio..., el silencio eterno! -Su mano avanzó hacia la espada-. Sí, porquerizo, siempre supe que con el tiempo deberíamos acabar enfrentándonos.

Saltó hacia adelante alzando la espada y, antes de que Taran pudiera desenvainar la suya, Ellidyr le lanzó un potente mandoble que a duras penas logró esquivar. Acosado por Ellidyr, Taran retrocedió tambaleándose por la orilla y trepó de un salto a un peñasco, intentando durante todo ese tiempo desesperadamente sacar su arma. Ellidyr se metió en el agua mientras los compañeros avanzaban hacia él para detenerle.

En el mismo instante en que Ellidyr golpeaba de nuevo, Taran perdió el equilibrio; intentó levantarse, pero las piedras resbalaron bajo sus pies, haciéndole caer de espaldas. Alzó las manos, al sentir que la corriente se apoderaba de él, y se hundió. El agudo borde de una roca se alzó bruscamente ante él y Taran perdió el conocimiento.

18 - La pérdida

Cuando Taran despertó ya era de noche. Se encontró recostado en un tronco, cubierto con una capa. Sentía un sordo latido en la cabeza y le dolía todo el cuerpo. Eilonwy, inclinada sobre él, le observaba preocupada. Taran pestañeó un par de veces e intentó sentarse. Durante unos instantes, su memoria fue un confuso torbellino de imágenes y sonidos: el estruendo del agua, una piedra, un grito... La cabeza aún le daba vueltas. Un resplandor amarillo le deslumbraba. A medida que su mente iba aclarándose comprendió que la muchacha había encendido su esfera dorada y la había colocado sobre el tronco. Junto a él ardía una pequeña hoguera en la cual estaban echando ramas el bardo y Gurgi.

-Me alegro de que hayas decidido despertar -dijo Eilonwy, intentando parecer alegre, mientras Fflewddur y Gurgi se arrodillaban junto a Taran-. Tragaste tal cantidad de agua que temimos que sería imposible hacértela escupir, y el golpe que recibiste en la cabeza no fue precisamente una ayuda.

-¡El Crochan! -jadeó Taran-. ¡Ellidyr! -Miró a su alrededor-. Esta hoguera... -murmuró-, no podemos correr el riesgo de tener encendida una luz..., los guerreros de Arawn...

-O encendíamos una hoguera o te dejábamos morir congelado -dijo el bardo-, así que, naturalmente, nos decidimos por lo primero. La verdad es que, dada la situación - añadió con una triste sonrisa-, dudo que represente ninguna diferencia tenerla encendida o no. Con el caldero fuera de nuestras manos, no creo que Arawn siga sintiendo ningún interés por nosotros. Afortunadamente, podría añadir...

-¿Dónde está el Crochan? -preguntó Taran mientras se levantaba, sin hacer caso del vértigo que aún sentía.

-Lo tiene Ellidyr -dijo Eilonwy.

-Y si piensas preguntar dónde está él -añadió el bardo-, te podemos contestar en seguida: no lo sabemos.

-El príncipe malvado se fue con la olla mala -dijo Gurgi-, ¡sí, sí, con galopadas y carreras!

-Que tengan buen viaje -dijo Fflewddur-. No sé quién es peor, si el Crochan o Ellidyr. Al menos ahora están los dos juntos.

-¿Le dejasteis marchar? -gritó Taran lleno de alarma, llevándose las manos a la cabeza-. ¿Habéis permitido que robara el Crochan?

-Permitido no me parece exactamente la palabra adecuada, amigo mío -respondió el

Librodot

bardo con tristeza.

-Pareces haber olvidado que Ellidyr intentaba matarte -añadió Eilonwy-. Fue una suerte que cayeras al río, porque, la verdad, las cosas no te iban demasiado bien en la orilla.

»De hecho, fue terrible -prosiguió la muchacha-. Nos habíamos lanzado detrás de Ellidyr y en esos momentos tú ya estabas a la deriva en el río como una ramita en..., bueno, como una ramita en un río. Intentamos salvarte, pero Ellidyr nos atacó.

»Estoy segura de que pretendía matarnos -dijo Eilonwy-, tendrías que haber visto su cara y sus ojos. Estaba furioso..., peor que furioso. Fflewddur intentó detenerle y...

-¡Ese villano tiene la fuerza de diez hombres! -dijo el bar do-. A duras penas si podía desenvainar mi espada..., es algo muy incómodo cuando tienes un brazo roto, ¿comprendes? ¡Pero me enfrenté a él! ¡El estruendo de las armas al chocar fue espantoso! ¡Ah, jamás has visto las proezas de que es capaz un Fflam ultrajado! Un segundo más y le habría tenido a mi merced..., bueno, es un modo de hablar -añadió con premura el bardo-. Me dejó inconsciente de un golpe.

-¡Y Gurgi también luchó! ¡Sí, sí, con porrazos y mordiscos!

-El pobre Gurgi hizo todo lo que pudo -dijo Eilonwy-. Pero Ellidyr le cogió en vilo y le arrojó contra un árbol. Cuando quise utilizar mi arco me lo arrebató y lo partió en dos con las manos desnudas.

-Después nos persiguió por el bosque -dijo Fflewddur-. Jamás he visto a un hombre en tal estado. Gritaba a pleno pulmón y nos llamaba perjuros y ladrones, decía que intentábamos mantenerle siempre en segundo lugar... Al parecer, es lo único que en estos momentos puede decir o pensar, si a eso quieres llamarle pensar.

Taran meneó la cabeza tristemente.

-Temo que la bestia negra le ha devorado, tal como Adaon le advirtió que ocurriría -dijo-. Le compadezco en lo más hondo de mi corazón.

-Yo sentiría un poco más de compasión por él -murmuró Fflewddur- si no hubiera intentado dejarme sin cabeza.

-Le odié durante largo tiempo -dijo Taran-, pero en las escasas horas que tuve el broche de Adaon creo que llegué a ver con más claridad. Es desgraciado y su corazón sufre. Tampoco logro olvidar lo que me dijo: que le acusé de buscar la gloria pese a que yo también me aferraba a ella -Taran extendió las manos ante él, contemplándolas-. Con mis sucias manos... -añadió lentamente, con la voz llena de cansancio.

-No hagas ningún caso de sus palabras -exclamó Eilonwy-. Después de lo que nos ha hecho, no tiene ningún derecho a culpar a nadie de nada.

-Y, pese a todo -dijo Taran en voz muy baja, cual si hablara consigo mismo-, era la verdad.

-¿Ah, sí? -le preguntó Eilonwy-. Pues en cuanto a él, acertó de pleno y se quedó corto: nos habría matado a todos por su honor.

-Logramos huir de él -continuó diciendo Fflewddur-. Es decir, finalmente dejó de perseguirnos. Cuando volvimos, tanto los caballos como el Crochan y Ellidyr habían desaparecido. Luego seguimos el curso del río en tu busca: no habías ido muy lejos. ¡Pero sigue asombrándome que alguien pueda tragar tanta agua en un trayecto tan corto!

¡Debemos encontrarle! -exclamó Taran-. ¡No podemos correr el riesgo de que posea el Crochan! Tendríais que haberme abandonado para seguirle. -De nuevo intentó ponerse en pie -. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Fflewddur meneó la cabeza.

-Me temo que es inútil, como diría nuestro amigo Gwysyl. No hay el menor rastro de él y no tenemos ninguna idea de adonde planeaba dirigirse o cuáles eran sus intenciones. Nos lleva demasiada ventaja y, aunque odie admitirlo, creo que ninguno de nosotros..., bueno, ni todos nosotros juntos podríamos hacer gran cosa contra él. -El bardo contempló su brazo roto-. No estamos precisamente en muy buena forma para tratar con el Crochan o con Ellidyr, aun si lográramos encontradlos.

Taran se quedó callado, con los ojos clavados en el fuego.

-También tú dices la verdad, amigo mío -le respondió; su voz estaba impregnada de tristeza y desánimo-. Todos vosotros habéis hecho mucho más de lo que tenía derecho a pediros. Ay, os habéis portado mucho mejor que yo... Sí, ahora sería inútil buscar a Ellidyr..., sería tan inútil como lo ha sido toda nuestra misión. Lo hemos entregado todo a cambio de nada: el broche de Adaon, nuestro honor y ahora el mismísimo Crochan. Volveremos a Caer Dallben con las manos vacías. Quizá Ellidyr tenía razón -murmuró-. No es bueno que un porquerizo busque los honores de un príncipe.

-¡Porquerizo! -chilló Eilonwy indignada-. No hables nunca más de ti con esas palabras, Taran de Caer Dallben. No importa lo que haya podido ocurrir: no eres un porquerizo, ¡eres un Aprendiz de Porquerizo! Y eso por sí solo ya es todo un honor. Bueno, si vas al fondo del asunto, las dos cosas tienen el mismo significado -añadió -, pero en una hay orgullo y en la otra no. ¡Ya que puedes escoger, escoge aquella en la que hay orgullo!

Taran permaneció callado unos instantes y luego alzó la cabeza, mirando a Eilonwy.

-Adaon me dijo una vez que hay más honor en un campo bien arado que en uno empapado de sangre. -A medida que las palabras surgían de sus labios, sintió que su ánimo renacía-. Ahora me doy cuenta de que decía una gran verdad. No le envidio su trofeo a Ellidyr. También yo buscaré mi honor, pero lo haré allí donde sé que puedo encontrarlo.

Los compañeros pasaron la noche en el bosque y a la mañana siguiente fueron hacia el sur, buscando lugares más áridos. No vieron Cazadores ni gwythaints y apenas intentaron esconderse, ya que, como había dicho el bardo, las fuerzas de Arawn buscaban el Crochan y no a una harapienta banda de fugitivos. Al no llevar carga, avanzaron con mayor facilidad, a pesar de que, sin Lluagor ni Melynlas, el viaje les resultó lento y a veces doloroso. Taran caminaba en silencio, inclinando la cabeza para protegerse del frío viento. Las hojas muertas se estrellaban en su cara pero él no les hacía caso, demasiado absorto en el dolor que ocupaba todos sus pensamientos.

Un poco después del mediodía, Taran distinguió un movimiento entre los árboles que cubrían una colina. Previendo el peligro, instó a los compañeros a cruzar a toda prisa la pradera y buscar refugio entre la maleza. Pero antes de que pudieran llegar ahí, un grupo de jinetes apareció en la colina y galopó hacia ellos. Taran y el bardo desenvainaron sus espadas mientras Gurgi ponía una flecha en su arco. El agotado grupo se preparó a defenderse tan bien como le fuera posible.

De repente, Fflewddur lanzó un potente grito y agitó la espada lleno de emoción.

-¡Bajad las armas! -les dijo-. ¡Al fin estamos a salvo! ¡Son guerreros de Morgant, llevan los colores de la Casa de Madoc!

Los guerreros se acercaron a ellos haciendo retumbar el suelo con su galope. También Taran lanzó un grito de alivio, pues ciertamente eran jinetes del rey Morgant y al frente de ellos cabalgaba el mismo rey en persona. Los guerreros se detuvieron ante ellos y Taran corrió hacia el corcel de Morgant, ante el que hincó una rodilla en el suelo.

-Bien hallado seáis, mi señor -dijo-. Temíamos que vuestros hombres fueran

Librodot

sirvientes de Arawn.

El rey Morgant desmontó de su corcel. Su negra capa estaba rota y sucia por el viaje y en su rostro había cansancio y tristeza, pero sus ojos seguían ardiendo con el feroz orgullo de un halcón. Una leve sonrisa brilló por un segundo en sus labios.

-Y, sin embargo, os preparabais a plantarnos cara -dijo, haciendo levantar a Taran.

-¿Qué ha sido del príncipe Gwydion y de Coll? -se apresuró a preguntarle Taran, lleno de una súbita inquietud-. Nos separamos en la Puerta Oscura y no hemos tenido noticias de ellos. Adaon ha muerto, por desgracia..., y me temo que Doli también.

-No hay rastro del enano hasta ahora -le respondió Morgant-. El señor Gwydion y Coll, Hijo de Collfrewr, están a salvo. En estos mismos instantes deben de andar buscándoos. Pero -añadió Morgant, sonriendo levemente otra vez- he tenido la buena fortuna de ser yo quien os hallara.

»Los Cazadores de Annuvin nos atacaron ferozmente en la Puerta Oscura -prosiguió Morgant-. Logramos huir de ellos al fin y empezamos el viaje hacia Caer Cadarn, donde el señor Gwydion tenía la esperanza de que acudiríais.

»No habíamos llegado aún allí -dijo Morgant-, cuando nos llegaron nuevas de vosotros y de que habíais decidido ir a los pantanos de Morva. Fue una empresa osada, Taran de Caer Dallben -añadió Morgant-; quizá tan osada como poco prudente. Deberías saber que un guerrero está obligado a rendir siempre obediencia a su señor.

-Me pareció que no podíamos hacer otra cosa -protestó Taran-. Debíamos encontrar el Crochan antes que Arawn. ¿No habríais hecho vos lo mismo?

Morgant asintió con una seca inclinación de cabeza.

-No hago reproches a tu valor, pero debiste pensar que incluso el señor Gwydion habría vacilado antes de tomar una decisión tan importante y de tal peso. Nada habríamos sabido de vuestros movimientos si no hubiera sido porque Gwystyl, del Pueblo Rubio, nos trajo noticias sobre vosotros. Entonces el señor Gwydion y yo nos separamos para buscaros.

-¿Gwystyl? -le interrumpió Eilonwy-. ¡No puede haber sido él! ¡Pero si no hizo nada por nosotros hasta... hasta que Doli amenazó con lastimarle! ¡Gwystyl! ¡Sólo deseaba que le dejáramos en paz para esconderse en su maldita madriguera!

Morgant se volvió hacia ella.

-Habláis sin pensar, princesa. Entre los guardianes de los refugios, Gwystyl del Pueblo Rubio es el más astuto y valeroso. ¿Creíais acaso que el rey Eiddileg le confiaría a cualquiera un puesto tan cerca de Annuvin? Pero -añadió- si le juzgasteis mal fue porque tal era su intención.

»En cuanto al Crochan -prosiguió Morgant mientras que Taran le miraba perplejo-, aunque no lograsteis traerlo de Morva, el príncipe Ellidyr nos ha prestado un noble servicio. Sí -añadió rápidamente Morgant-, mis guerreros le encontraron cerca del río Tewyn durante la búsqueda. Por lo que nos dijo supe que te habías ahogado y que el grupo de los compañeros había sido dispersado, en tanto que él había encontrado el caldero de Morva.

-Eso no es cierto -empezó a decir Eilonwy mientras en sus ojos se encendía una chispa de ira.

-¡Calla! -exclamó Taran.

-No, no pienso callar -le replicó Eilonwy, girando en redondo y encarándose a Taran -. ¡No pensarás decirme que sigues considerándote atado por el juramento que nos hiciste prestar a todos!

Librodot

-¿A qué se refiere? -preguntó Morgant, entrecerrando los ojos y observando atentamente a Taran.

-¡Yo os diré a qué se refiere! -respondió Eilonwy, sin prestar atención a Taran, que se disponía a hablar-. Es muy sencillo.

Taran pagó por él, y el precio fue muy alto. Lo llevamos casi sobre nuestros hombros durante cada uno de los metros que hay de aquí a Morva..., hasta que apareció Ellidyr. Nos ayudó..., sí, ciertamente que nos ayudó, ¡igual que un ladrón te ayuda a limpiar tu casa! ¡Ésa es la verdad, y no me importa lo que cualquier otro pueda decir!

-¿Es cierto lo que cuenta? -le preguntó Morgant a Taran. Al ver que éste guardaba silencio, Morgant asintió lentamente y siguió hablando en tono pensativo-. Creo que es cierto aunque tú no digas nada al respecto. En la historia del príncipe Ellidyr en persona hubo muchas cosas que me sonaron a falsas. Como ya te dije una vez, Taran de Caer Dallben, soy un guerrero y conozco a mis hombres. No obstante, cuando te enfrentes a Ellidyr en persona lo sabré todo sin ninguna duda.

«Venid -dijo Morgant, ayudando a Taran a montar en su corcel-, iremos a mi campamento. Vuestra misión ha terminado: el Crochan está en mis manos.

Los guerreros de Morgant hicieron montar al resto de los compañeros y el grupo se adentró rápidamente en el bosque. El rey Morgant había acampado en un gran claro bien protegido por la arboleda, al que sólo se podía llegar por una abrupta garganta. Las tiendas se confundían prácticamente con la maleza. Taran vio a Lluagor y Melynlas entre los demás caballos; un poco más lejos estaba Islimach, arañando el suelo nerviosamente con las patas y tirando de sus riendas.

Taran divisó el Crochan Negro en el centro del claro y contuvo el aliento. Ya no estaba unido a la armazón de ramas y, pese a que junto a él montaban guardia dos guerreros de Morgant con las espadas desenvainadas, no logró evitar que le invadiera una vez más la extraña mezcla de miedo y presagios fatídicos que parecía colgar como una oscura niebla sobre el caldero.

-¿No teméis que Arawn os ataque en este lugar y se apodere nuevamente del caldero? -le preguntó Taran en un susurro.

Morgant le miró con los ojos entrecerrados, y en su expresión había tanto orgullo como ira.

-Quien me desafíe será recibido adecuadamente -dijo con voz helada-, así sea el mismísimo Señor de Annuvin. Un guerrero levantó el cortinaje que cerraba uno de los pabellones y el rey Morgant les hizo entrar en él.

Allí, atada de pies y manos, yacía la inmóvil figura de Ellidyr. Tenía el rostro cubierto de sangre y parecía haber sido golpeado de tal modo que ni siquiera Eilonwy pudo impedir que se le escapara un grito de compasión.

-¿Cómo es posible? -exclamó Taran, volviéndose hacia Morgant lleno de sorpresa y reproche-. Señor -añadió con premura-, ¡vuestros guerreros no tenían ningún derecho a hacer esto! Se le ha tratado de un modo deshonroso.

-¿Te atreves a juzgar mis actos? -le replicó Morgant-. Mucho debes aprender aún en cuanto a obediencia. Mis guerreros cumplieron mis órdenes y tú harás lo mismo. El príncipe Ellidyr osó resistirse a mi voluntad: te aconsejo que no sigas su ejemplo.

Al oír la llamada de Morgant, unos centinelas armados entraron con paso rápido en la tienda. El jefe de guerreros movió levemente la mano, señalando a Taran y a sus

Librodot

compañeros.

-Desarmadles y atadles bien.

19 - El señor de la guerra

Antes de que el sorprendido Taran pudiera desenvainar su espada, un centinela le agarró y le ató las manos rápidamente a la espalda. También el bardo fue capturado, y todos los gritos y pataleos de Eilonwy no pudieron librarla de idéntico destino. Gurgi, que había logrado desasirse de sus captores, se lanzó sobre el rey Morgant, pero un guerrero le golpeó brutalmente y le hizo caer al suelo; luego, montando a horcajadas sobre el inerme Gurgi, le ató concienzudamente.

-¡Traidor! -chilló Eilonwy-. ¡Mentiroso! Te atreves a robar...

-Hacedla callar -dijo fríamente Morgant.

Un segundo después, una mordaza ahogó sus gritos.

Taran luchó frenéticamente por acercarse a ella, pero acabaron derribándole y le ataron también las piernas. Morgant lo observó todo en silencio, con los rasgos hieráticos y sin expresión alguna. Finalmente, los centinelas se apartaron de los compañeros, ahora indefensos, y Morgant les indicó con una seña que salieran del pabellón.

Taran, a quien la cabeza aún daba vueltas a causa de la confusión y la incredulidad, luchó para librarse de sus ataduras.

-Ya eres un traidor -exclamó-. ¿Vas a ser ahora también un asesino? ¡Estamos bajo la protección de Gwydion y no lograrás escapar a su ira!

-No temo a Gwydion -le respondió Morgant-, y ahora su protección no os sirve de nada. Su protección, a decir verdad, ya no le sirve de nada a Prydain entera. Ni Gwydion puede hacer gran cosa contra los Nacidos del Caldero.

Taran le miró, horrorizado.

-No te atreverás a usar el Crochan contra tus propios parientes, contra tu pueblo... ¡Esa acción sería aún más repugnante que la traición y el asesinato!

-¿Eso crees? -replicó Morgant-. Entonces has de aprender muchas más lecciones, aparte de la obediencia. El caldero pertenece a quien sabe conservarlo y usarlo. Es un arma siempre dispuesta que sólo espera una mano: durante años Arawn fue su amo y, sin embargo, acabó perdiéndolo. ¿No prueba ello acaso que era indigno de él, que no tenía la fuerza ni la astucia necesarias para evitar que se lo acabaran arrebatando? Ellidyr, idiota orgulloso, creyó que podía quedárselo aun cuando apenas si vale lo suficiente como para meterle dentro de él.

-¿Piensas acaso rivalizar con Arawn? -exclamó Taran.

-¿Rivalizar con él? -le preguntó Morgant sonriendo con dureza-. No..., pienso ser más que él. Sé muy bien lo que hago, aunque durante mucho tiempo me haya consumido sirviendo a hombres de menos valía que yo; ahora estoy seguro de que ha llegado el momento propicio. Muy pocos entienden para qué sirve el poder y cómo debe usarse -prosiguió con altivez-, y son menos aún los que se atreven a utilizarlo cuando se les ofrece.

»Un poder como éste le fue ofrecido una vez a Gwydion -añadió Morgant-, y lo rehusó. Yo no fracasaré ahora que puede ser mío. ¿Piensas fracasar tú?

-¿Yo? -preguntó Taran, mirando con horror a Morgant.

El rey Morgant asintió. Sus párpados entrecerrados ocultaban la expresión de sus ojos, pero todo en su rostro de halcón proclamaba una ávida codicia.

-Gwydion me habló de ti -dijo -. No me contó gran cosa, pero lo poco que dijo era interesante. Eres un joven osado..., y quizá seas algo más que eso. No lo sé con seguridad, pero sí estoy enterado de que no tienes familia, nombre ni futuro. Nada puedes esperar del mañana. Y, sin embargo -añadió Morgant-, ahora puedes esperarlo todo.

»No le haría una oferta igual a Ellidyr -siguió diciendo Morgant-. Es demasiado orgulloso y lo que él cree su mayor fortaleza es realmente su peor debilidad. ¿Recuerdas que te dije cómo sé reconocer el buen temple? Hay muchas cosas a tu alcance, Taran de Caer Dallben, y ésta es mi oferta: jura que me servirás como vasallo y, llegado el momento, tú serás mi señor de la guerra, al mando de todos mis guerreros, y en todo Prydain sólo yo estaré por encima tuyo.

-¿Por qué me ofreces todo esto? -exclamó Taran-. ¿Por qué me escoges a mí?

-Como ya he dicho -respondió Morgant-, eres capaz de hacer grandes cosas si alguien te abre camino para llevarlas a cabo. No pensarás negarme que llevas largo tiempo soñando con la gloria... Si te he juzgado bien, no te es imposible acabar encontrándola.

-Júzgame bien -le replicó con ira Taran-, ¡y sabrás cómo desprecio la sola idea de servir a un malvado traicionero!

-Ah, no tengo tiempo para escuchar cómo malgastas tu rabia -dijo Morgant-. Hay muchos planes que trazar de ahora al amanecer. Te dejaré para que pienses bien qué prefieres ser: el primero de mis guerreros... o el primero entre mis Nacidos del Caldero.

-¡Entonces, arrójame al caldero! -gritó Taran-. ¡Échame en él ahora mismo, cuando aún estoy vivo!

-Me has llamado traidor -respondió Morgant sonriendo-, pero no debes llamarme también estúpido. Conozco el secreto del caldero. ¿Piensas acaso que deseo ver el Crochan convertido en mil pedazos antes de que haya empezado su obra? Sí - prosiguió-, también yo estuve en los pantanos de Morva, mucho antes de que el caldero le fuera arrebatado al poder de Annuvin, pues sabía que más pronto o más tarde Gwydion actuaría contra Arawn. Por eso hice mis preparativos. ¿Pagasteis un precio por el Crochan? También yo pagué mi precio para saber cómo debía usarse. Sé cómo destruirlo y sé cómo hacer que me entregue una rica cosecha de poder.

»Sin embargo, fue muy osado de tu parte ese intento de engañarme -añadió Morgant-. Me temes -dijo, acercándose a Taran-, y hay muchos en Prydain que me temen también. Pese a todo, te atreves a desafiarme... Pocos son los que se han atrevido a tanto. Sí, realmente estás hecho de un metal poco abundante que sólo espera a ser templado en el fuego.

Taran se disponía a contestarle, pero Morgant alzó la mano.

-No digas nada más y piénsalo todo cuidadosamente. Si rehúsas mi oferta, te convertirás en un esclavo sin mente y sin voz al que no le cabrá ni la esperanza de la muerte para escapar a su cautiverio.

Taran sintió que su ánimo desfallecía; a pesar de ello, alzó la cabeza con orgullo.

-Si tal es mi destino...

-Será un destino más duro de lo que crees -dijo Morgant con los ojos centelleando -. Un guerrero no teme entregar su propia vida, pero... ¿sacrificará también las de sus camaradas?

Taran emitió un apagado jadeo de horror al oír las palabras de Morgant.

-Sí -dijo el rey-, uno a uno tus compañeros morirán para ser entregados luego al Crochan. ¿A cuántos habrá devorado antes de que grites basta? ¿Será el bardo? ¿O quizá

Librodot

esa hirsuta criatura que te sirve? ¿O la joven princesa? Ellos partirán antes que tú mientras tus ojos lo contemplan todo. Y, por último, irás tú.

«Considéralo todo cuidadosamente -le dijo -. Volveré a buscar tu respuesta.

Envolviéndose en su negra capa, Morgant salió del pabellón.

Taran luchó con sus ataduras, pero éstas se mantuvieron firmes. Agotado, cesó en sus esfuerzos y hundió la cabeza, abatido.

El bardo, que había permanecido todo el tiempo en silencio, lanzó un melancólico suspiro.

-Si lo hubiera sabido -dijo -, le habría pedido a Orddu, en los pantanos de Morva, que me convirtiera en sapo. En esos momentos no me atraía la idea, pero ahora lo he pensado mejor y me parece una vida mucho más feliz que la de un guerrero del Caldero. Al menos habría podido bailar sobre la hierba mojada por el rocío...

-No triunfará -dijo Taran-. Debemos encontrar un modo de escapar. No podemos perder las esperanzas...

-Estoy totalmente de acuerdo -respondió Fflewddur-. Tu idea es magnífica en su aspecto general; sólo encuentro cierto problema en cuanto a los detalles. ¿Perder las esperanzas? ¡En absoluto! ¡Un Fflam siempre mantiene la esperanza! Pretendo seguir teniendo esperanza -añadió tristemente-, incluso cuando vengan para meterme en el Crochan.

Gurgi y Ellidyr seguían inconscientes, pero Eilonwy no había dejado de luchar furiosamente con su mordaza y por último logró liberarse de ella.

-¡Morgant! -jadeó -. ¡Pagará por esto! ¡Vaya, si creí que acabaría ahogándome! Puede que me impidiera hablar, pero no consiguió impedir que lo oyera todo. ¡Cuando vuelva, espero que intente meterme primero a mí en el caldero! Pronto descubrirá con quién se las está viendo. ¡Entonces deseará no haber tenido jamás la idea de fabricar sus propios Nacidos del Caldero!

Taran meneó la cabeza.

-Entonces ya será demasiado tarde, pues nos matarán antes de llevarnos al Crochan. No, sólo hay una esperanza. Ninguno de vosotros será sacrificado por mi causa. He decidido lo que debo hacer.

-¡Decidido! -explotó Eilonwy -. La única decisión que debes tomar es cómo podremos huir de esta tienda; si piensas en otras cosas, sean las que sean, estás perdiendo el tiempo. Es como preguntarse si debes rascarte la cabeza cuando tienes un peñasco a punto de caer sobre ti...

-Ésta es mi decisión -dijo Taran lentamente-. Aceptaré lo que me ofrece Morgant.

-¿Qué? -gritó Eilonwy con incredulidad -. Durante un tiempo creí que habías aprendido algo del broche de Adaon. ¿Cómo puedes ni pensar en aceptar eso?

-Le juraré vasallaje a Morgant -prosiguió Taran-. Tendrá mi palabra, pero no podrá hacer que la mantenga: un juramento prestado bajo amenaza de muerte no puede atarme. De este modo ganaremos al menos un poco de tiempo.

-¿Estás seguro de que los guerreros de Morgant no te han dado algún golpe en la cabeza sin que lo notaras? -le preguntó Eilonwy secamente-. ¿Supones acaso que Morgant no adivinará tu plan? No tiene la menor intención de mantener su parte del trato; nos matará pase lo que pase. Una vez te encuentras en sus manos..., quiero decir, aún más de lo que estás ahora..., bueno, acabarás descubriendo que es peor aún que ser un guerrero del Caldero. Aunque admito que eso tampoco resulta nada atractivo...

Taran se quedó callado durante un rato.

-Temo que estás en lo cierto -acabó diciendo-, pero no se me ocurre qué otra cosa podemos hacer.

-Primero, salir de aquí -le aconsejó Eilonwy-. Ya decidiremos el resto cuando llegue el momento. No sé por qué, pero cuesta bastante pensar hacia dónde debes correr cuando estás atado de pies y manos...

Con gran dificultad, los compañeros lograron aproximarse unos a otros e intentaron desatarse. Pero los nudos resbalaban entre sus dedos entumecidos y se negaban tozudamente a ceder, y sólo consiguieron que las cuerdas mordieran aún más profundamente su carne.

Una y otra vez se esforzaron los compañeros, hasta quedar exhaustos y sin aliento. Ni siquiera Eilonwy tenía ya las fuerzas necesarias para hablar. Descansaron durante un tiempo para recobrar sus energías, pero la noche transcurría con la velocidad de un sueño inquieto y atormentado, y los momentos que pasaron entregados a un nervioso sopor nada hicieron para restaurar sus fuerzas. Además, no osaban perder demasiado rato: Taran sabía que el amanecer no tardaría en llegar. La fría y grisácea claridad del alba había empezado ya a insinuarse en el pabellón, como un hilillo de agua sobre las rocas.

Durante toda la noche, mientras luchaban con las cuerdas, Taran había oído los movimientos de los guerreros en el claro y la áspera voz de Morgant que, a gritos, daba órdenes apremiantes. Taran se arrastró dolorosamente hasta la cortina que cerraba la entrada y, con la mejilla adosada contra el frío suelo, intentó ver algo del exterior. No podía distinguir gran cosa, pues la neblina se alzaba en remolinos por encima del claro y sólo le permitía percibir sombras que iban de un lado para otro. Supuso que los guerreros estarían recogiendo sus cosas, preparándose quizá para levantar el campamento. De entre los caballos se alzó un relincho prolongado y quejumbroso que Taran reconoció: era Islimach. El Crochan seguía donde lo habían visto antes; Taran advirtió su masa oscura y fatídica y, en un fugaz instante de horror, le pareció que sus fauces se abrían en una mueca codiciosa.

Taran rodó sobre sí mismo hasta volver junto a sus compañeros. El rostro del bardo estaba muy pálido: parecía medio aturdido por la fatiga y el dolor de su herida. Eilonwy alzó la cabeza y le miró en silencio.

-¿Cómo? ¿Ha llegado ya el momento de que nos despidamos? -murmuró Fflewddur.

-Todavía no -dijo Taran-, aunque Morgant, según temo, pronto estará aquí. Entonces habrá llegado nuestra hora... ¿Cómo está Gurgi?

-El pobre sigue inconsciente -respondió Eilonwy-. Déjale, así es mejor.

Ellidyr se agitó y lanzó un débil gemido. Sus ojos se abrieron lentamente y, con una mueca de dolor, su rostro herido y cubierto de sangre se volvió hacia Taran, al que estudió durante unos instantes como si no le reconociera. Finalmente, los labios hinchados se fruncieron en su ya familiar gesto de amargura.

-Así que volvemos a estar juntos, Taran de Caer Dallben -dijo -. No esperaba que nos encontráramos tan pronto.

-No temas, Hijo de Pen-Llarcau -le respondió Taran-. No lo estaremos durante mucho tiempo.

Ellidyr inclinó la cabeza, como apenado.

-Algo que siento de veras. Me gustaría compensar todo el mal que os he causado.

-¿Habrías dicho lo mismo si el caldero estuviera aún en tus manos? -le preguntó con voz queda Taran.

Librodot

Ellidyr vaciló.

-Te responderé con la verdad...: no lo sé. La bestia negra de la que hablabas es un amo cruel, y sus garras son muy afiladas. Sin embargo, no las había sentido hasta ahora.

«Pero hay algo que sí puedo decirte -prosiguió Ellidyr, intentando levantarse -. Robé el caldero por orgullo, no por maldad: te lo juro sobre el honor que aún pueda quedarme. No lo hubiese utilizado. Sí, habría sido capaz de robarte la gloria para apropiarme de ella, pero también yo pensaba llevar el Crochan a Gwydion y ofrecérselo para que fuera destruido. Cree al menos esto.

Taran asintió.

-Te creo, Príncipe de Pen-Llarcau. Y en estos momentos quizá mi fe en ti sea mayor que la tuya propia.

Se había levantado un poco de viento que agitaba la tienda y soplaba con un gemido entre los árboles. El cortinaje se apartó por un instante y Taran vio que los guerreros se disponían en filas detrás del caldero.

20 - El precio final

-¡Ellidyr! -gritó Taran-. ¿Queda en ti aún la fuerza suficiente para romper tus ataduras y liberarnos?

Ellidyr rodó sobre sí mismo y luchó desesperadamente contra sus ligaduras. El bardo y Taran intentaron ayudarle, pero Ellidyr acabó rindiéndose, exhausto y jadeante a causa del dolor que le producían sus esfuerzos.

-Una parte demasiado grande de mi fortaleza se ha esfumado -murmuró-. Temo que Morgant me haya herido de muerte. No puedo hacer más...

El cortinaje se alzó de nuevo; un instante después Taran se vio arrojado de bruces al suelo y sintió que le daban la vuelta sin ningún miramiento. Agitando salvajemente sus piernas atadas, Taran intentó moverse; de pronto, una voz le gritó casi al oído:

¡Estáte quieto, idiota!

¡Doli! -dijo Taran, sintiendo que el corazón le daba un vuelco-. ¿Eres tú?

¡Inteligente pregunta! -respondió bruscamente la voz -, ¡Deja de luchar conmigo! ¡Las cosas son ya lo bastante difíciles para que encima te revuelvas como un gusano panza arriba! ¡No sé quién hizo estos nudos, pero ojalá los tuviera ahora alrededor de su cuello!

Taran sintió que unas manos firmes tiraban de sus cuerdas.

¡Doli! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No me molestes con tus preguntas tontas -gruñó el enano.

Taran notó que una rodilla se clavaba duramente en el hueco de su espalda mientras Dolí intentaba agarrar mejor los nudos.

-¿No ves que estoy ocupado? -murmuró -. No, claro, no puedes verlo, pero eso no importa. ¡Maldición! ¡Si no hubiera perdido mi hacha, habría acabado con estos nudos en un instante! ¡Oh, mis orejas! Jamás había permanecido tanto tiempo invisible! ¡Avispas! ¡Abejas!

De pronto los nudos cedieron. Taran, sentado en el suelo, empezó a soltarse las ataduras de sus piernas. Un instante después, Dolí se hizo visible y empezó a liberar a Fflewddur. El fornido enano estaba sucio, cubierto de fango y con las orejas de un fuerte tono azulado. Dolí cejó un momento en su lucha con los nudos y se dio dos buenas palmadas en los oídos.

-¡Ya está bien de invisibilidad! -exclamó-. Aquí no hace falta..., al menos, todavía no. ¡Tábanos, tengo una colmena entera en las orejas!

-¿Cómo lograste encontrarnos? -preguntó Eilonwy mientras el enano la desataba.

-Bueno, si tanto os interesa -le replicó Dolí con impaciencia-, no os encontré. Al menos, no os encontré primero a vosotros, sino a Ellidyr. Le vi llegar por el río un poco antes de que Morgant le cogiera. Iba de camino a Caer Cadarn, después de haber despistado a los Cazadores, para conseguir ayuda de Gwydion. No me atrevía a perder más tiempo recorriendo los pantanos en vuestra busca. Ellidyr tenía el caldero y también vuestros caballos, lo que me hizo entrar en sospechas. Por lo tanto, me hice invisible y le seguí a pie. Apenas comprendí lo que había ocurrido volví a buscaros. Mi poni se había escapado..., la verdad es que esa condenada bestia y yo nunca llegamos a apreciarnos..., por lo que llegasteis aquí antes que yo.

El enano se arrodilló junto a Gurgi, que empezaba a dar señales de vida, y le desató; al tocarle el turno a Ellidyr, Doli vaciló.

-¿Qué hay de éste? -les preguntó -. Me parece que está mejor así -añadió con voz enfadada-. Ya sé lo que intentaba hacer.

Ellidyr alzó la cabeza.

Taran le miró a los ojos y le hizo un rápido gesto a Doli.

-Libérale -ordenó Taran.

Doli siguió inmóvil, no muy decidido, y Taran repitió lo que había dicho. El enano meneó la cabeza y luego se encogió de hombros.

-Si tú lo dices... -murmuró, empezando a desatarle.

Mientras Eilonwy le daba masaje a Gurgi en las muñecas, el bardo se acercó a la entrada de la tienda y atisbo cautelosamente por el cortinaje. Taran examinó en vano el interior del pabellón buscando armas.

-Veo a Morgant -dijo Fflewddur-, y viene hacia aquí. Bueno, se llevará una sorpresa.

-¡Estamos desarmados! -exclamó Taran -. ¡Nos superan enormemente en número, estaremos a su merced!

-¡Desgarrad la tela del pabellón por atrás! -exclamó Dolí-. ¡Podéis huir corriendo por el bosque!

-¿Y dejar el Crochan en manos de Morgant? -le replicó Taran-. ¡No podemos hacerlo!

Ellidyr se había puesto en pie.

-No tuve la fuerza suficiente para romper mis ligaduras -dijo-, pero aún puedo prestaros un servicio.

Antes de que Taran pudiera detenerle, Ellidyr salió corriendo del pabellón. Los centinelas dieron la alarma y Taran vio a Morgant retroceder un paso, sorprendido, para desenvainar luego su espada.

-¡Matadle! -ordenó Morgant-¡Matadle, no permitáis que se acerque al caldero!

Con el bardo y Doli pisándole los talones, Taran salió también de la tienda y se arrojó sobre Morgant, luchando ferozmente para arrancarle la espada de las manos. Con un rugido salvaje, Morgant le agarró por el cuello y le arrojó al suelo, volviéndose luego para perseguir a Ellidyr. Los guerreros habían roto su formación y corrían tras él.

Taran logró levantarse y vio a Ellidyr luchando denodadamente con uno de los guerreros. Taran sabía que en esos instantes el Príncipe de Pen-Llarcau combatía como jamás lo había hecho antes, apelando a las últimas fuerzas que aún le quedaban. Ellidyr derribó al guerrero, pero estaba demasiado débil y no logró esquivar el mandoble que éste

Librodot

le dio en el costado, haciéndole lanzar un grito. Se cubrió la herida con las manos y siguió avanzando con pasos vacilantes.

-¡No, no! -gritó Taran-. ¡Ellidyr, no lo hagas, escapa!

Cuando apenas le separaba un metro del caldero, Ellidyr, debatiéndose como un loco, consiguió liberarse de los guerreros que intentaban retenerle y, con un grito, se arrojó a las abiertas fauces del Crochan.

El caldero tembló como un ser vivo. Taran gritó nuevamente el nombre de Ellidyr, lleno de pena y horror. Trató de llegar hasta el Crochan, pero un segundo después un estampido más fuerte que el trueno resonó sobre el claro. Los árboles sin hojas temblaron pese a sus raíces, y sus ramas se retorcieron como presas de una insoportable agonía; mientras el aire se llenaba de ecos y un remolino de vientos salvajes aullaba en el cielo, el caldero se hendió de parte a parte, haciéndose luego mil pedazos. Al caer los fragmentos al suelo apareció el cuerpo sin vida de Ellidyr.

Entonces un corcel brotó como una exhalación de la espesura. Sobre él iba el rey Smoit, con la espada desenvainada; un alarido de guerra brotaba de sus labios. Detrás del pelirrojo monarca venía un torrente de jinetes que se lanzaron sobre los hombres de Morgant, y en el tumulto del combate Taran vislumbró durante un segundo un corcel blanco que galopaba hacia adelante.

-¡Gwydion! -gritó Taran.

Cuando intentaba llegar hasta él, vio a Coll: el viejo y fornido guerrero había desenvainado ya su espada y repartía con ella potentes golpes. Gwystyl, con Kaw aferrado a su hombro, apareció también y se lanzó a la contienda.

Con un grito de rabia, el rey Smoit fue directamente hacia Morgant, que alzó su espada para dirigir un feroz mandoble al corcel que se le venía encima. Smoit desmontó de un salto y dos guerreros de Morgant corrieron a interponerse entre él y su señor. Pero Smoit les abatió en unos segundos con dos poderosas estocadas y siguió avanzando.

Con unos ojos desorbitados que parecían echar fuego y con la boca retorcida en una mueca bestial, Morgant luchó salvajemente entre los fragmentos del caldero, como si incluso ahora quisiera desafiar a todos y reclamarlos para sí. Su espada se había partido ante el acero de Smoit; a pesar de ello, Morgant seguía blandiendo el fragmento embotado y golpeaba con él, y un rictus de odio y arrogancia helaba sus rasgos. Su mano no soltó la espada manchada de sangre ni siquiera al morir.

Los guerreros de Morgant habían muerto o estaban ya prisioneros cuando la voz de Gwydion se alzó para ordenar el cese del combate. Taran avanzó tambaleándose hasta llegar a Ellidyr e intentó levantarle.

-La bestia negra ha desaparecido, Príncipe de Pen-Llarcau -murmuró, inclinando la cabeza llena de dolor.

Detrás de Taran resonó un agudo relincho que le hizo volverse. Era Islimach, que había logrado soltarse y ahora permanecía inmóvil junto al cadáver de su amo. La yegua alzó su larga y delgada cabeza, agitando sus crines, giró en redondo y partió al galope.

Taran, que había comprendido la expresión enloquecida de sus ojos, lanzó un grito y corrió tras ella. Islimach se metió en la espesura mientras Taran intentaba alcanzarla para coger sus riendas, pero la yegua, en su veloz carrera, había llegado ya a un barranco. Ni siquiera entonces aflojó el paso: con un potente salto, Islimach se lanzó por él. Pareció colgar inmóvil un instante en el aire y cayó luego hacia las rocas del fondo. Taran se cubrió el rostro con las manos y regresó al claro.

Librodot

Los cuerpos del rey Morgant y de Ellidyr yacían uno junto a otro, y los jinetes del rey Smoit cabalgaban a su alrededor en un lento y melancólico círculo funerario. Gwydion, que se mantenía aparte, se apoyaba con aspecto cansado en Drynwyn, la espada negra: su cabeza de león colgaba abatida y su rostro curtido por las batallas estaba lleno de pena. Taran fue hacia él y se quedó inmóvil, mirándole en silencio.

Pasado un tiempo, Gwydion alzó la cabeza y habló.

-Fflewddur me ha contado todo lo que os ocurrió. Siento un gran dolor porque Coll y yo tardáramos tanto en encontraros, pero sin el rey Smoit y sus guerreros me temo que no habríamos logrado vencer. La impaciencia le dominó y fue en nuestra busca. Si hubiera podido mandarle un mensaje, le habría hecho acudir hace mucho tiempo. Doy gracias por esa impaciencia...

»Y también a ti debo estarte agradecido, Aprendiz de Porquerizo -añadió-. El Crochan está destruido y con él también el poder de Arawn para aumentar las filas de sus Nacidos del Caldero. Es una de las derrotas más graves que Arawn ha sufrido..., pero sé qué precio has pagado por ella.

-Fue Ellidyr quien pagó finalmente el precio -dijo lentamente Taran-. El honor es suyo. -Luego le habló de Islimach y añadió-. Al final lo perdió todo, incluso su montura.

-Quizá lo haya ganado todo -respondió Gwydion-, y su honor se vea ahora asegurado para siempre. Alzaremos un túmulo en memoria suya y también Islimach reposará a su lado, pues ahora los dos se encuentran en paz. Los muertos de Smoit serán igualmente honrados y se levantará otro túmulo sobre el cuerpo de Morgant, rey de Madoc.

-¿Morgant? -le preguntó Taran, contemplando perplejo a Gwydion -. ¿Cómo puede haber honras para un hombre tal?

-Es fácil juzgar el mal cuando se presenta en su estado puro -le replicó Gwydion-, pero por desgracia en la mayoría de nosotros el bien y el mal están entrelazados como la estrecha urdimbre de las hebras en el telar. Haría falta una sabiduría mayor que la mía para juzgarle.

»El rey Morgant sirvió bien durante largo tiempo a los Hijos de Don -siguió diciendo - . Hasta que la sed del poder resecó su garganta, fue un señor noble e intrépido: más de una vez salvó mi vida en la batalla. Todo eso es parte de él y no puede ser olvidado o apartado fácilmente a un lado.

»De tal modo, honraré a Morgant por lo que fue -dijo Gwydion-, y a Ellidyr, Príncipe de Pen-Llarcau, por lo que llegó a ser.

Taran encontró a sus compañeros junto a los pabellones de Morgant. Gracias a los cuidados de Eilonwy, Gurgi se había recobrado ya y su aspecto era sólo un poco más revuelto que el de costumbre.

-Mi pobre y tierna cabeza está llena de dolores y clamores -dijo Gurgi a Taran con una sonrisa algo tristona-. Gurgi siente mucho no haber podido pelear junto a su amable amo. ¡Él habría abatido a los malvados guerreros, oh, sí!

-Ya hemos tenido batallas suficientes -dijo Eilonwy-. He logrado recuperar tu espada -le dijo a Taran, tendiéndole el arma-, pero a veces deseo que Dallben no te la hubiera regalado nunca. Siempre acaba ocasionando problemas.

-Oh, yo creo que nuestros problemas han terminado -afirmó Fflewddur, sosteniendo cuidadosamente su brazo herido -. Esa horrible y vieja tetera se ha hecho pedacitos..., gracias a Ellidyr -añadió tristemente-. Los bardos cantarán nuestras hazañas... y la suya.

Librodot

-Eso no me importa -gruñó Doli, frotándose las orejas, que sólo ahora empezaban a recobrar su color natural-. No quiero que nadie, ni siquiera Gwydion, invente otro plan para el que sea necesaria mi invisibilidad.

-El buen Doli... -dijo Taran-. Cuanto más gruñes, más contento estás en realidad.

-El buen Doli... -replicó el enano-. ¡Buf!

Taran vio a Coll y al rey Smoit descansando bajo un roble. Coll se había quitado el casco y, aunque lleno de golpes y heridas, cuando vio a Taran le rodeó con sus brazos; su rostro irradiaba alegría y hasta su calva coronilla parecía brillar de contento.

-No pudimos encontrarnos tan pronto como esperábamos -le dijo Coll con un guiño-, pues he oído que anduviste muy ocupado con otros asuntos.

-¡Por mi cuerpo y mi sangre! -rugió Smoit, asestándole a Taran una potente palmada en la espalda-. La última vez me pareciste un conejo despellejado pero ahora... ¡ahora el conejo se ha esfumado y tan sólo quedan piel y huesos!

Un ronco graznido hizo callar al rey pelirrojo. Taran se volvió, sorprendido, y vio a Gwystyl, que permanecía sentado y apartado de todos con aire mohíno. Sobre su hombro estaba Kaw, que no paraba de dar saltos y movía la cabeza sumamente complacido.

-Ah, otra vez tú -observó Gwystyl, suspirando cansadamente al ver que Taran se le acercaba-. Bueno, espero que no pienses culparme por lo sucedido. Ya te lo advertí. De todos modos, lo hecho hecho está y no tiene sentido quejarse por ello. No, no sirve absolutamente de nada...

-No lograrás engañarme de nuevo, Gwystyl del Pueblo Rubio -dijo Taran-. Sé quién eres y el valeroso servicio que nos has prestado.

Kaw graznó jubiloso mientras Taran le alisaba las plumas y le rascaba bajo el pico.

-Adelante -dijo Gwystyl-, póntelo en el hombro. Eso es lo que desea. En realidad, puedes quedártelo: es un regalo y le acompaña el agradecimiento del Pueblo Rubio, pues también tú nos has rendido un gran servicio. No estábamos tranquilos con todo ese jaleo sobre el Crochan: nunca se sabe lo que puede ocurrir... Sí, sí, cógelo -añadió Gwystyl con un suspiro melancólico-. Se ha encaprichado realmente de ti... No importa. Pienso abandonar mi costumbre de domesticar cuervos para siempre.

-¡Taran! -graznó Kaw.

-Pero vuelvo a decirte que no le hagas el menor caso -le advirtió Gwystyl-. La mayor parte de las veces habla sólo para oírse a sí mismo..., como muchas otras personas que podría mencionar. El secreto es: no le escuches nunca. No sirve de nada, realmente de nada...

Después de que los túmulos hubieron sido levantados, Gwystyl regresó a su puesto de vigilancia. Los compañeros, el rey Smoit y sus jinetes abandonaron el claro y encaminaron sus monturas hacia el río Avren. En las alturas, oscureciendo el cielo con sus alas, se veían interminables bandadas de gwythaints que se retiraban hacia Annuvin. No había la menor señal de Cazadores, y Gwydion opinaba que, enterado Arawn de la destrucción del Crochan, los había mandado llamar de nuevo a sus dominios.

Los compañeros cabalgaron, aunque no triunfantes y alegres, sino más bien pensativos. También el corazón del rey Smoit estaba dolorido, pues había perdido a muchos guerreros.

Taran iba junto a Gwydion a la cabeza de la columna, con Kaw en el hombro. El

Librodot

sendero se abría paso lentamente a través de colinas ricamente vestidas con los colores del otoño; Taran guardó silencio durante un largo rato.

-Es extraño -acabó diciendo al fin-. Había anhelado entrar en el mundo de los hombres y ahora veo que está lleno de penalidades, crueldad y traiciones, y que en él abundan demasiado quienes serían capaces de acabar con todo lo que les rodea.

-Pese a todo debes entrar en él -le respondió Gwydion-, pues tal es el destino que se nos ha impuesto a todos y cada uno de nosotros. Es cierto que has visto todas esas cosas, pero también existen en igual proporción el amor y la alegría. Piensa en Adaon y me creerás.

»Piensa también en tus compañeros. Habrían dado lo que más apreciaban a causa de su amistad hacia ti: a decir verdad, lo habrían dado todo.

Taran asintió.

-Ahora veo que en realidad pagué un precio muy bajo por todo, pues el broche no fue nunca realmente mío. Lo llevé durante un tiempo, mas no era parte de mí. Doy gracias por haberlo tenido conmigo durante ese tiempo, pues al menos pude aprender, en ese breve lapso, lo que siente un bardo y qué debe hacer un héroe.

-Por eso fue tan difícil tu sacrificio -dijo Gwydion-. Escogiste ser un héroe no a través de los encantamientos sino mediante tu propia hombría; ahora que has elegido de tal modo, para bien o para mal, debes correr los riesgos de un hombre. Puede que venzas y puede que seas derrotado: el tiempo lo decidirá.

Habían llegado ya al valle del Ystrad. En ese instante Gwydion detuvo su corcel de crines doradas.

-Melyngar y yo debemos volver a Caer Dathyl -le dijo- para contárselo todo al rey Math. Tú le dirás a Dallben lo sucedido, pues, ciertamente, esta vez sabes tú mucho más de los acontecimientos que yo.

«Parte sin dilación -siguió Gwydion tendiéndole la mano-. Tus camaradas te aguardan y ya sé lo ansioso que está Coll por preparar su huerto antes de la llegada del invierno. Adiós, Taran, Aprendiz de Porquerizo... y amigo mío.

Gwydion agitó la mano una vez más en señal de adiós y cabalgó en dirección norte. Taran permaneció allí hasta perderle de vista y luego hizo volver grupas a Melynlas para encontrarse con los sonrientes rostros de sus compañeros.

-De prisa -exclamó Eilonwy-. Hen Wen estará esperando con impaciencia su baño. Y me temo que Gurgi y yo nos fuimos con tal prisa que la cocina habrá quedado algo revuelta. ¡Eso es peor que empezar un viaje y olvidarse de los zapatos!

Taran galopó hacia ellos.

FIN